



**Elementales II:**  
*Tierra*

*Maryah Well*

# ELEMENTALES II: TIERRA

MARYAH WELL

# ÍNDICE

## TIERRA SACUDIDA

[Capítulo 1](#)

[Capítulo 2](#)

[Capítulo 3](#)

[Capítulo 4](#)

[Capítulo 5](#)

[Capítulo 6](#)

[Capítulo 7](#)

[Capítulo 8](#)

[Capítulo 9](#)

[Capítulo 10](#)

## TIERRA SALVAJE

[Capítulo 1](#)

[Capítulo 2](#)

[Capítulo 3](#)

[Capítulo 4](#)

[Capítulo 5](#)

[Capítulo 6](#)

[Capítulo 7](#)

[Capítulo 8](#)

[Capítulo 9](#)

[Capítulo 10](#)

A una mujer se le debe enseñar  
A creer en la protección de sí misma  
Y no depender de un hombre para su protección.  
Ella tiene el poder de proteger el mundo  
Y no solo a sí misma.

# **TIERRA SACUDIDA**



# Capítulo 1

El chasquido del látigo sonó en el silencio de la habitación seguido por el grito de la mujer.

—Ya basta, por favor —sollozó la muchacha—. ¿Por qué me haces esto?

El hombre dejó el látigo a un lado y se acercó a la chica. La cogió del pelo negro azabache, le echó la cabeza hacia atrás para tener acceso a su boca y la besó con fiereza.

—Porque me has mentido. Este es tu castigo.

El hombre volvió a besarla con agresividad y la chica le mordió el labio inferior dispuesta a arrancárselo. Estaba sangrando. Cogió el látigo de nuevo y le asestó un golpe en la desnuda espalda, furioso.

—Pagarás por todo lo que me estás haciendo, Javier —le dijo la joven conteniendo el dolor con los dientes apretados.

Javier se llevó la mano al labio de nuevo para comprobar que seguía sangrando en abundancia, agarró el látigo con fuerza, lo levantó por encima de su cabeza y lo bajó rápida y ferozmente hasta golpear con él la espalda de la muchacha.

—Nunca escaparás de aquí. ¡Nunca! —le gritó golpeándola una y otra vez con rabia.

El hombre tiró el látigo hacia la cama cuando se hubo cansado de golpear a la joven, se encaminó hacia la puerta a grandes zancadas y salió de la habitación dando un portazo.

La chica seguía de pie, colgada por las muñecas y desnuda entre esas cuatro paredes blancas y rojas. Las lágrimas le recorrieron el rostro inflamado y magullado, escociéndole. Cerró los ojos apoyando la cabeza en su brazo, esperando que todo aquello solo fuera una pesadilla. Pero no lo era. La espalda le ardía de dolor. Todo el cuerpo le dolía. Lo sentía agarrotado y como si tuviera todos los huesos del cuerpo rotos. Había perdido toda la noción del tiempo encerrada en esa habitación. No sabía cuánto tiempo llevaba allí. Y, para ser sincera, tampoco encontraba ninguna esperanza de que los encontraran en la selva de aquella isla.

No había salido de esa habitación ni un solo segundo desde que Javier lo descubrió todo. No sabía qué le había hecho a su primo Héctor ni tampoco dónde estaba, ni si seguía vivo.

Aún no podía creer que los hubieran descubierto. El plan estaba bien desarrollado y no había ningún motivo para que los descubrieran. No era la primera vez que lo hacían. Sin embargo, nunca habían estado en una situación tan mala. Su primo siempre se las ingeniaba para dejarla a ella al margen cuando las cosas se ponían feas, pero, en esa ocasión, no lo había visto venir. Javier los descubrió y, en su última cena, los drogó. La chica se había despertado en la enorme cama de esa habitación, insonorizada y acolchada como las de un psiquiátrico. No sabía cómo había llegado hasta allí. Había intentado levantarse, pero las piernas le pesaban. En ese momento, Javier había entrado en la estancia sonriendo y con dos juegos de esposas de oro en las manos. Se acercó a ella, la agarró del pelo y la arrastró hasta unas anillas plateadas que colgaban del techo. La esposó a las anillas y la desnudó rompiéndole la ropa.

La chica había intentado hablar, mas las palabras no salieron de su garganta. Intentó darle una patada y las piernas no le respondían.

—Tranquila. Cuando el fármaco deje de hacer efecto podrás volver a hablar y andar —le había dicho él mientras le ponía un mechón de pelo negro azabache detrás de la oreja.

La rodeó observándola de arriba abajo mientras se mordía el labio inferior y se desnudaba lentamente. Le pasó la punta de los dedos por la cintura hasta llegar al vientre. Con la otra mano le acarició un pecho y subió hasta su cuello apartándole el pelo para poder besarlo y lamerlo. Olía a tierra mojada y sabía a fresas. Se apretó más contra ella.

La chica abrió los ojos de par en par al saber lo que le iba a hacer. Sintió una protuberancia en el trasero, entre los muslos. Una lágrima cayó recorriéndole el rostro. No podía hacer nada para evitarlo. Estaba drogada, con el cuerpo totalmente paralizado.

Javier siguió acariciándola y pegándose a ella. La protuberancia se hizo más grande y el hombre, sin previo aviso, empujó. La embistió con fuerza.

La muchacha cerró los ojos al sentir el dolor en la entrepierna. Las lágrimas brotaron sin control ante la impotencia.

El hombre embestía una y otra vez más, con más fuerza y más rápido.

La joven intentó pensar, a lo mejor sus pensamientos llegaban hasta sus hermanas o sus primos, pero entonces, otro dolor se apoderó de ella. El cerebro le dolía como si le estuvieran dando con un martillo.

El hombre culminó con la última embestida y se apoyó en el hombro de ella dejándole besos en el cuello. Estaba exhausto. Se retiró de ella, cogió la ropa del suelo y salió de la habitación con una gran sonrisa en la cara.

Esa escena se había repetido en muchas ocasiones, tantas que la chica ya no sentía nada. Javier estaba obsesionado con ella. La maltrataba y violaba un día sí y otro también. Las esperanzas de salir de aquella habitación con vida menguaban cada segundo, cada minuto, cada hora, cada día que pasaba encerrada entre esas cuatro paredes. Intentó comunicarse con su familia, pero no lograba hacer que el mensaje llegase a su destino. Un dolor horrible envolvía su cabeza y no la dejaba pensar. No podía soportarlo.

Javier entró en la habitación, se dirigió hacia ella y le levantó la cabeza para limpiarle las heridas de la cara y la sangre que brotaba de su pequeña y perfecta nariz.

—Deja de intentarlo. Sabes que no vas a conseguirlo. No puedes usar ninguno de tus poderes. ¿Por qué no aceptas de una vez que no voy a dejarte ir? Eres mía.

La chica sintió cómo la aguja penetraba su piel. El líquido naranja recorrió su torrente sanguíneo, mezclándose con su sangre. Los ojos se le cerraron involuntariamente sumiéndola en un profundo sueño.

Javier le dejó un beso en la frente y se acercó a la puerta para dejar pasar a José, su guardaespaldas, con su prisionero.

El chico estaba con las manos atadas a la espalda y con la cara hinchada y morada por los golpes. Miró a su alrededor y vio la espalda de la chica. Se le revolvió el estómago al reconocerla, apretó los dientes y se abalanzó hacia Javier.

—¿Qué le has hecho a mi prima, hijo de puta?! —le gritó con los colmillos agrandándoseles.

El hombre dio un paso hacia atrás para salir del alcance del chico y sonrió maravillado al comprobar que era cierto lo que le habían dicho de él. Miró a la mujer de reojo.

—No estás aquí para hablar de ella. Quiero que escuches la oferta que te voy a hacer.

—No quiero escuchar ninguna oferta tuya, a menos que sea para matarte. En ese caso soy todo oídos —le contestó el joven mirándolo fijamente a los ojos negros y fríos.

Javier se echó a reír y se acercó a la chica sacando una pistola de su cinturón. La cogió del pelo para levantarle la cabeza y le apuntó con el arma.

—Te lo voy a poner fácil. O me sirves a mí o tu prima no volverá a despertar. ¿Qué decides?

El prisionero lo miró con las pupilas como dos pequeñas rayas verticales. Tenía la mirada de un depredador cuando va a cazar a su presa. Sus ojos marrones con motas doradas cambiaron al ámbar. Sentía un gran desprecio por ese miserable. Habría sido muy sencillo escapar de allí matando a todos los que se pusieran en su camino, pero sabía que Javier mataría a su prima en un abrir y cerrar de ojos, antes de que él pudiera alcanzarla para ponerla a salvo. El desgraciado no estaba mintiendo. Sopesó todas las opciones en milésimas de segundos. No podía correr el riesgo. No podía perderla. Él tenía el deber de protegerla y de sacarla sana y salva de esa situación. Respiró hondo llenándose los pulmones con el olor ferroso de la sangre.

—¿Qué tengo que hacer? —le preguntó calmándose.

—Eso me gusta más. Sé las “habilidades” que tienes, todas y cada una de ellas. Dentro de una hora y media va a llegar una avioneta con algunos turistas. Entre ellos hay un testigo protegido. Quiero que me lo traigas de una pieza y vivo.

—¿Un testigo protegido? ¿Alguien te ha pillado haciendo alguna fechoría?

Javier se acercó a él furioso y le dio un puñetazo en la mandíbula.

—Eso no es de tu incumbencia. Tú solo límitate a traérmelo.

El chico contuvo las ganas de matar a golpes al bastardo mientras saboreaba la sangre dentro de su boca.

El guardaespaldas se lo llevó de la habitación después de la orden muda de su jefe y cerró la puerta detrás de él.

Javier le quitó las esposas a la chica, la llevó en brazos hasta la cama, la tapó con la sábana blanca de seda y se fue hacia la cocina.

\*\*\*

Había pasado una hora cuando la joven despertó e intentó por enésima vez contactar con sus hermanas. <<Amanda, Alicia, ¿podéis oírme?>>, pensó. Lo intentó por medio de la telepatía, pero ese no era su poder. Aún sentía los efectos del sedante, pero logró sentarse en la cama con la espalda apoyada en el cabecero de madera blanca con muchos cuadrados pequeños. Miró a su alrededor y se sorprendió. ¿Cuándo la había cambiado de sitio? ¿Cuánto tiempo había estado inconsciente? Ya no sabía siquiera ni cuánto tiempo llevaba torturándola. Se levantó despacio de la cama para ir al lavabo, las piernas casi no la sostenían. Le temblaban como dos flanes y cada paso que daba era una agonía. Le dolía todo el cuerpo, cada músculo y tendón. Llegó a duras penas al lavabo y escuchó que se abría la puerta. Una cabeza rapada asomó por la puerta de baño.

—Querida, ¿por qué no me has llamado para que te ayudara? —le preguntó Javier con suavidad y ternura mientras ella se echaba agua en la cara.

No lo soportaba, pero no quería que volviera a azotarla con el látigo.

—No quería molestarte —no podía creer que la torturara y después fuera tan tierno y cariñoso. Parecía tener doble personalidad; la encantadora, cariñosa y tierna; y la perversa, sadomasoquista y agresiva.

Javier se acercó a ella cuando hubo terminado y se la llevó a la cama en brazos. La sentó en la cama y le limpió una gotita de sangre que tenía en la nariz. La tapó con la sábana y le dejó un pequeño beso en la frente.

—¿Estás bien, querida? ¿Necesitas algo? —le inquirió quitándole un mechón de pelo de la cara y dejándolo detrás de su oreja.

—No, gracias —contestó ella agarrando con fuerza la sábana y tapándose hasta el cuello, como si la tela pudiera detenerlo y protegerla de él—. Bueno, algo de ropa no me vendría mal.



—Lo siento, querida, pero eso no va a poder ser. Ya sabes que me encanta tu cuerpo. Me gusta que estés desnuda para mí.

La chica asintió con la cabeza y cerró los ojos cuando la apoyó en la almohada. No se quedó dormida, no podía. Se sentía atrapada y le dolía cada milímetro de su cuerpo. Estaba cada vez más pálida, como si se le apagara poco a poco la vida.

Javier se tumbó a su lado rodeándole la cintura con su brazo regordete y peludo.

La chica podía escuchar su respiración y sentirla en la nuca. Levantó un poco la cabeza para mirar por la ventana. La selva parecía tranquila. No podía escuchar a los pájaros cantar, pero ver los diferentes tonos verdes de las hojas de los árboles la hizo sentirse mejor. Mientras estaba sumergida en sus pensamientos, llamaron a la puerta y cerró los ojos de inmediato.

—Adelante —gritó el hombre desde la cama.

La puerta se abrió y José entró seguido por un hombre con el pelo canoso, rechoncho y unas gafas redondas como el culo de una botella.

—Aquí está, jefe. Lo ha traído sano y salvo. Sin ninguna complicación —le informó el guardaespaldas mientras ponía al esposado delante de él.

El hombre rechoncho y canoso miró a su alrededor, vio a Javier tumbado en la cama y a una muchacha a su lado. José salió de la habitación cuando su jefe le hizo un pequeño gesto con la cabeza.

—¡Deja de mirar a mi prometida! —vociferó Javier mientras se levantaba para acercarse a él.

—Lo siento, no sabía que era su prometida —contestó el hombre agachando la cabeza y mirando al suelo.

Javier le miró con sus ojos negros como el carbón y fríos como el hielo.

—Creo que es mejor que vayamos a otro lugar más privado para hablar de negocios —le dijo llevándolo hacia la puerta y saliendo de la habitación, cerrando detrás de él.

La chica abrió un ojo y vio a su carcelero salir de la estancia. Intentó incorporarse y escuchó que la puerta se abría de nuevo. Se tumbó en la cama y cerró los ojos.

—¿Ana? ¿Estás bien? —le preguntó un susurro suave.

La joven abrió los ojos para poder ver al dueño de la voz, aunque la conocía como a la suya propia. Héctor se acercó a ella rápidamente y en silencio cuando su prima intentó bajar de la cama.

—No, no te muevas —la tumbó con cuidado y se le revolvió el estómago cuando vio la mueca de dolor de ella—. Lo siento, no debería haberte metido en esto —se disculpó abrazándola y viendo las heridas de la cara—. ¿Estás bien?

Anabel lo miró con las lágrimas resbalando por sus mejillas. <<¿Cómo va estar bien, estúpido?>>, se regañó a sí mismo recordando las heridas de su espalda. Su prima no era de esas mujeres sensibles que lloran con solo romperse la uña. Estaba mal, muy mal, y tenía que sacarla de allí cuanto antes. Le enjugó las lágrimas con los pulgares y la abrazó con fuerza.

—Lo siento mucho. Te prometo que haré todo lo posible para que vuelvas a casa sana y salva.

—Para que volvamos los dos a casa. No voy a dejarte aquí solo.

Héctor la abrazó con más fuerza, con cuidado de no darle en las heridas abiertas de la espalda. Aun estando la muerte merodeando a su alrededor, su prima lo protegía más a él que a sí misma.

—Lo sé. Voy a pensar en algo para que puedas escapar y pedir ayuda.

—Héctor... —Anabel lo miró con el ceño fruncido. No podía decirlo de verdad. No podría salir de allí sabiendo que él estaba aún en peligro.

Su primo se levantó dejándola sentada en la cama, se acercó a la puerta, abrió para mirar si había guardias y salió silenciosamente al pasillo sin darle tiempo para protestar.

La chica se quedó mirando la puerta cerrada, perpleja. No quería irse sin él. No podía pensar lo que le haría Javier cuando supiera que ella se había escapado. Se aovilló en la cama temblando, por primera vez en su vida, de miedo. Miró hacia la mesita de noche que estaba a su lado y vio una pequeña planta. <<¿Esa planta estaba ahí antes?>>, se preguntó extrañada. Un pequeño papelito blanco sobresalía de una de las flores. Estiró el brazo y lo cogió para leerlo:

—“Espero que te gusten las flores como tú me gustas a mí. Tu prometido, Javier”.

Arrugó el papel en la mano, lo tiró al suelo con asco, miró fijamente a la tierra que envolvía a la planta y se concentró. <<Chicas, os necesito. No puedo hacer...>>

—¡Ah! —gritó llevándose las manos a la cabeza.

Estaba paralizada por el dolor de cabeza que esa concentración le había provocado. No podía contactar con sus hermanas. ¿Qué le estaba pasando? ¿Por qué le causaba dolor cada vez que intentaba usar sus poderes? Sintió un líquido caliente recorriendo la parte superior del labio y se lo limpió con la mano. Sangre. La nariz le sangraba y no entendía por qué.

## Capítulo 2

Al día siguiente por la mañana, Javier estaba en el salón de la mansión rodeado de todos sus hombres, incluido Héctor.

—Bien, chicos. Dentro de una hora llegará el ministro de economía. Ha venido para rescatar a su hijo. Héctor, necesito que conduzcas el coche del ministro y lo lleses al refugio. José irá contigo. Cuando estemos en el refugio yo me ocuparé de negociar con él el acuerdo para que el hijo vuelva a casa con su padre “sano y salvo”.

Sus hombres rompieron a reír junto con su jefe, excepto Héctor.

—¿Cuánto tiempo van a durar las negociaciones? —quiso saber el chico.

—Pues, dependiendo de lo receptivo que esté el ministro. ¿Por qué? ¿Estás trazando algún plan para escapar? —le preguntó Javier entrecerrando los ojos con desconfianza.

—No, solo es curiosidad. Ya me ha quedado claro que no puedo escapar —le respondió acordándose de los latigazos que había recibido los días que lo había intentado.

—Bien. ¿Hay alguna pregunta sobre el plan? —inquirió Javier mirando a todos sus hombres. Todos negaron con la cabeza—. En ese caso, ¡id a vuestros puestos!

Todos salieron corriendo, excepto José y Héctor.

—Sería recomendable que dejara a algunos de los hombres vigilando la casa y a la chica —propuso el guardaespaldas al oído de su jefe.

Su jefe le asintió dándole la razón. No podía dejar que Anabel escapara y, estaba seguro de que lo intentaría. Le hizo un pequeño gesto a su guardaespaldas y éste salió del salón para reunirse con los hombres y dejar algunos en la casa vigilando.

Héctor estaba sentado en una silla con los codos apoyados en los muslos y las manos en la cabeza. Intentaba pensar a mil por hora. No creía que tardaran mucho. Una hora y media o dos como mucho. Tendría que desconectar la alarma, dejar alguna puerta abierta y esperar a que su prima estuviera lo suficientemente fuerte como para que los hombres que se quedaran no la vieran huir. Era casi imposible que pudiera salir. Sintió que Javier se movía, acercándose a él.

—¿Podría ver a mi prima antes de salir?

—Sí, pero no tardes. No quiero que llegemos tarde a mi cita con el ministro.

El chico asintió, se levantó despacio y se encaminó hacia las escaleras blancas de mármol. Subió llegando al primer piso, se acercó a la puerta doble blanca al final del pasillo y entró con cuidado. Se acercó a la cama, se sentó y le acarició el rostro a su prima. Ya no lo tenía tan hinchado, pero las heridas del látigo en el cuello y la espalda aún estaban rojas.

—Primita, ¿estás despierta? —Anabel abrió los ojos y lo miró—. Es tu oportunidad para escapar. Dentro de unos minutos nos iremos. En la casa se quedarán algunos hombres, pero no creo que te vean. Tienes que escapar y pedir ayuda.

—¿Y qué pasa contigo? Te matará si se entera que me has ayudado.

—Soy más valioso para él vivo y no se va a enterar. Y, en parte, no te voy a ayudar. Te vas a escapar tú solita. Yo voy a estar con él, así que no puede echarme la culpa. Cuando nos hayamos ido espera unos minutos y después te vas. Sal por la puerta de la cocina, entrarás en la selva.

Cruza el río en cuanto puedas, así no podrás seguir tu rastro con los perros. Encuentra a alguien para que te lleve a un teléfono y dile a Diego que mande a la caballería.

—Héctor, no sé si seré capaz de hacerlo. Casi no puedo moverme.

—Sé que puedes. Usa tus poderes. Saca fuerzas de donde sea. Por cierto, la alarma estará desactivada, pero por poco tiempo. Intenta darte la mayor prisa que puedas. Te veré pronto —le dio un beso en la frente, seguido de un abrazo y se fue.

El chico salió de la habitación, bajó las escaleras y miró a su alrededor. No parecía que hubiera nadie cerca. Se acercó a la cocina, entró esperando encontrar al ama de llaves allí sentada mirando una revista, pero no había nadie. Buscó en los cajones negros y blancos de la cocina lo que sabía que había sin ninguna duda. Sabía que había, pero ¿dónde? ¿En qué parte? Buscó por todos los armarios de arriba y en los de abajo, hasta que lo encontró. Sabía que lo había dejado por algún lado. Cogió un pequeño frasco de uno de los cajones con una gran sonrisa en la cara, lo abrió y sacó dos cápsulas rojas. Las abrió para sacar el polvo y lo echó en la taza de té que había preparada en la encimera, cerca de la vitrocerámica. Dejó el frasco donde lo había encontrado, limpió los restos del polvo que había en la encimera y salió de la cocina. Se quedó detrás de la puerta cerrada esperando a que el ama de llaves volviera para tomarse el té.

La anciana mujer no tardó mucho en aparecer murmurando. Entró en la cocina desde las puertas de cristales que daban al jardín, cogió la taza y se sentó en un taburete en la isleta que estaba en medio de la estancia. Cogió una revista, movió el té con una cucharilla y le dio un sorbo.

Los labios de Héctor dibujaron una sonrisa y se alejó en silencio hasta la habitación del guardaespaldas de Javier.

\*\*\*

Javier entró en la habitación insonorizada donde tenía recluida a Anabel, se sentó en el borde de la cama, le cogió el brazo a la chica y le inyectó el líquido blanco que llevaba en una jeringuilla.

La chica sintió la aguja penetrando su piel y el líquido entrar en contacto con su sangre. Abrió los ojos de golpe y lo vio.

—¿Qué es eso? —le preguntó ella con el ceño fruncido.

—Un sedante, por si se te ocurre escapar mientras estoy fuera.

<<Mierda>>, pensó la chica recordando el plan de su primo. Los ojos empezaron a cerrársele solos. Los párpados le pesaban. No sentía ningún músculo de su cuerpo.

Javier le dejó un beso en la frente y se fue. Se dirigió hacia la puerta de la mansión donde todos sus hombres lo esperaban para ponerse en marcha. Cerró la gran puerta de madera maciza a su espalda y se sentó en los asientos traseros del todoterreno negro blindado que lo llevaría hasta el refugio donde tenía secuestrado al hijo del ministro de economía.

—Vámonos —ordenó José.

\*\*\*

Los hombres de Javier vigilaban la mansión. Agazapados detrás de los arbustos y escondidos entre las ramas de los árboles, los hombres de Andrew esperaban la orden de su jefe.

Andrew miraba por los prismáticos, reconociendo el terreno y las posiciones de los vigilantes.

—Dos hombres en el jardín, uno en el balcón de la primera planta, dos en la azotea y otros dos en la puerta de entrada —le informó a sus hombres por el auricular—. ¿Cobra? ¿Cuántos hay dentro? —le preguntó a uno de sus hombres apostados en la parte delantera de la casa.

—Dos, uno al oeste y otro al este —contestó el muchacho echando un vistazo con los prismáticos térmicos—. Un momento, hay otro más en la primera planta, delante de las puertas de una habitación.

—Bien. Yo me encargo de la habitación —dijo Andrew guardando los binoculares y preparando las armas para empezar con la misión—. ¿Preparados?

—Por supuesto —respondieron todos al unísono.

—Pues, que empiece el juego.

Andrew bajó del árbol y se acercó silencioso y en alerta hasta la puerta de cristales que daban a la cocina. Uno de sus hombres abatió a los dos vigilantes del jardín. Otro se encargó del hombre del balcón, disparándole desde un árbol con un arma con silenciador, después abatió a los dos hombres de la azotea. Por la puerta principal, Cobra y Rango se encargaron de los dos hombres dentro de la casa, despejando el camino para su jefe.

Cobra entró en la cocina y apuntó al ama de llaves con la pistola. Ésta no se movió. El té estaba derramado por la revista de cocina que la anciana estaba leyendo. El chico se acercó a la mujer y le buscó el pulso. Solo estaba dormida. Se acercó a la puerta de cristales y la abrió dejando paso a su jefe. Andrew entró en la cocina seguido de Tanque.

—¿Dónde te habías metido? ¿Has parado a tomar un tentempié? —le preguntó Tanque, un hombre pelirrojo, a Cobra.

—Le he hecho una visita a tu hermana —contestó guiándolos hasta las escaleras para subir a la primera planta.

Subieron los escalones despacio y en silencio. Cobra vio al hombre delante de la puerta doble blanca, le hizo un gesto a su jefe para que pararan, apuntó al guardia con el arma y disparó acertándole en medio de los ojos. El hombre cayó al suelo con los ojos abiertos. Cobra continuó subiendo las escaleras seguido por su jefe, y se dirigió hacia la izquierda para ver si había alguien más en la casa que se les hubiera escapado.

Mientras tanto, Andrew y Tanque se encaminaron hacia la derecha, caminando lentos hacia la habitación cerrada. El primero puso la mano en el pomo de la puerta, pero ésta no se abrió. Estaba bien cerrada. El segundo se alejó unos pasos de la puerta y le dio una patada.

Las puertas se abrieron de golpe, dejando ver parte del interior de la estancia. El pelirrojo entró en la habitación, pero alguien le golpeó en la cabeza cayendo al suelo inconsciente.

Andrew placó al guardia que se acercaba a su compañero con una automática en las manos. El arma cayó de las manos del hombre y Andrew le asestó un puñetazo en el estómago. El hombre se dobló aullando de dolor y el jefe le dio una patada rompiéndole la nariz. El guardia se volvió a levantar limpiándose la sangre con la manga de la camisa blanca y se abalanzó sobre el intruso golpeándolo contra la pared. Intentó estrangularlo con las manos, pero Andrew se lo quitó de encima metiéndole los dedos pulgares en los ojos. El hombre gritó de dolor dejando de hacer fuerza en el cuello del intruso. El jefe le asestó uno y otro puñetazo en la cara hasta que el atacante cayó inconsciente en el suelo.

Andrew se acercó a Tanque para ver si se encontraba bien. El muchacho estaba inconsciente. Le dio unos golpecitos en la cara y lo espabiló.

—Tanque, despierta. No es hora de echarse una siesta.

El pelirrojo abrió los ojos con una mueca de dolor al llevarse las manos a la cabeza.

—¿Qué ha pasado?

—Te ha dado un golpe en la cabeza —respondió su jefe haciendo un gesto con la mano para que mirara al hombre del suelo.

—Me ha pillado por sorpresa —dijo levantándose del suelo y poniéndose bien el arma.

Andrew se acercó a la cama que había en la habitación y le quitó la sábana de encima a la persona que estaba allí tumbada. En cuanto quitó la tela se quedó boquiabierto observando a la chica desnuda. Un olor a rosas, como el que había olido en la casa de Miriam días atrás, llegó hasta sus fosas nasales. Sintió un escalofrío por todo el cuerpo al recordar ese olor.

Tanque estaba en la puerta de la habitación cuando vio a Cobra mirar por la ventana del recibidor.

—Tenemos que irnos ya. Se acerca un coche —informó por el auricular.

—Jefe, cójala, yo le cubro —le dijo Tanque apremiándolo.

Andrew meneó la cabeza para salir del trance en el que había caído y buscó con la mirada por la estancia algo para ponerle a la chica por encima. En el brazo de un sillón blanco, en una de las esquinas, había una manta roja. La cogió y envolvió a la chica con ella. Se agachó y la cogió en brazos.

—Vámonos —le anunció a Tanque saliendo de la habitación con la chica.

Bajaron las escaleras a toda velocidad, entraron en la cocina y salieron hacia la selva seguidos de Cobra y Rango que les cubrían las espaldas.

Se adentraron en la selva saltando sobre los troncos de algunos árboles caídos cuando Bomba, el francotirador, bajó del árbol siguiéndoles muy de cerca.

—La llevaré a mi cabaña. Dispersaos y borrad todo rastro —ordenó Andrew corriendo hacia la cabaña que le habían asignado para esa misión.

Los cuatro muchachos se separaron. Andrew siguió adelante para poder cruzar el río, olfateó el aire y el olor a rosas volvió a estar presente, además del olor a humedad. Una tormenta se acercaba. Saltó el tronco de un roble caído y llegó al caudaloso río. La corriente empezaba a ser más fuerte. Tendría que cruzarlo ya o más tarde no podrían. Se echó a la chica al hombro y se dirigió a la orilla. Empezó a andar hacia el otro lado, aunque con un poco de dificultad. La fuerza de la corriente aumentó cuando estaba a punto de llegar al otro lado. Plantó los pies en el suelo fangoso con fuerza y dio un paso. Enterró un poco el pie en el lodo y dio otro paso. Llegó a la orilla y subió con firmeza la pequeña cuesta.

Andrew se adentró aún más en la selva. Pequeñas gotitas de lluvia empezaron a caer sobre ellos. El viento empezó a soplar con fuerza empapándolos por completo. El hombre ascendió por una pendiente abrupta ayudándose de las raíces de un árbol que sobresalían de la tierra.

El cielo se nubló dejando el interior de la selva todavía más oscuro sin los ocasionales rayos de luz del sol abriéndose paso entre los árboles. El joven siguió un pequeño sendero escondido entre la maleza. Lo llevaba un poco más lejos de la cabaña, pero así no podrían seguir su rastro si intentaban buscarle a él o a ella. Escuchó un gruñido a su espalda, miró por encima de su hombro hacia atrás y los vio. Diablo y Satán ya estaban detrás de él para protegerle la espalda. Satán, el jaguar, le pisaba los talones. Diablo iba un poco más rezagado, pero atento a todo lo que había a su alrededor. El jaguar se adelantó al hombre y siguió avanzando evitando los arbustos y los troncos podridos del suelo.

De pronto, el felino se paró en seco. El humano frenó la marcha y miró a su alrededor buscando a la amenaza.

—¿Qué pasa, Satán? —le preguntó en un susurro al blanco felino.

El animal levantó las pequeñas y redondeadas orejas para escuchar mientras olfateaba el aire. Dio un medio gruñido en dirección a unos arbustos, a unos metros de distancia de ellos. El hombre clavó su mirada en esa dirección con los ojos entrecerrados. Dejó a la chica apoyada en un sauce



cercano y sacó un cuchillo de la funda que llevaba en la pantorrilla.

—Quédate con ella —le dijo a Diablo acariciándole la cabeza. Se acercó al felino—. Vamos.

Hombre y animal se separaron cada uno hacia un flanco del arbusto, se acercaron en silencio, acechando a quien o lo que fuera que hubiera escondido entre la planta. Andrew anduvo hasta la planta con el cuchillo en la mano y dispuesto a clavarlo en el pecho de cualquiera que quisiera matarlo. Vio a Satán acercándose por el lado derecho y le asintió con la cabeza. El animal enseñó los caninos y se abalanzó sobre el arbusto. El hombre lo siguió blandiendo el arma afilada. Estaba a punto de clavarlo en su presa cuando se paró en seco. El grito de un hombre ensangrentado lo detuvo justo antes de asestarle el golpe mortal.

—¡No me haga daño, por favor! —le suplicó el herido aovillado en la hojarasca y con las manos tapándose la cabeza en señal defensiva.

—¿Quién es usted? ¿Y de dónde sale? —le preguntó Andrew levantando la mano para que el jaguar no saltara sobre el intruso.

—Soy Ramón Ballesteros. Me he escapado de una celda.

—¿Qué celda?

—Está en la casa de un traficante muy buscado. Muy lejos de aquí, cruzando el río —le explicó el hombre temblando y tartamudeando.

—¿Javier Vega?

—Sí, sí. ¿Lo conoce?

—No, aún no he tenido ese placer. ¿Y por qué estaba encerrado?

—Le pillé cuando recibía una entrega de armas y se lo conté a la poli. Quiso asesinarme y me pusieron en el programa de testigos protegidos, pero él me encontró.

—¿Cómo ha conseguido salir?

—El guarda que me vigilaba se dejó las llaves puestas en la cerradura de la puerta. Me lo pensé durante unos minutos hasta que decidí intentar escapar. Cuando salí de la celda y entré en la casa vi que todos los guardias estaban muertos, así que aproveché. Pero ahora estoy en la selva perdido.

Andrew miró fijamente al rubio hombre. No parecía mentir. Y estaba asustado. Se guardó el cuchillo en la funda de la pantorrilla y lo ayudó a levantarse.

—Venga conmigo —le pidió mientras lo ayudaba a levantarse.

El hombre temblaba de miedo y frío.

—Gracias. No sé qué habría sido de mí si hubiera seguido aquí en la intemperie.

—No se preocupe. Le llevaré a un lugar caliente y seguro. Tenemos que darnos prisa, se acerca una tormenta.

El hombre le asintió y lo siguió hasta donde había dejado a la chica. Ramón se quedó mirando a la joven de arriba abajo. La había visto antes.

Andrew se agachó y volvió a ponerse a la muchacha al hombro, así le era más fácil trepar por los taludes. Le hizo un gesto al hombre con la cabeza para que siguiera al felino y continuaron el camino hacia la cabaña.

\*\*\*

La tormenta tomaba más fuerza cuando llegaron a la cabaña. El viento soplaba feroz. Andrew abrió la puerta y caminó hacia el dormitorio dejando a la chica en la cama. Se alejó para encender la chimenea que estaba en la esquina y cogió el botiquín que tenía en el baño. Satán y Diablo se subieron a la cama, cada uno a un flanco de la chica, y gruñeron al hombre cuando éste se acercó

con un trozo de algodón empapado en alcohol al cuello de la joven.

—Tranquilos, no le haré daño. ¿Desde cuándo os gustan los desconocidos? —preguntó extrañado por el comportamiento de ambos animales.

Ramón se sentó en el sofá del salón acurrucándose entre los cojines y abrazándose a sí mismo. También estaba herido, pero la chica parecía estar peor.

Los dos animales se tumbaron al lado de la joven, protegiéndola. El hombre deslizó el algodón suavemente por las heridas que la chica tenía en el cuello y sintió su estremecimiento cuando el alcohol entró en contacto con la piel sedosa de la joven.

Satán y Diablo también lo sintieron, como si les hubiera sucedido a ellos mismos, y le enseñaron los colmillos al humano.

El hombre terminó de limpiar las heridas de la chica sin quitarles los ojos de encima a los animales y se acercó a la chimenea para atizar el fuego. En pocos minutos llovería aún más fuerte. Se fue al salón y le dejó el botiquín al hombre que había encontrado perdido.

—Límpiese las heridas bien y entre en calor —le dijo encendiendo la chimenea de piedra situada enfrente del sofá—. En el frigorífico hay comida, coja lo que quiera —se acercó a un armario y cogió una manta. Se la entregó al hombre y se alejó hasta la puerta—. ¡Satán! Vamos a por provisiones —llamó al félido.

El animal no hizo ningún movimiento. Se quedó tumbado al lado de la chica, ignorando a su compañero humano.

—¡Satán! —gritó el hombre acercándose a la puerta de la habitación. El animal seguía tumbado a los pies de la chica, totalmente inmóvil—. ¿Se puede saber qué os pasa? ¿Por qué la protegéis tanto? —les inquirió indignado por el comportamiento incomprensible de los animales.

Desistiendo que el animal le siguiera, Andrew salió de la cabaña hacia la selva con la lluvia cayendo a borbotones sobre su cuerpo. Buscó un árbol para cortarlo, cogió el hacha que estaba apoyada en la pared, al lado de la puerta, y se dirigió al abeto. Era bastante grande, abastecería las chimeneas para los días que durara la tormenta. El agua los dejaría aislados.

\*\*\*

Anabel abrió los ojos poco a poco, con pesadez. Sentía la piel caliente, pero no la suavidad de las sábanas de seda. La niebla que le nublabla la vista se fue desvaneciendo despacio y vio unas sábanas amarillas de terciopelo debajo de ella. Se movió para incorporarse, pero sentía las piernas pesadas. Se incorporó como pudo y se quedó atónita al saber por qué las sentía así. Un jaguar blanco y enorme estaba tumbado a los pies de la cama. La chica encogió las piernas con miedo de que se despertara el félido y miró a su alrededor. A su izquierda, tumbado en la cama, había un perro labrador de color café. Echó un vistazo a la estancia. Vio arder un fuego en una chimenea de piedra que hacía de esquina. Siguió con la mirada las paredes de la cabaña de madera y vio un gran armario de madera de cerezo con varios espejos enfrente de ella. Se vio reflejada en uno de los espejos y se quedó sin palabras al contemplarse. Estaba más delgada y muy pálida. Las heridas de la cara y el cuello estaban rojizas y no parecían tener tan mala pinta como creía. Se movió un poco para poder verse la espalda en el espejo. En cuanto se vio las heridas, aún un poco sangrantes y sin cicatrizar, cerró los ojos. Aquellas heridas tardarían en curarse, pero al menos, no le quedarían cicatrices que le hicieran recordar aquellos momentos de intenso y agonizante dolor.

La joven bajó los pies lentamente de la cama y se levantó. Caminó hasta la puerta de la habitación y se asomó con cautela. No parecía haber nadie allí. Echó un vistazo a su alrededor y

vio la salida. Anduvo de puntillas, sin hacer ruido y pasó por al lado del sofá. Se quedó parada al ver a un hombre dormitando en él. ¿Quién era ese hombre? No lo sabía, aunque tampoco iba a quedarse para averiguarlo. Siguió el camino hacia la puerta, pero ésta empezó a abrirse. La chica caminó hacia atrás hasta que chocó con los muebles de la cocina. Cogió uno de los cuchillos que estaban en un soporte al lado de la hornilla y esperó al intruso.

\*\*\*

La puerta de la cabaña se abrió despacio. Andrew entró cargando con la leña recién cortada, empujando hasta los huesos y vio a la chica en la cocina blandiendo un cuchillo amenazadoramente. Sin previo aviso, Diablo y Satán irrumpieron en el salón a toda velocidad, gruñendo, mirando a la chica y, después, a su amo.

—¿Quién eres? ¿Dónde estoy? —le preguntó la chica asustada, sosteniendo el cuchillo y pasando la mirada del hombre a los animales.

—Soy Andrew Tràigh y estás en mi cabaña. Y esos son Satán y Diablo —le respondió el hombre con tranquilidad, señalando a los animales con un pequeño gesto de la cabeza encapuchada con el impermeable negro.

—¿Cómo he llegado hasta aquí? —no terminaba de fiarse de él, aunque sabía que decía la verdad.

—Te he traído yo. Te saqué de la mansión de Javier Vega y te traje aquí. ¿Cómo te sientes?

—Bien. ¿Por qué?

—Tienes unas heridas bastante feas. Te las he limpiado, pero no sé si será suficiente.

—No te preocupes. Ahora, si no te importa, indícame dónde está el pueblo o la carretera más cercana y me iré.

—Me temo que no puedo dejar que hagas eso —Andrew soltó la leña al lado de la chimenea y volvió a mirarla.

—¿Por qué no? —<<Sabía que no podía confiar en él>>, pensó.

—Porque se acerca una tormenta y podrías morir.

—Gracias por tu preocupación. Estaré bien.

—Lo siento. No puedo.

—Aléjate de la puerta —le ordenó la chica amenazándole con el cuchillo.

—No.

Ramón se despertó y se incorporó en el sofá. Observó al hombre que lo había ayudado y siguió su mirada atenta. Dio un salto en el sofá cuando vio a la chica sujetando un cuchillo enorme en sus manos. Esa mujer le sonaba de algo, pero no lograba saber de qué.

—Dile a tu amigo que se quede dónde está —le dijo la joven sabiendo que el otro hombre estaba en el sofá.

—No es mi amigo —contestó Andrew tranquilamente.

—Ya sé de qué te conozco —Ramón se levantó del sofá de un salto y señaló a la chica—. Eres la prometida de Javier.

Andrew abrió los ojos de par en par al escuchar esas palabras y miró a la chica entrecerrándolos, escudriñándola. No podía ser. ¿Cómo podía ser esa chica la prometida de uno de los mayores traficantes del mundo? Era imposible.

—¡Yo no soy su prometida! En ningún momento le he dicho que fuera a casarme con él, él solito se lo supuso —se defendió ella asqueada.

—Mantengamos la calma —pidió Andrew mirando a uno y otra mientras atendía los

movimientos de los animales.

—¡No soy su prometida! —gritó la chica ultrajada.

—De acuerdo, no lo eres.

—Solo quiero salir de esta cabaña y encontrar un teléfono.

—Vale. ¿Podrías bajar el cuchillo, por favor? —le inquirió Andrew suavemente.

—¿Cómo sé que no vais a torturarme o a matarme una vez que lo suelte? —le interrogó la chica sujetando el arma con más fuerza.

—¿No crees que lo hubiera hecho durante el tiempo que has estado inconsciente?

Anabel lo pensó unos segundos. Tenía razón. No sabía cuánto tiempo llevaba en esa cabaña con esos dos hombres, pero teniendo en cuenta que era media mañana cuando Javier la sedó y el sol se estaba poniendo, había tenido tiempo suficiente para matarla, torturarla o lo que hubiera querido hacer con ella. Bajó el cuchillo muy despacio hasta dejarlo encima de la encimera. Se apoyó en ella y observó los movimientos de todos los presentes.

Satán se movió lentamente y con cautela hacia ella. Anabel miró al animal fijamente a los ojos e intentó conectar con él, pero cerró los ojos al instante al sentir el dolor de cabeza apoderándose de ella. Se sentó en el suelo de la cocina con las manos en la cabeza y las lágrimas resbalándole por sus mejillas.

El félido se quedó quieto, apretando los dientes y con los pelos de la cola erizados. Parecía sentir el dolor de la muchacha.

El hombre caminó silencioso hasta ella, se acuclilló y la observó detenidamente.

—¿Estás bien? —le preguntó parando al jaguar y al perro que empezaban a moverse otra vez hacia ella.

Anabel levantó la cabeza sobresaltada y se enjugó las lágrimas con las manos. De nuevo, tenía un hilillo de sangre saliendo de su pequeña nariz.

—Me duele la cabeza —contestó—. ¿Cuánto tiempo durará la tormenta?

—No estoy seguro. Puede que dos o tres días —le respondió mientras se levantaba, cogía un trapo de la cocina y lo mojaba para limpiarle la sangre.

—¿Dos o tres días? —Anabel esquivó el trapo cuando el hombre se lo acercó.

—Tranquila, es agua. Voy a limpiarte la sangre de la nariz.

La chica se llevó la mano a la parte superior del labio y tocó el líquido de color rojo intenso. El hombre volvió a intentar quitarle la sangre y la joven no se movió.

—No puedo esperar tanto tiempo. Tengo que irme ya —le pidió al hombre viendo cómo le limpiaba la sangre con cuidado.

—¿Por qué? Si es por tu prometido, no te preocupes, no te encontrará. Él tampoco podrá entrar o salir de la selva sin que la tormenta le coja.

—Para empezar, ya he dicho que no es mi prometido, y segundo, no es por él. Es por mi... —no sabía si debía confiar tanto en ese hombre. Era cierto que se estaba portando de maravilla con ella, pero era un completo desconocido. Un completo desconocido que tenía un jaguar como mascota. No. No podía decírselo.

—¿Tú qué? —quiso saber él.

—No importa. La cuestión es que tengo que irme y encontrar un teléfono.

—Pues tendrás que esperar hasta que se vaya la tormenta. En cuanto al teléfono, como puedes ver, no tengo —dejó el trapo en el fregadero y se alejó de la chica. Cogió un trozo de leña y lo echó a la chimenea mientras la atizaba—. Será mejor que te pongas cómoda. Puedes quedarte con mi habitación.

Satán y Diablo miraron a la chica y se acercaron a ella, cada uno en un flanco. Le acariciaron los brazos con los hocicos y Anabel hizo una mueca de dolor. Los dos se retiraron rápidamente al sentir el dolor de la joven y la miraron con tristeza.

Andrew observó la escena atentamente. ¿Quién era esa chica? ¿Qué le estaba ocultando? ¿Y por qué Satán y Diablo no se asustaban de ella? ¿Por qué no la atacaban? Cogió aire y un olor a rosas se le metió por las fosas nasales. Recordaba ese olor. Ya lo había olido antes en casa de Miriam, la novia de su hermano, y lo había vuelto a oler en la casa de ese traficante cuando iba a coger a la chica en brazos para sacarla de allí. Se acercó a la nevera y la abrió.

—¿Tenéis hambre? —preguntó a la muchacha sentada en el suelo y al hombre sentado en el sofá mientras él miraba en el interior del electrodoméstico.

—Un poco —respondió la chica casi en un susurro.

—Sí. No he comido nada desde ayer por la mañana —le dijo el hombre levantándose con energía del sofá y acercándose a ellos.

Mientras Andrew preparaba los sándwiches, Anabel se levantó y se sentó en una esquina del sofá, acurrucada. Se miró las pequeñas heridas que tenía en los brazos y se dio cuenta de que estaba desnuda. Subió las piernas al sofá, tapándose con ellas.

—¿Podrías dejarme algo de ropa? —le inquirió a Andrew.

El hombre la miró, dejó a Ramón terminando los sándwiches y entró en su habitación. Cogió una camisa del armario y se la entregó.

—No tengo ropa femenina —contestó poniéndosela por encima de la espalda y quitándose el chubasquero para dejarlo colgado en la percha detrás de la puerta de entrada.

—Gracias.

Anabel se puso la camisa y se la abrochó. Ramón se acercó con un plato lleno de sándwiches y le ofreció uno a la chica. Cogió uno tímidamente y le dio un bocado. Andrew se sentó en una silla enfrente de los dos y los observó con atención.

—¿Qué hacías en la casa de Javier Vega? —le preguntó a la chica mientras se sentaba en una silla.

—Es confidencial —respondió ella sin mirarle.

—Así que, trabajas para un gobierno.

—Yo no he dicho eso.

—Has dicho que es confidencial. Solo las cosas de los gobiernos son confidenciales.

La chica no dijo nada, solo se limitó a mirarlo fijamente a los ojos. Tenía unos ojos preciosos, ahora que se paraba a mirarlos con atención, y su rostro le era familiar.

—¡Jonathan! —gritó levantándose y señalándolo—. ¡Eres Jonathan!

Andrew se quedó parado con el sándwich en la boca para darle un mordisco y la miró.

—¿Jonathan? —preguntó extrañado.

—Jonathan Flames. ¿Qué haces aquí?

Andrew comprendió lo que pasaba, aunque no del todo. ¿De qué conocía esa chica a su hermano?

—No soy ese que estás diciendo. Soy Andrew.

—Si no eres Jonathan, ¿por qué sois como dos gotas de agua? Eres igualito.

El hombre la miró fijamente durante unos segundos, después se levantó, la cogió del brazo y se la llevó a la habitación cerrando la puerta detrás de él.

—¿Quién eres? —la interrogó desconfiado.

—Soy Dafne —respondió la chica. No sabía si podía confiar en él, aunque se pareciera a su

cuñado.

—Mentira —la miró detenidamente de arriba abajo y la olfateó. El olor a rosas provenía de ella. Y ese mismo olor lo había tenido presente durante los días que había estado en casa de Miriam mientras buscaba a su hermano y a Samara.

Se quedó ensimismado mirando los labios de la chica y la forma de su rostro. Tenía algunos rasgos parecidos a su cuñada. ¿Qué tenía que ver esta chica con ella?

—¿Por qué crees que es mentira? —le preguntó la chica un poco asombrada de que lo dijera con tanta convicción.

—Me recuerdas a alguien conocido.

—¿A quién?

—Dime tu nombre.

—Ya te lo he dicho.

—El verdadero.

—Ya te he dicho el verdadero.

—No me lo has dicho —le dijo el hombre acercándose a ella y apresándola entre la pared y él—. Dime tu nombre.

—Anabel —respondió en un susurro antes de tragar saliva con dificultad y que su respiración se agitase.

—¿Anabel qué?

—¿Qué más da mi apellido? —inquirió extrañada.

—¿Por casualidad es Valverde?

La chica abrió los ojos como platos. ¿Cómo sabía ese hombre su nombre? <<Chicas, ¿podéis oírme?>> Hizo una pequeña mueca de dolor cerrando los ojos. La sangre brotó por su nariz. El cerebro le palpitaba intentando salirse del cráneo. No podía siquiera pensar.

**¿Ana? ¿Dónde estáis?** Esa voz femenina y dulce la conocía muy bien. Habían logrado escucharla. <<Amanda, nos han descubierto>>. Intentó concentrarse para poder hablar con su hermana, pero era muy difícil con ese hombre tan cerca de ella y con el dolor de cabeza.

**¿Dónde estáis, cariño?** Amanda intentaba encontrar el sitio, mas algo parecía bloquear la conexión. No podía ver bien dónde se encontraba su hermana. **Dime dónde estáis. Iremos a buscaros.**

Anabel cogió aire y lo volvió a intentar. Tragó saliva y contuvo la respiración mientras abría los ojos. <<En la selva Mercurio, al norte de Adanac>>. El cerebro parecía tenerlo inflamado. Esperó una nueva respuesta de su hermana.

**Cariño, no...**

Anabel no pudo oír ninguna palabra más. Estaba mareada. Los ojos se le cerraron desmayándose.

Andrew miraba a su alrededor buscando la perturbación que sentía, pero no encontraba nada ni nadie. Miró a la chica y otra vez sangraba por la nariz. Dejó de mirarle a los ojos cuando a la joven se le cerraron y la cogió antes de que cayera al suelo.

—¿Anabel? —la llamó. La cogió en brazos y la tumbó en la cama—. ¿Anabel?

La muchacha no se movía. Estaba inconsciente. ¿Qué le había pasado? ¿Por qué se había desmayado así, sin más?

\*\*\*

Amanda intentaba encontrar a su hermana, ver por sus ojos dónde estaba, sin embargo, lo veía



todo borroso, como desenfocado.

—¿Has conseguido encontrarlos? —le preguntó su primo Ángel.

—He conseguido hablar con ella y me ha dicho que están en la selva Mercurio, al norte de Adanac, pero cuando iba a ver dónde exactamente, lo vi todo borroso. Sé que había un hombre con ella, no lo he podido ver bien. No he podido ver nada más.

—¿A qué estamos esperando para ir a por ellos? —inquirió Olga preocupada.

—Esa isla es inmensa y está llena de bosques, selvas, junglas y pantanos —respondió Oliver.

—Que no cunda el pánico —dijo Miriam—. Tenemos que pensar bien nuestro siguiente paso. A lo mejor puedes encontrarlos dentro de un rato. Descansa, tómate un chocolate caliente y, más tarde, lo vuelves a intentar.

Amanda asintió, aunque no muy convencida. No quería que pasara más tiempo sin saber dónde buscar a su hermana y a su primo. Necesitaba cada segundo que pasara.

—Los encontraremos —le aseguró Oliver abrazándola y ofreciéndole una taza de chocolate caliente.

## Capítulo 3

—¿Anabel, me oyes? —la llamó Andrew.

La chica se movió y empezó a lanzar puñetazos y patadas al aire mientras gritaba.

—¡Para! ¡Anabel! Tranquila, soy Andrew —le dijo el hombre esquivando los puños de la chica e intentando agarrarla.

Ana se retorció como una lombriz entre sus brazos para zafarse de él.

—¡Cálmate! —le gritó el hombre.

Ramón entró en la habitación asustado por los gritos, seguido de Satán y Diablo que le gruñían a su amo.

—¿Qué le ocurre? —inquirió el recién llegado preocupado.

—No lo sé —respondió Andrew cogiendo las manos de la joven para que no le arañara. La inmovilizó debajo de su cuerpo, agarrándole los brazos y las piernas—. ¡Cálmate!

Los dos animales gruñían y le enseñaban los dientes al humano. El jaguar se acercó un poco y rugió. La chica dejó de retorcerse, clavó su mirada en los ojos celestes del hombre y parpadeó repetidamente para aclararse la vista.

—¿Qué ha pasado? —interrogó aturdida y asustada.

—Has intentado pegarme.

—Lo siento. He tenido una pesadilla.

Satán gruñó una advertencia. El hombre no lo dudó y se apartó de la chica de un salto. La dejó libre de su peso y se sentó en el borde de la cama con los brazos apoyados en los muslos.

—¿Puedes dejarnos a solas? —le preguntó el hombre a Ramón.

—Claro.

Salió de la habitación y los animales detrás de él. Andrew se levantó y cerró la puerta. Miró a la chica que se incorporaba para sentarse en la cama con las rodillas pegadas a la barbilla.

—¿Me vas a contar ahora la verdad? —la interrogó con tranquilidad.

—¿Qué verdad?

—La verdad de por qué estabas en la mansión de Javier Vega. La verdad de por qué conoces a Jonathan Flames. Y la verdad de tu nombre.

—Ya te he dicho mi nombre. El por qué estaba en casa de ese hombre es confidencial. Y el por qué conozco a Jonathan Flames no creo que tenga ninguna relevancia en todo esto.

—Te equivocas. Sí que la tiene —dio un paso hacia ella, pero se paró. Estaba asustada y no confiaba en él. Tenía que hacer algo para que eso cambiara—. Está bien. No confías en mí. Es lógico. Soy un desconocido, más o menos.

—No confío en ti.

—De acuerdo —respiró hondo y se sentó en el borde de la cama mirándola—. Crees que soy Jonathan porque me parezco a él. Y sí, me parezco. Somos como dos gotas de agua. Y, es normal teniendo en cuenta que es mi hermano gemelo.

Los ojos y la boca de la chica se abrieron de par en par. <<¿Jonathan tiene un hermano gemelo?>>, se preguntó sorprendida.

—¿Eres el hermano gemelo del inspector Jonathan Flames?

—Sí.

—¿Jonathan Flames, el alma gemela de Miriam?

—Sí, Miriam Valverde, tu hermana —le dijo mirándola fijamente para ver su reacción.

Ana lo miró con los ojos muy abiertos.

—¿Cómo lo sabes? —inquirió sorprendida y desconfiada.

—En realidad, no lo sabía, pero me lo he supuesto. Tienes algunos rasgos iguales a ella.

—¿Tú la conoces?

—Sí. Hace unos días que regresé de su casa.

—¿Has ido a Isla Pyrena? —cada palabra que salía de la boca de ese hombre la dejaba aún más atónita.

—Sí. Secuestraron a mi hermano y a Samara. Los ayudé a encontrarlos.

—¿Los secuestraron? ¿Por qué? —<<¿Por qué no me han avisado?>>, se preguntó.

—¿No lo sabías?

—No. He estado aquí encerrada, sin ninguna conexión con el exterior. ¿Están bien? —se acercó un poco más a él, tanto que podía sentir el aliento de él en la cara cada vez que hablaba.

—Sí. Y Miriam también.

—¿Miriam? ¿Qué le pasó a ella?

—Creo que no debería haber dicho eso. En fin. Su ex novio la apuñaló... —no pudo acabar la frase. La chica lo interrumpió con otra pregunta.

—¿Su ex novio? ¿Alfonso? —Andrew asintió con la cabeza—. Imposible, está muerto.

—No. Bueno, ahora sí. Mi hermano lo mató y te puedo asegurar que esta vez sí está muerto.

—¿Y cómo que antes no estaba muerto? —<<¿Por qué nadie me cuenta nada?>>, se preguntó perpleja.

—Mintió en su muerte, porque el traficante al que debía detener era su padre... —Ana volvió a interrumpirle.

—¿Su padre?! —gritó.

—Sí. Lo raptaron cuando era solo un bebé.

—Madre mía. Que de cosas me he perdido. ¿En qué día estamos?

—A nueve de julio.

La chica se quedó impresionada. Llevaba catorce días aguantando las palizas y las violaciones de Javier. ¿Cómo había podido aguantar tanto? ¿Y cómo no había estado atenta a lo que pasaba con su familia? Había estado a punto de perder a su tía y a su hermana y no se habría ni enterado hasta que hubiera conseguido escapar de una forma u otra de las garras de ese hombre.

—Será mejor que descanses. Han sido muchas noticias en un solo día —le aconsejó Andrew levantándose y acercándose a la puerta. Salió de la habitación cerrando la puerta detrás de él y se quedó allí plantado. No quería irse ni alejarse de ella, aunque no sabía por qué.

Dio una palmada en la pierna y Diablo se acercó al trote hasta su amo. El animal lo miró esperando la orden.

—Cuida de ella —le dijo dejando sitio al perro para que se tumbara delante de la puerta de la habitación.

El hombre se acercó al sofá donde Ramón estaba sentado.

—Puede utilizar la otra habitación para descansar —le ofreció sentándose en el sofá y apoyando la cabeza en el respaldo.

Ramón asintió agradeciéndoselo y se marchó.

Satán se subió al sofá y se tumbó al lado de su compañero humano. El felino parecía relajado, pero no era así. Estaba en alerta para salir corriendo hacia la habitación en cuanto sintiera algún peligro cerca de la chica o de la cabaña.

Andrew le acarició la cabeza, entre las orejas, y cerró los ojos cansado.

\*\*\*

Satán se despertó y salió corriendo hacia la entrada de la cabaña. El pelo del rabo se le erizó y empezó a gruñir frenéticamente.

Andrew se levantó de un salto del sofá esgrimiendo un cuchillo que cogió de debajo del cojín.

—¿Qué pasa, pequeño? —le preguntó acercándose lentamente hacia el animal para echar un vistazo fuera de la cabaña.

El felino seguía gruñendo y enseñando los dientes en dirección a la puerta. El hombre se acercó, puso una mano en el pomo mientras con la otra sujetaba el cuchillo con firmeza, dispuesto a ser lanzado o clavado en el intruso. Abrió la puerta de golpe y se interpuso entre el animal y el hueco de la entrada. Miró a su alrededor con los ojos entrecerrados, pero no vio nada. La lluvia caía como un torrente. Se volvió y encaró al animal.

—Satán, ahí no hay nada —le regañó.

El animal le gruñó enseñándole los caninos amenazadoramente.

Ana salió de la habitación seguida de Diablo y se acercó al jaguar.

—Tranquilo —la joven le acarició con suavidad el pelo blanco con pequeñas motas negras—. No hay nada ahí fuera.

En ese momento, una ráfaga de aire y tierra entró en la estancia y Andrew cayó al suelo inconsciente.

Los dos animales gruñeron mientras la chica se acercaba al hombre y le sostenía la cabeza en su regazo.

—¿Andrew? —Lo llamó dándole pequeños golpecitos en la cara con la mano—. ¿Andrew?

Le buscó el pulso preocupada. Suspiró con alivio cuando comprobó que aún tenía. Solo estaba inconsciente. Se levantó para cerrar la puerta de la cabaña y volvió al lado del hombre. Iba a ponerle la cabeza de nuevo en su regazo cuando la muchacha dio un brinco. Algo le había raspado la piel. Miró al hombre detenidamente y vio cómo por todo su cuerpo empezaba a salirle pelaje.

—¿Pero qué...? —se quedó atónita mientras el pelaje cubría cada centímetro del cuerpo del hombre.

La muchacha se alejó de él sentándose en el suelo con la boca y los ojos abiertos como platos. De repente, el jaguar volvió a gruñir mirando al suelo. La tierra mojada de fuera entraba reptando por debajo de la puerta hacia el hombre. Satán rugió con fuerza y se lanzó feroz hacia la arena. Intentó morderla, pero la tierra lo esquivó siguiendo su camino. Ana se quedó paralizada, mirando asustada cómo la tierra envolvía el cuerpo de Andrew desde las puntas de los pies hasta la cabeza, como si estuviera inspeccionándolo, reconociéndolo.

La chica observó todo el ritual hasta que la tierra se acercó a ella para hacer el mismo procedimiento y juntarla con el hombre. Sentía el cuerpo fuerte y masculino pegado a ella. Observó la tierra atentamente hasta que los soltó. Los ojos casi se le salían de las cuencas al saber lo que aquello significaba.

<<Con la primera caricia los alcanzará, la tierra que para siempre los unirá>>, recordó su parte de la profecía y miró a Andrew.

—Madre mía.

La tierra los dejó en el suelo y volvió a salir a la selva. Satán y Diablo se tumbaron al lado de su compañero humano acariciándoles con el hocico el brazo y alejándose al sentir el grueso pelaje. De pronto, Andrew se despertó llevándose una mano peluda a la cabeza e incorporándose lentamente.

—¿Qué ha pasado? —le preguntó a la chica mientras miraba a su alrededor.

—Te has desmayado.

—¿Que me he...? ¿Por qué hay restos de tierra en el suelo? —miraba extrañado el pequeño reguero que había hasta la puerta.

—¿Te encuentras bien? —le inquirió ella asombrada al ver que el hombre no se daba cuenta.

Andrew le asintió con la cabeza. Ramón salió de la habitación en ese momento.

—¿Aún estáis despiertos? —interrogó inocentemente.

El joven lo miró inmediatamente olfateando el aire. Se puso a cuatro patas en el suelo con los puños cerrados y apretando los dientes fuertemente. Le dolía todo el cuerpo y sentía que algo se movía dentro de él abriéndose paso para salir y matar a ese hombre. Su instinto de proteger a la hembra, su hembra, lo dominó.

La mandíbula se le ensanchó y los colmillos se le alargaron. Los dedos de las manos y los pies se convirtieron en garras. La piel le ardía dejando paso al pelaje dorado. No podía controlarlo. Olió al hombre y lo vio muy cerca de la chica.

Ramón caminó hacia atrás para entrar en la habitación, pero se chocó contra la puerta.

Ana se levantó de un salto y se alejó de Ramón. <<¡Madre mía! Es cierto>>, caviló al ver delante de ella a Andrew convertido en leopardo, un felino mucho más grande que Satán.

El jaguar le enseñó los dientes a su compañero y le gruñó. Los ojos celestes del leopardo lo miraron fijamente y rugió.

—Andrew —lo llamó la chica para que captara su atención en ella y se olvidara del felino y del hombre al otro lado de la habitación—. Tranquilo. No es tu enemigo, es tu compañero —dio un paso vacilante hacia él.

Satán se agachó preparándose para lanzarse sobre el gran felino si intentaba atacar a la chica.

—Métase en el dormitorio y no salga, oiga lo que oiga —le dijo Anabel a Ramón sin siquiera mirarle. Sus ojos miraban con fijeza al leopardo—. Escúchame, Andrew. Tranquilízate. Sé que estás confundido y, probablemente, enfadado, pero solo tienes que calmarte para que todo pase —dio un paso más hacia él—. Haz lo que yo te diga y volverás a ser humano.

El leopardo la miró con sus ojos celestes, observando cada movimiento de la muchacha. No parecía una amenaza, pero el jaguar a su derecha sí lo era. Era un macho, todo su olor estaba por la cabaña y por el cuerpo de la mujer y, eso, lo cabreaba mucho más.

—Andrew, no compliques las cosas, por favor —le suplicó la joven. Sabía lo que estaba pensando y no era una buena idea.

La chica no parecía asustada, todo lo contrario. Cualquiera otro humano en su sano juicio habría huido sin mirar atrás, pero ella se había quedado allí, haciéndole frente. El leopardo sacudió la cabeza y volvió su atención de nuevo al jaguar. Le enseñó los caninos y le gruñó una advertencia. <<Mía>>. Simple y concisa. Satán se tumbó en el suelo, sin hacer ningún movimiento brusco. Lo había entendido a la perfección.

El leopardo dorado regresó su mirada celeste a la mujer y se acercó lentamente a ella. La rodeó restregándose contra ella.

Ana se quedó quieta. Entendía perfectamente lo que estaba haciendo. Se arrodilló despacio delante de él, le enmarcó el rostro felino con sus delicadas manos y le dijo mirándolo a los ojos:

—Vuelve, Andrew. Piensa en tu forma humana.

El gran felino cerró los ojos y, poco a poco, el pelaje se fue retrayendo, al igual que las garras y los grandes caninos. Los ojos se hicieron más pequeños hasta que la forma del hombre se completó. Andrew miró a los ojos verde jade de la chica con el cuerpo temblándole, sudando, aturdido y desnudo.

—¿Qué... qué ha pasado? —le preguntó sin comprender muy bien lo que había ocurrido.

—Creo que primero será mejor que te pongas un pantalón —las manos de Anabel seguían enmarcándole el rostro.

El hombre bajó la vista y se levantó caminando hacia la habitación. Cogió un pantalón del armario y se lo puso.

—¿Y bien? —le inquirió dándose la vuelta para mirarla. Estaba en el hueco de la puerta con los brazos cruzados y mirándolo fijamente. <<Preciosa>>, pensó al verla con detenimiento.

El color había vuelto a su piel bronceada. El pelo negro azabache le caía por los hombros como una cortina. Sus ojos verdes como el jade lo hipnotizaban. Y sus labios sensuales y llenos lo llamaban a gritos para que los besara una y otra vez.

—¿Mi familia no te explicó lo que somos? —lo interrogó ella entrando en la habitación.

—Más o menos. Gabriel me explicó que sois elementales. Cada una controláis y creáis un elemento. Miriam el fuego y, ahora, mi hermano también.

—¿Ya está? ¿No te explicó las demás? —se sentó en el borde de la cama y le hizo una señal a él para que se sentara a su lado.

—No. Cuando iba a hacerlo encontramos a mi hermano y a tu tía.

—Pues... la segunda soy yo. Elemental de tierra. Puedo crearla, controlarla y convertirme en el animal terrestre que desee.

Satán entró en el dormitorio sentándose en el suelo al lado de la chica. Ana le acarició suavemente la cabeza.

Un pequeño gruñido salió de la garganta del hombre y el animal se levantó alejándose de ella, saliendo de la estancia y tumbándose delante de la chimenea.

—¿Por qué le has gruñido? —le preguntó al hombre.

—No estoy seguro —le contestó extrañado y tosiendo—. Hay una cosa que tu primo me comentó, pero no llegó a contarme.

—¿El qué?

—Sobre una profecía.

—La profecía la hizo una bruja cuando nacimos. Dice que la séptima generación la más fuerte sería, ya que sus almas gemelas sus poderes compartirían.

—De ahí que mi hermano tenga los poderes de tu hermana. Es su alma gemela, ¿verdad? Entonces, lo que me ha pasado antes es porque...

—Porque eres mi alma gemela.

—Caray. Desde poco tiempo después de nacer, cuando ya podíamos recordar algunas cosas, mi hermano y yo hacíamos cosas que cualquiera a nuestro alrededor no podía. Cuando nos enfadábamos no era una gran idea que alguien estuviera a nuestro lado. Podríamos...

De repente, se escucharon unos disparos a lo lejos. Andrew se abalanzó sobre ella tirándola al suelo, protegiéndola con su cuerpo. Satán y Diablo levantaron las orejas con el pelo erizado y se pusieron delante de los dos humanos dispuestos a atacar.

—Quédate aquí —le dijo el hombre a la chica arrastrándose hasta la puerta de entrada. Cogió el cuchillo que tenía escondido en la parte baja de la mesita, al lado de la puerta, y se levantó para



mirar por una esquina de la ventana.

—¿Quién es? —Le preguntó ella en un susurro desde el hueco de la puerta del dormitorio—. No ha podido encontrarme, al menos no tan rápido —murmuró.

Andrew escuchó el murmullo a la perfección, como si se lo hubiera dicho al oído. Se irguió un poco más para poder ver el exterior de la cabaña, miró a su alrededor, pero no había nadie. Dos disparos más se escucharon en ese momento.

Ana se sentó en el suelo con la espalda pegada a la pared y la barbilla en las rodillas rodeándose con los brazos. Tenía los ojos cerrados con fuerza. Estaba asustada por algo más que los disparos. Gateó hasta ella, dejó el cuchillo en el suelo, a su lado, y la abrazó.

—Tranquila, no es aquí. Quien quiera que esté disparando está lejos. No es a nosotros. ¿Estás bien? —le inquirió acariciándole el pelo con suavidad y delicadeza.

La joven levantó la cabeza para mirarle cuando una lágrima resbalaba por su mejilla.

—Estoy bien. Es que no soporto los disparos.

—No te preocupes, te prometo que nadie te va a disparar —le enmarcó el rostro con sus grandes manos, le enjugó las lágrimas y la abrazó, esta vez con más fuerza.

Satán y Diablo se acercaron a ellos y se tumbaron acariciándole los muslos a la muchacha con los hocicos para reconfortarla.

\*\*\*

Después de unos minutos en silencio consolando a la joven, Andrew se levantó y la ayudó. La sentó en el borde de la cama y se sentó a su lado. Ya iba siendo hora de que le contara todo lo que había pasado en la casa de ese traficante.

—¿Tienes miedo de que Javier te encuentre? —le preguntó escondiendo las delicadas manos de ella en sus manos callosas.

La muchacha lo miró con los ojos aún llorosos, parpadeó varias veces seguidas y agachó la cabeza mirándose las manos, avergonzada.

—Sí.

—¿Por qué estabas en su casa? ¿De verdad eres su prometida? —esperaba que no fuera esa opción. Se le revolvía el estómago solo de pensarlo.

—No, no soy su prometida. Y el por qué estaba en su casa ya te he dicho que es confidencial.

—Sí, me lo has dicho, pero si no me lo cuentas no podré protegerte —los dos animales le gruñeron—. Los tres te protegeremos —corrigió el hombre poniendo los ojos en blanco al escuchar las advertencias de sus compañeros peludos—. Además, soy tu alma gemela —la miró a los ojos. Esos ojos jade que no le dejaban respirar ni pensar con claridad. Se le hacía cada vez más difícil mirarla y no lanzarse sobre ella para besarla.

—Está bien —suspiró. Le apartó las manos y se levantó para pasearse nerviosa por la habitación—. Héctor y yo...

—¿Quién es Héctor? —no lo había preguntado, sino gruñido.

—Es mi primo. ¿Me vas a dejar contártelo? —una pequeña sonrisa asomó a sus labios. Estaba celoso.

—Continúa.

—Mi primo —enfaticó esa palabra— y yo estábamos vigilando a Javier Vega, uno de los mayores traficantes del mundo.

—¿Eres una espía? —le preguntó sorprendido. No tenía pinta de ser una espía.

—¿Quieres dejar de interrumpirme? —le regañó parándose delante de él con los brazos en

jarras.

—Perdona, es que me he sorprendido. Continúa, por favor.

—Gracias. Y respondiendo a tu pregunta, no soy una espía como tal. Solo ayudaba a mi primo, pero Javier nos descubrió. Estuve prisionera en una habitación hasta que me he despertado en tu cama. Mi primo sigue allí. Tengo que llamar a su jefe para que vengan a por él —le explicó con un nudo en la garganta. No podía pensar en ello.

—Cuando entramos en la casa tu primo no estaba.

—Se fue con Javier. Conoce sus habilidades y las está aprovechando.

Andrew se levantó y la abrazó consolándola.

—Tranquila. En cuanto pase la tormenta iré a por él.

—¿Tú solo?

—No, con mi equipo.

—¿Te refieres a Satán y Diablo?

—No, me refiero a cuatro hombres, humanos.

Un pequeño remolino de tierra entró por la ventana, rompió el cristal en mil pedazos y se desperdigó por todo el salón. Se desplazó hasta la habitación y se acercó a la chica.

Cuando la ventana se rompió, Andrew apartó a Anabel, escudándola detrás de él mientras los animales se ponían al lado del hombre para proteger a la muchacha si su compañero humano no podía. El remolino de tierra se hizo más pequeño y se acercó al oído de la joven haciéndole llegar un mensaje.

<<¿Ana? ¿Puedes oírme? ¿Dónde estás, cariño? Responde, por favor. Estamos muy preocupados por vosotros>>, susurró una voz masculina. La muchacha sonrió con los ojos brillándoles. El remolino se desvaneció haciendo que la tierra cayera en el suelo. La chica miró a Andrew sonriendo de oreja a oreja.

—¿Qué ha sido eso? —gruñó el hombre con el ceño y los labios fruncidos al escuchar la voz susurrante.

—Es mi tío. Los habrá mandado por toda la isla. Tengo que contestarle.

—¿Aaron? ¿Y cómo vas a contestarle?

La muchacha le sonrió y se agachó para coger la tierra del suelo. La sostuvo en sus manos murmurando algo. La tierra empezó a convertirse en un mini jaguar en la palma de su mano, pero de pronto, desapareció. La joven cayó hacia atrás, sangrando por la nariz. El hombre la cogió antes de que cayera al suelo.

—¿Ana? —la cogió en brazos y la tumbó en la cama. Cogió un trapo de la cocina y le limpió la sangre—. ¿Ana?

Pasaron unos minutos hasta que la chica recobró la consciencia. Se llevó las manos a la cabeza con una mueca de dolor y abrió los ojos. Andrew estaba allí, observándola con la cara descompuesta. Parecía preocupado y asustado.

—¿Qué ha pasado? —le preguntó ella incorporándose y apoyando la espalda en el cabecero de la cama.

—Te has desmayado cuando ibas a mandarle un mensaje a tu tío —le recordó él tocándole la frente para saber si tenía fiebre—. ¿Estás bien?

—Me duele la cabeza. Me parece que vas a tener que mandar el mensaje tú.

—¿Yo? No creo que sea buena idea —no estaba seguro de poder hacerlo bien. Solo hacía unas horas que había descubierto que tenía poderes, los poderes que ella llevaba utilizando desde que había nacido.

—Es fácil. Yo te enseño.

—¿Y si lo mando a dónde no es? —se levantó del borde de la cama nervioso.

—Solo tienes que darle energía a la tierra y ella sabrá a dónde ir.

—No sé...

Anabel se levantó de la cama y le cogió las manos. Lo miró a los ojos celestes y le dijo:

—Sé que puedes hacerlo. Haz lo que yo te diga y todo irá bien —casi había sido un susurro.

Andrew se sumergió en sus ojos y, esa vez, no pudo resistirlo. Inclino la cabeza y posó su boca en la de ella. La besó lentamente, saboreándola. Se separó a regañadientes y asintió con la cabeza.

—Vale, instrúyeme —le respondió con la voz ronca.

—Utilizaremos la misma tierra que ha utilizado mi tío. Cógela en tus manos —el hombre recogió un puñado de la arena y la puso delante de la joven—. Yo digo el mensaje y tú la mandas —le cogió las manos acercándolas un poco más a su boca y susurró el mensaje. Apartó las manos y lo miró—. Dale la forma que quieras y déjala irse.

—¿Forma? —preguntó extrañado.

—Sí, la de un animal, por ejemplo.

—De acuerdo —Andrew pensó en la forma de un tigre, solo para probar, y la arena se convirtió en un mini tigre. Abrió los ojos asombrado—. Esto es genial.

—Lo sé. Deja que se vaya —la chica estaba entusiasmada. Le encantaba que le gustara tener su poder, sobre todo porque ya no había vuelta atrás.

El hombre dejó libre al tigre en miniatura y lo observó irse corriendo, saltando por la ventana y desapareciendo en la espesura de la selva.

—Alucinante —murmuró mirando por la ventana con la boca abierta, pasmado.

—Parece que te alegras de tener poderes —le comentó la muchacha con una sonrisa en la cara.

—Sí, aunque tienes que reconocer que es de locos. Tener poderes de la noche a la mañana es un poco... extraño.

—Supongo. Siempre lo he tenido, así que no sé cómo te sientes.

—Me siento... estupendamente. Y estoy contento. ¿Sabes por qué? —le preguntó acercándose a ella despacio y con una sonrisa seductora en los labios.

—¿Por qué?

—Porque como soy tu alma gemela, ya no hace falta que... —estaba a pocos centímetros de ella cuando dio un paso atrás y se tumbó en la cama—, duerma en el sofá. ¡He recuperado mi cama!

Diablo ladró moviendo la cola contento y Satán se tumbó en el suelo al lado de la cama. Ana se rio y escuchó un ruido proveniente de la habitación contigua, como si alguien llamara a la puerta.

—¿Puedo salir ya? —Le inquirió una voz masculina desde el otro lado de la puerta— Tengo que ir al servicio, no puedo aguantar más.

La pareja se miró y rompieron a reír a carcajadas. Se habían olvidado del hombre por completo.

—¡Sí! —gritaron al unísono.

La puerta de la habitación se abrió dejando paso al canoso hombre que salió disparado hacia el baño.

—¿Por qué no ha salido antes? —quiso saber Andrew.

—Ella me dijo que no saliera pasara lo que pasase —le contestó el hombre. Tiró de la cisterna y salió apagando la luz y cerrando la puerta—. ¿Qué ha pasado?

—No se preocupe, todo está arreglado —le dijo la chica.

—Bien, en ese caso, hasta mañana.

—Que duerma bien.

## Capítulo 4

Andrew se despertó y miró al pequeño despertador de la mesita de noche. Eran las ocho y media de la mañana, pero el sol no había salido. Las nubes de la tormenta lo tapaban. Seguía lloviendo en torrente. Sintió un poco de peso en el brazo izquierdo y dirigió la mirada hacia allí. Una cabecita morena estaba apoyada en su brazo, acurrucada al lado de su cuerpo. <<Anabel>>, pensó con una sonrisa. Levantó la cabeza y vio a los dos animales tumbados a los pies de la cama, relajados. El hombre intentó quitar a la chica de su brazo con cuidado de no despertarla, pero fue inútil. La joven se removió inquieta y se despertó junto con Satán y Diablo.

—Buenos días —lo saludó la muchacha con un ronroneo mientras se estiraba.

—Hola. ¿Has dormido bien? —le preguntó al verle las marcas de las heridas en el cuello y en los costados.

Las tripas se le revolvieron al verlas. Sabía quién se las había hecho, pero en ese momento, no podía hacer nada más que cuidarla. En cuanto la tormenta pasara, Javier Vega podría darse por hombre muerto.

—Sí —contestó ella incorporándose para acariciar las cabezas de los animales.

La puerta de la habitación contigua se abrió y Ramón salió mirando a su alrededor. Echó un vistazo en el dormitorio de Andrew y suspiró al verlos despiertos.

—Buenos días, menos mal que sigo en tu cabaña —le dijo a su anfitrión. Había tenido una pesadilla con Javier y había parecido muy real.

—¿Te encuentras con energía para ayudarme? —le inquirió Andrew levantándose de la cama y caminando hacia el salón.

—¿Ayudarte a qué?

—A traer más leña.

—Ah, claro, mientras no tenga que cortarla yo —lo siguió hasta la puerta de la cabaña y salió detrás de él con un chubasquero amarillo que había cogido del perchero.

Satán salió detrás de ellos con pasos elegantes.

Ana se quedó mirando la puerta con una sonrisa. Se levantó de la cama, seguida por Diablo y se fue a la cocina. Echó un vistazo en la nevera y cogió la leche. Buscó por todo los armarios color crema hasta que encontró el cacao e hizo un poco de chocolate caliente. El cánido la miró mientras hacía el chocolate y le ladró para captar su atención. La chica dirigió la mirada hacia él y se echó a reír cuando lo vio con el plato en el suelo, acercándolo con el hocico.

—¿Y dónde está tu comida? —le preguntó buscando en los armarios.

El perro le ladró acercándose hasta un pequeño armario al lado del fregadero. Ana lo abrió, sacó la bolsa y la volcó sobre el bol.

—Que te aproveche —le dijo dejando la bolsa en su sitio.

El cánido metió el hocico en el bol meneando la cola con alegría. Ana quitó el chocolate del fuego y echó un poco en una taza blanca. La cogió entre sus manos sintiendo el calor que emanaba y se sentó en el sofá. Por primera vez pudo observar la habitación con detenimiento. Era espaciosa con las paredes de color marrón tierra. No había muchos muebles, solo los necesarios para sentirse cómodo y confortable. Un sofá de tres plazas beige muy cómodo, una chimenea de

pedra enfrente de éste, al lado de ella un armario de madera, un poco gastado por el tiempo, para la leña; y una mesita auxiliar entre la chimenea y el sofá. Al fondo de la estancia, a un lado de la puerta del dormitorio principal, una estantería de caoba con algunos libros. En la otra esquina estaba la cocina con los muebles de color crema y la encimera de granito. Una isleta la separaba del resto de la habitación. Una mesa redonda de pino con cuatro sillas descansaban en la otra esquina del espacio, cerca de la puerta de entrada. No estaba nada mal para vivir allí una temporada, pero no eternamente.

La chica estaba inmersa en sus pensamientos cuando la lluvia empezó a caer más fuerte. Andrew entró corriendo con algunos troncos de madera en las manos y seguido de Ramón con otros cuantos más. Cerraron la puerta, dejaron la leña en el armario y se sacudieron el agua de los impermeables. Los colgaron en el perchero y Andrew sacó un tronco para echarlo a la chimenea.

—¿Os apetece una taza de chocolate caliente? —les preguntó la joven.

—Sí, por favor —contestó Ramón acercándose con ella hasta la cocina. Cogió la taza que le ofreció la chica y se sentó en una de las sillas—. Me he empapado.

—No creo que tengamos que salir otra vez hasta dentro de unos días —le informó Andrew encendiendo la chimenea.

—¿Dónde está Satán? —inquirió la chica entregándole una taza de chocolate.

—Está desayunando. No creo que se haya ido muy lejos —se irguió en toda su altura, le dio un sorbo al líquido humeante y se sentó en el sofá mirando las llamas.

Anabel se sentó a su lado, muy cerca de él. Podía sentir el calor emanando de su cuerpo.

—¿Cuánto crees que durará la tormenta? —quiso saber Ramón acercándose a ellos.

—No lo sé. Puede que dos o tres días —olfateó el aire arrugando la nariz—. No hay mucha humedad, probablemente mañana termine y podamos ver algo de sol.

—Bien, eso me gusta. No tendrás una radio o un móvil por aquí, ¿verdad?

—No. Y no creo que te sirviera mucho si lo tuviera. No hay mucha cobertura por esta zona.

—Qué mala suerte. En fin, me voy a la habitación. Si necesitáis algo ya sabéis dónde encontrarme —dejó la taza en el fregadero y se fue al dormitorio cerrando la puerta detrás de él.

Andrew se quedó mirando la puerta cerrada con los ojos entrecerrados. Ese hombre tenía algo que lo ponía en alerta constante. No sabía por qué, pero no confiaba mucho en él.

—¿Qué pasa? —le preguntó Anabel preocupada.

El hombre bajó de sus pensamientos al instante y la miró. Con ella le pasaba todo lo contrario. Confiaba plenamente en ella, incluso su vida, y no entendía cómo podía tener ese sentimiento por alguien que conocía de hacía solo un día. Era extraño, sobre todo lo de los poderes, pero a la vez, le encantaba.

Desde aquel día en aquella batalla, incluso desde pequeños, sabía que Jonathan y él eran diferentes a los demás. En el campo de batalla la adrenalina se apoderaba de ellos y las “cosas raras” salían a borbotones. Los enemigos le temían, pero también algunos de sus aliados. Sin embargo, su señor los veía como las armas invencibles que le harían ganar cualquier guerra.

—¿En qué piensas? —quiso saber ella bajándolo de la nube.

—En que ahora entiendo las cosas que me pasaban cuando combatía. Y lo que le pasaba a Jonathan.

—¿Qué os pasaba? —le inquirió curiosa.

—Nos llamaban los Gemelos de la Muerte, así que podrás hacerte una idea. Jonathan arrasaba el campo de batalla con fuego y yo me volvía una bestia.

—¿En serio? —respondió sorprendida—. Así que lo tenéis desde que nacéis, pero solo se

activa si os ponéis en contacto con nosotras —dijo pensativa—. Interesante.

—No he entendido lo que acabas de decir.

—Da igual. Bueno y, aparte de mirar el fuego, ¿hay algo más que se pueda hacer aquí para no aburrirte? —puso las piernas encima del regazo de él.

—Puedes leer, cocinar y, si tienes buena compañía... —se inclinó sobre ella para llegar hasta su boca, pero no llegó a tocarla—, jugar a las cartas o a los dados —terminó alejándose de ella.

—¿Teniendo compañía solo se te ocurre jugar a las cartas o a los dados? —le preguntó con una sonrisa seductora.

—Depende de la compañía. Si son mis compañeros, sí, jugamos a las cartas, pero si es una señorita, pues, a las cartas es a lo último que se me ocurriría jugar con ella.

Un gruñido salió de la garganta de Anabel. Quitó las piernas del regazo del hombre y se levantó de un salto caminando hacia la cocina. Se puso a fregar su taza y la de Ramón con más energía de la necesaria. Las enjuagó y las dejó en el fregadero boca abajo.

El hombre se levantó del sofá con una sonrisa en la cara. Podía sentir los celos de ella, los mismos que él había sentido la noche en que se convirtió en leopardo. Se acercó a ella apoyando las manos en la encimera, a cada lado de la chica, y se inclinó hacia su cuello.

—Tranquila —le susurró al oído. Le mordió con suavidad el lóbulo de la oreja y después le dejó un beso—. Te puedo asegurar que no han sido más de veinte.

La chica gruñó dándose la vuelta y alejándolo de un empujón, aunque no sirvió de mucho. El cuerpo de Andrew no se movió ni un milímetro. El hombre rompió a reír.

—Eres un idiota —le acusó furiosa intentando alejarlo, pero sin conseguirlo.

El hombre la agarró de los brazos en una presa imposible de soltar y la besó. Sus labios encontraron los de ella, suaves y llenos. La besó con salvajismo y posesión mientras Anabel luchaba para zafarse del agarre, pero sin lograrlo. Era demasiado fuerte para ella y sus besos tampoco ayudaban. Su boca era un pecado maravilloso.

Andrew le soltó los brazos y la cogió de la cintura atrayéndola más hacia él. La besó con avidez, la agarró del trasero y la subió a la encimera de la cocina.

Anabel le rodeó la cintura con las piernas acercándolo hacia ella. El hombre le arrancó los botones de la camisa abriéndola, y los pechos redondos y proporcionados le dieron la bienvenida. La besó en el cuello bajando por los hombros hasta llegar a los senos. Sin previo aviso, se paró, levantó la cabeza y se quedó totalmente quieto.

—¿Qué ocurre? —quiso saber la chica respirando agitadamente.

El hombre se irguió en su altura mirando hacia la puerta cerrada de la cabaña.

—Satán —murmuró alejándose de ella y corriendo hacia la puerta. La abrió y salió hacia la selva con la lluvia cayendo como una catarata.

—¡Andrew! ¡Espera! —lo llamó abrochándose la camisa y corriendo detrás de él.

El hombre corrió hacia el interior de la selva saltando los troncos podridos del suelo y sorteando las ramas que se interponían en su camino. Escuchaba los rugidos y gruñidos de su amigo felino, pero también los de otro felino más grande. La furia crecía dentro de él. Los dedos y la boca comenzaron a dolerle. Las garras salían de los dedos y los colmillos se alargaron. El pelaje dorado creció en su piel y la visión cambió a tonos verdes y amarillos. En menos de un minuto, el leopardo corría a toda velocidad por la hojarasca del suelo para ayudar a su amigo en peligro.

Anabel siguió al leopardo muy de cerca, asombrada por la rapidez con la que había conseguido cambiar de forma. Otro rugido más fuerte y largo se escuchó atravesando la lluvia. La

chica se paró en seco. ¿Lo había oído de verdad o solo había sido un sueño? Ese rugido ronco lo reconocía, pero no podía ser. El leopardo había desaparecido de su vista. Lo buscó con la mirada y lo vio correr a lo lejos. Se puso de nuevo en marcha, corriendo con todas sus fuerzas e intentando ayudarse con sus poderes, conseguir cambiar de forma; pero la cabeza le dolía de nuevo y la nariz le sangraba. Siguió adelante sin pensar en el dolor hasta que vio al leopardo entrando en una diminuta explanada.

Andrew entró en la explanada saltando sobre el felino negro que se abalanzaba sobre Satán. Los dos depredadores rodaron por la hierba intentando morder la garganta del otro.

La chica lo escuchó de nuevo. Un rugido ronco. Corrió hacia el claro y vio a Satán intentando ayudar a su compañero mientras éste trataba de morder la garganta de una pantera negra con una pequeña mancha blanca en la parte superior de la cabeza, entre las orejas. Los ojos de la joven se abrieron de par en par y corrió hacia los felinos.

—¡Parad! ¡Ya basta! —gritó interponiéndose entre ellos.

Los dos felinos se miraron gruñéndose y enseñando los letales caninos.

—¡Andrew, vuelve a tu forma humana! —le ordenó al leopardo dorado.

El aludido le gruñó negándose. No iba a permitir que ese intruso le hiciera daño ni a ella ni a Satán.

—¡Cambiad los dos ahora mismo! ¡Ya! —vociferó la chica furiosa.

Ambos depredadores la miraron reticentes.

—¡Que cambiéis! —decretó la muchacha con más autoridad.

Andrew cerró los ojos y pensó en su forma humana. Poco a poco, las garras desaparecieron y los colmillos disminuyeron de tamaño. Se irguió en toda su altura permaneciendo en alerta.

La pantera abrió los ojos sorprendida. Cambió de forma en un abrir y cerrar de ojos. Un hombre corpulento, moreno, con la piel bronceada, los ojos marrones con pequeñas motas doradas y tan alto como Andrew se irguió delante de la pareja.

—¿Jonathan? —preguntó el hombre con la voz ronca.

—No —contestó Andrew.

—¡Héctor! —Anabel corrió hacia su primo y lo abrazó con fuerza, a pesar de que estaba desnudo—. ¿Cómo has conseguido escapar?

—Aproveché el caos que se produjo en la casa gracias a ti —respondió su primo disfrutando del abrazo.

—¿A mí?

—Sí. Tu marcha ha causado un gran revuelo. Aunque podrías haber dejado a alguno de sus hombres vivo para que pudiera contarle todo y yo quedarme más tranquilo.

—No fui yo.

—Fui yo —apuntó Andrew acercándose a ellos y agarrando a la chica por la cintura con posesión.

Héctor se quedó mirándolo de arriba abajo. No lograba entenderlo.

—¿Por qué es idéntico a Jonathan? —le preguntó a su prima confundido.

—Es Andrew, su hermano gemelo —contestó la joven agarrada a la cintura desnuda del hombre.

—No sabía que tuviera un hermano gemelo. ¿Cómo sabías que ella estaba en la casa? —quiso saber mirando al hombre que parecía estar pegado con pegamento a su prima.

—¿Podríamos seguir con esta conversación en la cabaña? Nos estamos empapando aquí fuera —sugirió la chica quitándose el agua de los ojos.



Andrew llamó a Satán y regresaron a la casa. Cuando entraron, Ramón estaba sentado en el sofá mirando las llamas de la chimenea.

—Por fin. ¿Dónde estabais? —preguntó preocupado.

El hombre vio entrar a Héctor y la cara se le puso pálida.

—¿Estás bien? ¿Has visto a un fantasma? —le dijo Anabel acercándose a él y sentándose en el sofá.

—Él... Él me... Él me llevó con Javier —contestó Ramón señalando con su mano temblorosa a Héctor.

—Tuve que hacerlo, sino habría matado a Ana —respondió el aludido ante la acusación.

—¿Por qué le quería a él? —le inquirió Andrew entregándole unos pantalones al recién llegado.

—Es un testigo protegido. Solo me dijo eso —Héctor cogió los pantalones, se los puso y se sentó en una silla al lado del sofá.

—¿Testigo protegido? —dijo Anabel mirando a Ramón.

—Sí. Era su contable y descubrí algunas irregularidades que al gobierno le interesaron mucho.

Los dos hombres arrugaron la nariz ante la falsa respuesta del testigo y se miraron. Andrew negó con la cabeza con un movimiento lento y casi imperceptible.

—Bueno, ¿cómo sabías que mi prima estaba en la casa? —le preguntó a su anfitrión cambiando de tema para que el testigo no se diera cuenta de que sabían que mentía.

—Tengo un hombre infiltrado en la casa y me contó lo que estaba pasando. Ese es nuestro trabajo —contestó Andrew sentándose al lado de la chica y cogiéndole la mano.

—¿Tienes a un hombre en la casa? —estaba asombrado. ¿Y aún no lo habían descubierto? <<Es bueno>>, pensó—. ¿Y cuál es tu trabajo exactamente?

—Rescatar prisioneros y encarcelar a los traficantes.

—Se te olvidó rescatar a un prisionero —le dijo Héctor.

—¿A quién? —estaba seguro de que no se le había olvidado nadie.

—A mí —respondió con una sonrisa—. ¿Has hablado con Diego? —le preguntó a su prima.

—No. Cuando me rescató empezaba a llegar la tormenta y aquí no hay ningún teléfono ni radio. En cambio, he contactado con tu padre.

—¿Con mi padre?

—Sí. Ya saben que estamos bien y también le dije que llamara a tu jefe.

—Espero que no tarden mucho en venir. Y cambiando de tema, ¿qué pasa con vosotros? ¿Por qué te agarra como si fueras de su propiedad?

—Es la profecía —respondió su prima mirando a Andrew con una sonrisa embelesada.

—Así que, se está haciendo realidad. Alicia no estará muy contenta con la noticia —dijo con una sonrisa.

Un débil timbre se escuchó en la sala. Provenía de uno de los cajones de la estantería. Andrew se levantó de un salto y llegó hasta él en dos zancadas. Abrió el cajón y sacó un móvil. Lo abrió y contestó.

—Dime... Sí... De acuerdo... No le quites el ojo de encima —colgó y volvió a dejar el móvil en su sitio.

Se dio la vuelta y miró a la chica que lo observaba con los ojos entrecerrados.

—Me dijiste que no tenías ningún móvil —le dijo suavemente, sin sacar la histeria que sentía.

—Ninguno con el que pudieras llamar. Éste tiene las llamadas restringidas.

—¿Quién era? —lo había oído todo, pero quería saber si volvería a mentirle.

—Mi contacto en la casa —decía la verdad y por lo que había oído se iba a ir—. Voy a tener que ausentarme unas horas —se dirigió a la habitación y cogió un macuto del armario.

—¿No lo pueden hacer sin ti? —le inquirió Anabel desde la puerta del dormitorio viendo cómo metía algunas armas en el macuto.

—Soy el jefe, no puedo dejar que lo hagan solos —se acercó a ella, le cogió una mano y la atrajo hacia él cerrando la puerta detrás de ella—. No me pasará nada. Y tu primo estará aquí para protegerte si fuera necesario —le dejó un tierno beso en los labios.

—Lo sé, pero no puedo dejar de preocuparme.

—No me pasará nada. Te prometo que volveré lo antes posible.

La volvió a besar para llevarse su sabor y así recordar por qué debía regresar con vida. Se alejó de ella a regañadientes, cogió la mochila de la cama y salió. Antes de salir de la cabaña se paró enfrente de Héctor.

—Cuida de ella.

—Lo haré —le dio un apretón de mano y lo vio alejarse corriendo bajo la lluvia, adentrándose en la selva en dirección a la casa de Javier Vega.

Héctor volvió la mirada hacia su prima. La chica se había quedado plantada en el hueco de la puerta. Se acercó a ella y la abrazó para consolarla. Las lágrimas resbalaban en silencio por su sedosa mejilla.

—Volverá antes de que te des cuenta de que se ha ido —la tranquilizó.

La joven le sonrió en agradecimiento, se enjugó las lágrimas con las manos y se dirigió a la cocina.

—¿Tenéis hambre? —preguntó cogiendo algunos ingredientes de la nevera.

—Yo siempre tengo hambre —contestó su primo. Estaba nerviosa, lo sabía. Siempre que estaba nerviosa se ponía a cocinar, y ahora no iba a ser una excepción. Y era normal que lo estuviera.

Ramón solo asintió sonriéndole y volvió la mirada al fuego que crepitaba en la chimenea, pensativo.

## Capítulo 5

Andrew corrió por la selva en dirección a la casa del traficante Javier Vega. La lluvia había disminuido su intensidad. La peor parte de la tormenta ya había pasado, aun así, el río bajaba a gran velocidad por su cauce casi desbordado. Se subió al árbol más alto y lanzó la cuerda con un gancho en su extremo para sujetarlo al árbol al otro lado del río. La amarró en la rama en la que estaba subido, se colocó la mochila en la espalda y cruzó por encima agarrado a la cuerda. Sintió que algo o alguien tiraban de la cuerda cuando estaba a mitad de camino, miró hacia atrás y vio a Cobra, su compañero.

—¿A ti también te ha llamado? —le preguntó Andrew siguiendo su camino.

Cobra se agachó para agarrarse a la cuerda.

—Sí. Creo que nos ha llamado a todos —le respondió siguiendo la cuerda hasta cruzar a la otra orilla.

Bajaron del árbol y corrieron hasta llegar a la explanada donde estaba construida la casa del traficante. Se escondieron entre los arbustos observando con atención todo el terreno. Había mucho movimiento en el comedor.

—¿Jefe? —inquirió Rango por el auricular.

—¿Qué pasa?

—El comprador está dentro. Y no parece muy contento.

—¿Van armados?

—Hasta los ojos.

—¿Puedes ver cuántos son?

—Al menos veinte.

Andrew hizo una mueca de disgusto. No pensó que hubiera tantos.

—¿Qué hacemos, jefe? —quiso saber Cobra agazapado a su lado.

Andrew intentaba pensar en un plan lo más rápido posible, pero no era fácil.

—Vamos a esperar la señal —decidió por fin—. Si en diez minutos no la hace nos iremos a nuestras respectivas cabañas.

Los segundos pasaron lentamente mientras los cinco hombres esperaban escondidos en los arbustos, preparados con las armas. El infiltrado no daba la señal y Javier Vega seguía reunido con el comprador. Andrew miró el reloj de su muñeca. Ya habían pasado los diez minutos y su hombre infiltrado no había dado la señal. Encendió el auricular que llevaba en la oreja y dio una orden:

—Misión cancelada. Volved a vuestras cabañas.

—Recibido —contestaron al unísono.

Se preparaban para irse cuando una luz en el balcón de la primera planta deslumbró al jefe. Miró hacia el balcón, pero ya no había nadie. Se quedó unos segundos mirando por si volvía a verla. No pasó nada. Guardó el arma en la mochila, se la colgó a la espalda y dio un paso para entrar en la selva. Algo le golpeó en la cabeza. Se llevó la mano a la coronilla y miró a su alrededor. En el suelo, junto a su pie, había una pequeña botellita con un papel enrollado en su interior. La abrió, sacó el papel y lo leyó:

—“Javier es el comprador. En diez minutos podéis entrar” —Andrew lo volvió a enrollar y lo metió en la botella guardándola en la mochila. Encendió de nuevo el auricular—. Cambio de planes. Esperaremos diez minutos más —informó.

—¿Se ha puesto en contacto? —preguntó Rango en un susurro.

—Sí. Preparaos —cogió el arma de la mochila y se agachó acercándose un poco más a la casa.

Los minutos pasaron y, tal y como el infiltrado le había dicho, el vendedor salió de la casa seguido de sus guardaespaldas. Andrew se movió para ponerse en el flanco derecho del edificio. Vio salir al vendedor rodeado de seis hombres que lo ocultaban. El chófer abrió la puerta trasera del coche y el vendedor entró en su interior. El hombre no lo pudo ver. Solo sabía que el pelo de ese hombre era moreno con algunos mechones blancos como la nieve. El coche arrancó y se alejó por el sendero de tierra que llevaba a la salida de la selva. Tenía que averiguar quién era ese hombre, pero ahora debía seguir con la misión que tenía entre manos. Su infiltrado lo había visto y seguro que no se le había escapado ningún detalle. Cuando terminaran con Javier, el vendedor sería el siguiente. Preparó el arma apoyándola contra el hombre y esperó la señal. La puerta de entrada se abrió dejando ver al traficante y su guardaespaldas. Los dos miraron a su alrededor como si buscaran algo o a alguien.

—Ahí está la señal, jefe —lo informó Cobra por el auricular.

—Entrad. Vega es mío —dijo Andrew observando al hombre por la mirilla del arma.

Las imágenes de las cicatrices del cuello y la espalda de Anabel llegaron a su mente nublándosela. Sabía qué le había hecho durante esas semanas que la había tenido retenida entre esas cuatro paredes y la rabia creció dentro de él. Las ganas de matar a ese desgraciado con sus propias manos aumentaron. Las puntas de los dedos empezaron a dolerle. El arma se le cayó al suelo de hojarasca. La mandíbula comenzó a ensancharse y alargarse al igual que los dientes. El pelaje dorado con motas negras emergió poco a poco.

El hombre se desvistió en milésimas de segundos y el leopardo apareció quedándose agazapado entre los arbustos y observando con atención a su presa. Un gruñido bajo salió de su garganta enseñando los colmillos.

El felino se movió despacio para ponerse en una mejor posición, se impulsó con las patas traseras y saltó hacia la garganta de su presa.

Los ojos de Javier se abrieron de par en par por la sorpresa y el miedo. Un gran leopardo se abalanzaba sobre él a toda velocidad. José reaccionó al instante interponiéndose entre su protegido y el felino, apuntándole con la pistola y disparándole. El leopardo esquivó una de las balas, pero la otra le rozó en una de las patas delanteras. Se paró en seco gruñendo a los dos hombres. José se quedó apuntando al felino, observándolo atentamente. Los ojos celestes del leopardo lo miraron con una advertencia. Una advertencia silenciosa. El animal rugió y caminó hacia atrás sin quitar la mirada de los hombres. Se alejó corriendo entre los arbustos hasta llegar a la orilla del río. Cerró los ojos inhalando el aire fresco que soplaba con fuerza y la forma humana apareció poco a poco. Se irguió en sus casi dos metros de altura y se apoyó en el enorme sauce cercano, donde había enganchado la cuerda para cruzar la corriente de agua. La rabia disminuía al alejarse del olor de ese bastardo. Respiró hondo varias veces cuando escuchó los disparos. Habían entrado en la casa del traficante. Sintió un líquido caliente resbalándole por el brazo izquierdo. La bala que le había alcanzado le había herido en el brazo, cerca del hombro, y le sangraba.

—¿Jefe? —preguntó Bomba por el auricular.

—¿Qué pasa? —respondió con la voz ronca.

—¿Dónde estás? ¿Estás herido? —estaba preocupado.

—Estoy bien. ¿Qué ha ocurrido en la casa?

—Todos muertos. Vega ha conseguido escapar con su guardaespaldas.

<<Maldita sea>>, se regañó a sí mismo dándole un puñetazo al tronco del sauce.

—¿Podéis ver lo que ha comprado? —inquirió enfadado.

Había escapado por su culpa. Si no se hubiera dejado llevar por la rabia, ahora mismo podría tener el cadáver de ese desgraciado delante de sus narices.

—Un momento —le dijo Bomba por el auricular mientras se acercaba hasta el cofre de madera con ribetes de oro que estaba en la mesa del comedor. Lo abrió despacio y se quedó confundido—. Son unos frascos con un líquido anaranjado. No sé para qué es.

—A lo mejor es algún tipo de droga nueva —opinó Rango cogiendo uno de los frascos y mirándolo por todos los ángulos.

—No lo muevas tanto. ¿Y si es una bomba o algo así? —le regañó Cobra alejándose de sus compañeros, por si acaso.

Rango dudó unos segundos y movió el frasco arriba y abajo. Cerró los ojos con fuerza esperando el fin, pero no pasó nada. El líquido anaranjado tenía algunas burbujas, aunque nada extraño.

—No es una bomba, al menos en éste estado —explicó Rango dejando el frasco dentro de uno de los huecos cuadrados que el cofre tenía en su interior.

—¿Qué hacemos con ellos, jefe? —preguntó Bomba cerrando el cofre.

—Dejadlo donde está. Vega querrá recuperarlo y no creo que vuelva solo. Que uno se quede haciendo guardia. Nos iremos turnando hasta que regrese.

—Me quedo yo —se ofreció Tanque.

—Cuando lo veas, avísame. No hagas nada, solo avísame —le ordenó Andrew con una mueca de dolor en el rostro.

—De acuerdo, jefe.

—Los demás, volved a vuestras cabañas hasta que llegue vuestro turno.

—Está bien —contestaron al unísono.

Andrew miró hacia la rama del sauce donde la cuerda estaba enganchada.

—Cobra, quita la cuerda cuando hayas pasado el río —le dijo a su compañero mientras trepaba y pasaba por la cuerda.

—Bien, jefe.

—Estaremos en contacto —avisó Andrew saltando desde la rama del árbol en la otra orilla del río al suelo, hincando una rodilla en la hojarasca y con una mueca de dolor.

Corrió selva adentro hacia su cabaña. La imagen de Anabel apareció en su mente, esperándole preocupada en la casa. Subió un talud con gran agilidad y la cabaña apareció delante de él. La luz del salón estaba encendida. Una silueta se paró delante de la ventana del salón. Era alta y esbelta. <<Anabel>>, pensó dibujándosele una sonrisa en los labios. Se llevó la mano a la herida del brazo que le palpitaba de dolor y siguió el sendero imperceptible hasta la cabaña para abrir la puerta.

\*\*\*

Ana estaba nerviosa. Si no estaba cocinando se ponía a andar de un lado a otro del salón, delante de la ventana, mirando incansablemente por ella.

—¿No debería haber vuelto ya? —le preguntó a su primo.

—Deja de preocuparte. No le pasará nada —Héctor se sentó en el sofá cómodamente.

—¿Cómo puedes estar tan convencido?

—No le creo tan tonto como para dejarse atrapar o matar. Además, no va solo.

—Nosotros tampoco estábamos solos.

—Nosotros solo éramos dos, ellos son cinco. Seis si contamos al infiltrado —siguió a su prima con la mirada, caminando delante de él de un lado a otro de la estancia—. ¿Podrías sentarte un ratito? Me estás mareando con tanto paseíto.

—Perdóname por estar nerviosa cuando la vida de mi alma gemela está en peligro.

—Está bien, no he dicho nada —levantó las manos en señal de rendición.

La puerta de la cabaña se abrió despacio. Héctor se levantó poniéndose delante de su prima para protegerla. Diablo y Satán se quedaron dónde estaban, delante de la puerta de la habitación principal. El pelo rubio de Andrew asomó por el hueco.

—¡Andrew! —lo llamó la chica corriendo hacia él para abrazarlo—. Por fin. ¿Por qué has...? —no pudo terminar la frase cuando le vio la herida en el brazo. El brazo lo tenía teñido de rojo—. ¿Qué te ha pasado? —le preguntó con la voz rota por el llanto que se le había quedado atascado en la garganta. Lo llevó hasta la cama y le ayudó a tumbarse.

—No es nada. Solo es un arañón —le respondió él contemplando los ojos jade angustiados de la chica.

—Estás sangrando mucho —estaba preocupada y podía ver el miedo en sus ojos.

—¿Dónde tienes el botiquín? —le inquirió Héctor.

—En el baño, detrás de la puerta.

—¿Por qué has tardado tanto? —quiso saber la joven mientras le tapaba la herida con la mano.

—Surgió un imprevisto. Lo habría terminado si no me hubieran disparado.

—¿Qué imprevisto?

—Ana, déjame en ese lado, por favor —le pidió su primo sentándose en el borde de la cama preparado para curar la herida de Andrew.

—Traeré una taza de chocolate caliente. Ayudará a que te cures —salió de la habitación y se dirigió a la cocina.

—¿Cómo está? —preguntó Ramón sobresaltándola.

—Bien. Héctor le está curando.

—Menos mal. Y tú, ¿estás bien? —quiso saber el hombre mirando desconcertado los movimientos de ella.

—Sí. ¿Por qué?

—Porque acabas de echarle sal al chocolate.

La joven paró para observar lo que había hecho. Aún sostenía en las manos el salero. Lo dejó encima de la encimera y unas lágrimas resbalaron silenciosas por sus mejillas.

—No te preocupes. Dentro de unos minutos lo tendrás caminando por aquí como si nada —la consoló el hombre.

La chica asintió con la cabeza enjugándose las lágrimas con el dorso de la mano, tiró el chocolate salado y empezó de nuevo otro, asegurándose de que le ponía azúcar. Cuando el chocolate hubo espesado, lo echó en una taza y la llevó hasta la habitación. Héctor estaba terminando de cerrarle la herida.

—Toma —le ofreció Anabel a Andrew—. Te sentará bien.

—Esto ya está —informó Héctor guardándolo todo en el botiquín—. Os dejaré solos. Intenta no mover el brazo mucho.

—Gracias —le dijo Andrew antes de que saliera y cerrara la puerta detrás de él.

Miró a la chica, que mantenía la cabeza agachada. Estaba preciosa ahí sentada, al borde de la cama, velando por él. El pelo le caía por el rostro como una cortina de ébano mientras se miraba las manos suaves, finas y delicadas.

—Estás muy callada —el hombre se incorporó para sentarse a su lado.

—No tengo nada de qué hablar.

—Estás enfadada —no era una pregunta. Sabía que lo estaba, podía sentirlo.

—No.

—Sí, pero no entiendo por qué —esperó unos segundos para que ella le contestara, pero no lo hizo—. ¿Por qué estás enfadada conmigo?

—Ya te he dicho que no estoy enfadada —le contestó sin mirarlo.

—Y ahora me mientes. Se te olvida que ahora soy un elemental como tú.

—No, no se me ha olvidado, y ese es el problema —se alejó de él caminando hacia la ventana.

—¿Por qué es eso un problema? —acababa de darle un bofetón en donde más le dolía.

—Porque si te pasara algo no podría vivir sin ti —respondió rompiendo a llorar.

Andrew la abrazó y le dejó un beso en la cabeza mientras se disculpaba con ella.

—Lo siento.

Una ráfaga de aire abrió la puerta de par en par, interrumpiéndolos. Un susurro masculino casi imperceptible llegó hasta el oído de Anabel.

Una mueca de desagrado apareció en la boca de Andrew. No se acostumbraba a los celos que la voz o presencia de cualquier hombre cerca de ella le provocaba.

Héctor se quedó parado en la puerta de la habitación con los animales detrás de él mientras escuchaba la voz.

—Es mi padre —informó dibujándosele una sonrisa en los labios.

Su prima asintió y escuchó con atención la voz de su tío.

—“Ana, necesito que dejes de bloquear tu mente para que podamos ver dónde estás”.

—¿Dejar de bloquear mi mente? No la estoy bloqueando —contestó un poco indignada. Nunca había tenido la mente tan abierta como la tenía en ese momento.

—Hay que responderle —le dijo Héctor.

—Hazlo tú, yo no puedo —la chica se sentó en la cama con tristeza.

—¿Por qué no puedes?

—No lo sé.

—¿Desde cuándo te pasa?

—Desde que Javier nos descubrió.

—Qué extraño —pensó en voz alta—. Está bien, lo haré yo.

El hombre se alejó caminando hacia la entrada, abrió la puerta, cerró los ojos y se concentró juntando las manos. Se llevó las manos a los labios y susurró el mensaje. Las abrió poco a poco y una pantera de arena apareció entre ellas. Se agachó y dejó al animal libre. El pequeño felino marrón se alejó a gran velocidad de la cabaña, adentrándose en la selva y desapareciendo de la vista de todos.

El hombre cerró la puerta y se dio la vuelta para mirar a su prima. Tenía los ojos cerrados fuertemente. La chica se llevó las manos a la cabeza gritando de dolor. Se inclinó poco a poco

hacia el suelo. Su primo corrió hacia ella, pero Andrew ya la había cogido antes de que tocara el suelo.

—¿Ana? —la llamó Héctor con la voz quebrada por la preocupación.

—Le ha vuelto a pasar —respondió Andrew tumbándola con cuidado en la cama—. ¿Por qué lo has vuelto a intentar, cariño?

—¿Qué le ha pasado?

—Ha intentado usar sus poderes —cogió un pañuelo que había en un cajón de la mesita de noche, le sujetó las manos y la miró. Se quedó parado.

—¿Qué ocurre? —quiso saber Héctor.

—No tiene sangre en la nariz.

—¿Y eso es bueno o malo?

—No estoy seguro.

Un pitido se escuchó en el salón. Andrew se levantó de un salto y corrió hacia el cajón de la estantería. Cogió el móvil y leyó el mensaje:

—“Jefe, Montes ha contactado. Dentro de dos días Vega volverá a por el cofre. Esperamos órdenes” —Andrew pensó durante unos segundos y después escribió—: “Está bien. Seguiremos haciendo guardia de todos modos. Mantenedme informado” —mandó el mensaje y esperó la confirmación.

El hombre dejó el móvil en su sitio y regresó con Anabel.

—¿Todo bien? —le preguntó la chica ya recuperada.

—Sí. ¿Cómo te sientes?

—Como si me hubieran dado con un martillo en la cabeza.

—No deberías intentarlo más. Podría estar haciéndote daño internamente —le aconsejó Héctor.

De repente, las cabezas de ambos hombres se levantaron y olfatearon el aire.

—¿Qué es eso que huele tan bien? —inquirió la joven levantándose de la cama y siguiendo a los hombres hasta la cocina.

Ramón estaba allí de pie, cocinando.

—Espero que tengáis hambre —les dijo con una gran sonrisa.

Por un momento se les había olvidado que el hombre estaba allí con ellos.

—Huele que alimenta —opinó la chica sentándose en una silla.

—Pues, mejor sabe —contestó Ramón dejando el plato delante de ella—. Esta es mi forma de agradeceros todo lo que habéis hecho por mí.

La muchacha cogió el tenedor y el cuchillo y cortó el filete de pollo. Se llevó el trozo a la boca y cerró los ojos saboreándolo.

—Mm. Está riquísimo. Deberíais probarlo —les aconsejó a los chicos que seguían de pie observándola—. Me encanta tu forma de dar las gracias.

\*\*\*

Después de degustar esa riquísima cena, todos se fueron a sus respectivas camas.

—¿Seguro que estarás bien en el sofá? —le preguntó Andrew a Héctor.

—Sí. No te preocupes.

—Hasta mañana.

—Hasta mañana. Por cierto, no hagáis mucho ruido, por favor —les dijo con una sonrisa pícaro en los labios y guiñándoles un ojo.



—Muy gracioso —contestó su prima con una mueca de burla.

—Lo intentaremos —respondió Andrew antes de cerrar la puerta de la habitación devolviéndole la sonrisa y el guiño.

\*\*\*

Un pequeño resplandor esmeralda despertó a Héctor. Se levantó de un salto poniéndose en alerta mientras Satán y Diablo se acercaban gruñendo a la luz, interponiéndose entre el resplandor y el hombre.

La luz se fue desvaneciendo poco a poco hasta que solo quedó la silueta perfecta de un hombre. Un hombre al que Héctor conocía muy bien.

—¿Papá?

Aaron no dijo nada, solo asintió sonriendo de oreja a oreja. La puerta de la habitación principal se abrió despacio dejando ver a Andrew con una pistola en la mano y apuntando a la silueta.

—¿Aaron? —preguntó asombrado y bajando la pistola despacio.

El hombre volvió a asentir aun sonriendo y buscando con la mirada por toda la sala. Anabel se asomó por al lado del brazo de Andrew y Aaron se acercó a ellos.

—¿Tío Aaron? No sabes cuánto me alegro de verte —le dijo radiante de alegría al verlo después de tantos días. El hombre solo asintió sin dejar de sonreír.

—¿Por qué no habla? —quiso saber Andrew.

—Es su forma astral. Es como si fuera un fantasma. Puede ver y oír, pero no tocar ni hablar —respondió la chica casi llorando de felicidad.

—¿Cómo os ha encontrado?

—Ha mirado a través de mis ojos —añadió Héctor sentándose en el sofá.

Aaron se acercó un poco más a su sobrina y le rozó la cara aliviado de saber que estaba viva. Un pequeño gruñido salió de la garganta de Andrew. La forma astral del hombre apartó la mano al instante y miró al joven con el ceño fruncido, sin entender muy bien su comportamiento. **¿Qué le pasa?** —le preguntó a su sobrina telepáticamente.

—La profecía.

Los ojos celestes de la silueta se abrieron de par en par y la sonrisa volvió a sus labios. Levantó una mano y dibujó algo en el aire dejando una estela verde esmeralda.

—“19H” ¿Qué significa eso? —quiso saber Andrew.

—Diecinueve horas —respondió la chica levantando el pulgar hacia su tío.

—¿Para qué?

—Para que lleguen aquí.

—¿Para que lleguen? ¿Todos? —inquirió con un gorgorito y los ojos abiertos como platos.

—Me temo que sí.

La forma astral volvió a sonreír y se desvaneció con un destello de luz esmeralda.

—Creo que se te va a quedar un poco pequeña la cabaña, primo —apuntó Héctor tumbándose en el sofá y apoyando la cabeza en su brazo.

Andrew no podía decir nada, aún estaba intentando procesar lo que había visto. Esa familia era realmente especial y pensaba que aún no había visto todo lo que podían llegar a hacer cada uno de ellos.

Anabel se dio media vuelta y caminó hacia el interior del dormitorio. Se paró al no sentir detrás de ella al hombre, se volvió y se acercó a él. Lo cogió de la mano y se lo llevó con ella

mientras le acariciaba el brazo.

—Tranquilo, no será para tanto. No te darás ni cuenta de que están aquí.

Lo sentó en la cama y lo ayudó a tumbarse.

—Pero son muchos —le susurró empezando a sentirse un poco agobiado.

—Cuando te acostumbras no es tan agobiante —se tumbó a su lado apoyando la cabeza en su pecho, acariciándole con las puntas de los dedos.

—Voy a necesitar mucho tiempo para acostumbrarme.

—Tómate el tiempo que quieras —le dejó un beso en el pecho y cerró los ojos—. Descansa.

\*\*\*

Aaron regresó a su cuerpo y miró los rostros expectantes, a su alrededor, de toda su familia.

—¿Qué ha ocurrido? —quiso saber su hermana Olga.

—Están bien con Andrew.

—¿Andrew? ¿Mi hermano? —Jonathan estaba sorprendido.

—El mismo. No sé los detalles, pero sí que están sanos y salvos como esperábamos. Y, bueno, la profecía sigue cumpliéndose.

—¿Cómo?! —la voz de Alicia se agudizó más de lo que esperaba al preguntarlo.

—Andrew es el alma gemela de Anabel —contestó su tío con una sonrisa.

El rostro de la chica palideció. No podía ser verdad. Ya iban dos y cada vez se acercaba más a ella. No podía seguir acertando.

—¿Cómo está mi hermano? —quiso saber Jonathan abrazando a Miriam que estaba sentada en su regazo.

—Muy bien acompañado.

—Ahora entiendo el por qué pudo entrar cuando el escudo estaba reforzado —caviló Miriam recordando que su cuñado había podido entrar en la finca sin ningún problema ni sobresalto por parte del escudo.

—Porque es el alma gemela de Anabel. El escudo lo sabía antes que ninguno de nosotros —respondió Olga recordándolo también.

—Bueno, será mejor que nos pongamos en marcha. Es una distancia demasiado grande como para transportarnos o evaporarnos. Los elementales de agua podrían ir por el mar, pero los demás no podrían. Tendremos que hacerlo como los humanos. Cristina, ¿podrías conseguirnos un avión privado y un piloto? —le preguntó Aaron a su sobrina.

—Por supuesto. Haré unas llamadas y mañana temprano saldremos.

—Estupendo. Familia, vayamos a nuestras camas a descansar.

## Capítulo 6

Solo quedaba una hora para el alba y todos los miembros de la familia de Anabel y Héctor se pusieron en marcha hacia el aeropuerto de Isla Zephyr donde los esperaba un amigo de Cristina para llevarlos en avión hasta la selva Mercurio. El hombre los esperaba para llevarlos de vuelta a Isla Kaia.

Cristina encabezó la comitiva por las pistas del aeropuerto hasta llegar al hangar que su amigo le había indicado. Entraron en la enorme nave de metal y un hombre rubio, alto como la chica, con los ojos celestes, una perilla que tapaba su barbilla y ataviado con un traje azul oscuro y dorado e impoluto, les dio la bienvenida.

—Buenos días, David. Muchas gracias por hacerme este favor —le agradeció la joven dejándole un beso en cada mejilla.

—No hay de qué. Ya he revisado el avión, así que, en cuanto queráis podemos partir.

Todos los miembros de la familia fueron pasando por delante del piloto estrechándole la mano y dándole las gracias antes de subir las escalerillas que llevaban al interior del avión blanco.

—Cristina, ¿nos vas a dar las instrucciones que siempre das cuando vuelas? —le preguntó Eric con un tonito un poco burlón.

La chica le sacó la lengua a su primo. Sin embargo, inconscientemente, revisó que todos tuvieran el cinturón abrochado, las bandejas plegadas y los compartimentos de las maletas bien cerrados, al igual que la puerta del pájaro de metal.

—Hermanita, llevas la profesión en la sangre —le dijo Dafne observándola.

Cristina le sonrió y entró en la cabina de mando para ver si David necesitaba algo.

—¿Cuánto tiempo dura el vuelo? —quiso saber Maryah agarrada con fuerza a los reposabrazos del asiento y a la mano de su marido.

—Ocho horas. Tranquila, no pasará nada. Estadísticamente, los aviones es el transporte más seguro —respondió Aaron haciendo una mueca de dolor cuando su esposa le apretó la mano.

—Podrá ser el más seguro estadísticamente, pero el miedo a las alturas no me lo quitan las estadísticas ni nadie.

Cristina salió de la cabina, se sentó en el asiento de la primera fila, al lado de su primo Alejandro, se abrochó el cinturón y cerró los ojos cuando el avión empezó su camino hacia la pista que la torre de control le había indicado para despegar.

—¿Por qué cierras los ojos? No creo que tú tengas miedo a volar como mi madre —le inquirió su primo con una sonrisa.

—El despegue siempre me ha mareado un poco. Después, cuando ya está estabilizado, se me pasa.

—Familia Alberdi y Valverde, soy el capitán David Star, les informo de que estamos a punto de despegar. El vuelo durará ocho horas por lo que, una vez estemos en el aire, podrán desabrocharse el cinturón y caminar un poco. Disfruten del vuelo —les comunicó el piloto esperando en la pista a que el controlador le diera permiso para el despegue.

\*\*\*

Un pequeño rayo de luz entró por la ventana del dormitorio principal despertando a Andrew.

Se llevó la mano al brazo donde tenía la herida e hizo una mueca de dolor. Abrió los ojos y vio el pelo negro como las alas de un cuervo de Anabel. Las comisuras de su boca formaron una gran sonrisa de oreja a oreja, la abrazó atrayéndola hacia él y le dejó un beso en la sien. La chica ronroneó restregándose contra el cuerpo del hombre.

—Buenos días —le susurró él al oído.

La chica se dio la vuelta para poder mirarlo, le dedicó una sonrisa enamorada y le dejó un beso en los labios.

—¿Te duele el brazo? —le preguntó entre beso y beso.

—Un poco.

La joven se apoyó en el codo y se inclinó para darle un suave beso en el bíceps vendado.

—Ahora me duele aquí —le respondió señalándose con un dedo en el corazón.

La muchacha le sonrió y le dio un beso donde le señalaba.

—¿Se te ha vuelto a mover el dolor?

—Sí. Ahora me duele aquí —contestó señalándose en el cuello.

Anabel rio, pero claudicó. No lo pudo resistir. Se acercó a él un poco más y lo besó.

Los brazos del hombre la rodearon por la cintura y la pegó a él.

La chica se sentó a horcajadas sobre él volviéndolo loco al restregarse contra su entrepierna.

Un gruñido salió de la garganta de Andrew mientras se incorporaba para poder llegar hasta sus pechos que lo llamaban desde la camisa sin botones. Le quitó la prenda de vestir y los devoró con ansia.

La mujer arqueó la espalda ofreciéndoselos y enterrando sus dedos entre su pelo rubio, atrayéndolo hacia ella. Recorrió el rostro del hombre enmarcándose con las manos para que la mirara. Clavó sus ojos verdes jade en él, dedicándole una sonrisa. Se inclinó hacia su boca y lo besó con la pasión reflejada en él.

Se devoraron el uno al otro como si no hubiera un mañana. Y las tornas cambiaron. Andrew la aferró contra él y se movió para quedar encima de ella acariciándole cada rincón, cada recoveco de su pecaminoso cuerpo.

Anabel rodeó la cintura del hombre con las piernas y se las ingenió para, con los talones, quitarle el pantalón del pijama. En cuanto la prenda de dormir se alejó dejando su erección en libertad, Andrew no pudo aguantar más y se instaló en el interior de la chica, atrapando el gemido de ella con un beso.

El ritmo comenzó rápido, urgente por el deseo contenido, pero antes de que la chica llegara al clímax, el hombre cambió a un ritmo más lento, haciéndola gruñir. Le dedicó una sonrisa mientras no dejaba de besarla y de embestirla muy poco a poco.

—Andrew —le suplicó clavándole las uñas en los glúteos.

Ante aquella súplica, el hombre no pudo más que responder. Las embestidas volvieron a ser rápidas y, los gemidos de la joven, amortiguados por la boca de él. No era necesario que los otros dos invitados en la cabaña escucharan la evidencia de lo que hacían dentro de aquella habitación.

El clímax llegó a ellos dejándolos exhaustos. El chico iba a rodar para no dejar caer todo su peso sobre ella, pero la joven lo aferró con las piernas aun rodeando su cintura. No quería que se fuera. No quería que se apartara de ella.

Andrew apoyó los codos en el colchón, a cada lado del rostro de la muchacha para quitarle un poco de peso de encima y le dejó un beso en cada parte de su rostro.

La piel de la joven había recobrado por completo su color bronceado, aunque aún podían verse algunas de las cicatrices de la espalda.

—¿Estás bien? —Quiso saber el hombre—. ¿No te estoy aplastando?

—No. Estoy maravillosamente bien.

—He estado pensando que deberías darme algunas clases básicas.

—¿Sobre qué? —inquirió sorprendida, mirándolo a los ojos.

—Sobre nuestro elemento. Hasta el momento solo sé convertirme en leopardo. Supongo que eso no es todo lo que podemos hacer, ¿verdad?

—Verdad. No he caído en enseñarte algo más, pero sí, tienes razón. ¿Cuándo quieres empezar?

—Dentro de una hora.

—Vale. ¿Qué hacemos mientras tanto? —le preguntó con una sonrisa traviesa y una mirada sugerente.

—No sé. Podríamos leer un poco.

—¿En serio?

—Por supuesto que no —le dijo atrapando su boca con posesión.

\*\*\*

La puerta del dormitorio pequeño se abrió despacio y con cuidado. La cabeza de Ramón se asomó por la pequeña rendija y miró a su alrededor cerciorándose de que no había nadie levantado. Cuando hubo confirmado que todos estaban dormidos, salió de la habitación de puntillas, sin apenas hacer ruido, y se acercó a la estantería. Abrió el cajón donde descansaba el móvil de Andrew, lo cogió y se encaminó hacia la salida para caminar selva adentro mientras tecleaba un número de teléfono. Anduvo entre la maleza hasta llegar a un pequeño claro donde, milagrosamente, tenía un poco más de cobertura. Esperó a que su receptor contestara a su llamada, observando a su alrededor inquieto. Tenía la extraña sensación de que algo o alguien lo observaba con mucha atención. Los pitidos de espera se callaron y una voz masculina preguntó:

—¿Diga?

—Señor, soy Ramón. Localice éste número. Estoy con ellos en una cabaña. A él también lo he encontrado.

—Estupendo. Sigue con tu papel. Llegaremos en dos días como mucho. Ramón —lo llamó antes de que colgase.

—¿Sí, señor?

—Buen trabajo.

—Gracias, señor.

El hombre colgó y, estaba a punto de regresar a la cabaña cuando, al darse la vuelta, chocó contra un muro que le gruñó.

\*\*\*

Héctor estaba tumbado en el sofá, relajado mientras observaba la respiración acompasada de Diablo y Satán que dormitaban delante de la chimenea aún encendida.

Sin previo aviso, escuchó que la puerta del dormitorio pequeño se abría y Ramón salía de ella. El hombre se acercó a la estantería y cogió el móvil, encaminándose después a la salida de la cabaña.

El joven se levantó del sofá y se acercó a la ventana para ver a dónde iba el hombre con el teléfono. Se estaba adentrando en la selva, tecleando en el aparato.

Héctor abrió la puerta y miró hacia el jaguar que lo contemplaba tumbado delante del hogar. El hombre le hizo una señal con la cabeza y el felino se levantó corriendo hacia él para, después, seguirlo a través de la selva en busca de Ramón.

Felino y humano olfateaban el aire para seguir el rastro del traidor, encontrándolo en la pequeña explanada donde casi se pelean Andrew y él. Los dos se escondieron entre los arbustos más cercanos para poder escuchar la conversación, pero fue inútil. Había algunas interferencias que le impedían la comprensión del mensaje del que se informaban. Satán enseñó los dientes y se le erizó el pelaje desde la cabeza a la cola.

—Tranquilo. Intercéptalo por detrás —le susurró el hombre en la oreja echada hacia atrás y levantada.

El animal se alejó en silencio rodeando la explanada para quedar a la espalda del traidor.

Héctor se acercó con sigilo hasta Ramón, quedándose detrás de él impassible, casi sin respirar. En cuanto el hombre colgó el teléfono y se dio la vuelta se chocó contra el pecho del joven que lo miraba con el rostro pétreo y un gruñido que le subía por la garganta.

—¿A quién has llamado, Ramón? —le preguntó sin quitarle la mirada de encima.

—A mi madre. La pobre está preocupada porque no la he llamado en varios días.

La nariz del joven se arrugó ante la gran mentira del hombre, le dedicó una sonrisa de medio lado y asintió con la cabeza.

De repente, Ramón sintió que algo se abalanzaba hacia su espalda dejándolo caer sobre la hojarasca. Satán le gruñó cerca de su rostro y Héctor se agachó para coger el teléfono que el hombre había dejado caer. Por suerte, Ramón no había borrado el número al que había llamado, por lo que le dio a llamar y esperó a que contestaran.

—¿Diga? —inquirió una voz masculina por la otra línea.

<<Esa voz...>>, pensó Héctor entrecerrando los ojos. La conocía. La había escuchado antes en otro lado.

—¿Diga? —volvieron a preguntar.

El joven colgó y miró a Ramón.

—Tu madre tiene una voz muy masculina —le dijo con tranquilidad, acucillado delante de él —. ¿A quién has llamado?

—A mi padre —titubeó el hombre sin apartar la mirada del animal que se cernía sobre él.

—Ramón, no mientas. Te voy a dar dos opciones. La primera, me sigues mintiendo y le ordeno a Satán que te mate. O la segunda, me dices la verdad y dejo que te vayas. ¿Cuál escoges?

—McAllister, Bernard McAllister.

—¿Por qué?

—Porque tu familia mató a su hijo. Quiere acabar con todos vosotros, incluidos vuestras almas gemelas.

<<Al parecer me he perdido muchas cosas al estar fuera de casa>>, pensó sin saber a qué hijo se refería.

—¿Cuándo llegará?

—En dos días como mucho.

Héctor clavó su mirada en el felino y le asintió levemente con la cabeza mientras se erguía en toda su altura. El animal gruñó enseñando los caninos y, sin darle oportunidad alguna al traidor, le mordió la garganta acabando con su vida en menos de un minuto.

Animal y hombre emprendieron el camino de vuelta a la cabaña. Héctor miró el móvil intrigado por todo lo que le había dicho Ramón sobre Bernard. ¿En qué momento había ocurrido todo aquello? ¿Y desde cuándo tenía el hombre un hijo? Entraron en la cabaña de madera y Satán volvió a tumbarse delante de la chimenea mientras el hombre dejaba el aparato en el cajón de la estantería. Afortunadamente, ni su prima ni Andrew se habían despertado aún. Se tumbó en el sofá

mucho más relajado y cerró los ojos. Intentó conectar con su padre, pero se detuvo. Mejor le preguntaba cuando lo viera. Además, le explicaría lo que había pasado con Ramón y, probablemente, se quedarían para cazar a Bernard y acabar con la amenaza.

\*\*\*

Anabel apoyó la cabeza en el pecho de Andrew que subía y bajaba a un ritmo acelerado. La hora ya había pasado y el hombre la abrazó contra él.

—¿Con qué vamos a empezar? —quiso saber él dejándole un beso en la cabeza.

—Pues, no sé. Déjame pensar —se quedó en silencio durante unos segundos, acariciándole el pecho con la punta de los dedos—. Podría enseñarte a hacerte tierra para viajar sin ser visto y más rápido.

—¿Podemos hacer eso? —preguntó asombrado.

—Sí, además de convertirte en cualquier animal terrestre, comunicarte con ellos, crear y controlar la tierra y tener los sentidos más agudizados.

—De acuerdo. ¿Cómo hago eso que has dicho antes?

—Primero debes pensar a dónde quieres ir, después cierra los ojos para concentrarte y creer que eres la tierra. Una vez que ya te has hecho arena, solo debes pensar en moverte hacia el sitio elegido. A ver si puedo hacerlo contigo.

—No. Mejor no. No quiero que vuelvas a sentir el dolor.

—Si veo que me viene lo dejo. Levántate.

Se quedaron uno frente a otro con las manos cogidas, cerraron los ojos pensando en llegar hasta el salón y, en un abrir y cerrar de ojos, ambos se convirtieron en tierra y se desplazaron por debajo de la puerta para llegar al salón. Ambos se materializaron con una gran sonrisa en los labios.

—Vaya, esto es alucinante —admitió el hombre mirando alucinado a su alrededor— Y has podido hacerlo. No te ha dolido.

—No. No entiendo qué es lo que me pasaba antes.

—Bueno, ya se te ha pasado —la abrazó con fuerza aliviado.

—Volvamos a la habitación.

Repitieron el procedimiento y regresaron al dormitorio.

—Increíble. ¿Y ahora qué?

—Vas a controlar la tierra que vas a crear.

—Vale. Estoy listo.

\*\*\*

El avión blanco comenzó el descenso hacia la pista del aeropuerto de Adanac. Cada vez estaban más cerca de Anabel y Héctor.

En cuanto el pájaro de metal se paró, todos se desabrocharon los cinturones y bajaron las escalerillas. Volvieron a agradecerle al piloto el favor que les estaba haciendo y se alejaron del aeropuerto para entrar en la selva y buscar la cabaña de Andrew.

Aaron caminaba más rápido de lo normal, dejando a su familia atrás. Un presentimiento se instaló dentro de él en cuanto sobrevolaron el país y, aún más, cuando aterrizaron en el aeropuerto. No podía ignorar aquel sentimiento de premura. Sabía que no era bueno.

—Cariño, ¿por qué tanta prisa? —le preguntó su esposa casi corriendo detrás de él con la respiración agitada.

—Estamos en peligro. Lo sé. Quiero que nos vayamos de esta selva cuanto antes.

Todos aumentaron el ritmo al escuchar esas palabras y siguieron al hombre a todo correr.

Buscaron un lugar en el que no hubiera mucha gente y Aaron volvió a meterse en la cabeza de su hijo para ver a través de sus ojos.

—Vamos, ya sé cuál es el camino —informó cogiendo la mano de su esposa y emprendiendo el camino por el interior de la selva.

Se adentraron cada vez más hasta llegar a una edificación muy moderna, demasiado moderna para pertenecer a la selva.

—Esa debe de ser la casa del traficante al que vigilaban —anunció Amanda en un susurro.

—Vamos por buen camino. Continuemos.

Siguieron caminando sin llamar la atención del propietario de la casa y llegaron hasta el río.

Aaron agarró la mano de su esposa y la de su hijo Ángel para pasar la corriente de agua sin ningún esfuerzo. Se transportó hasta la otra orilla con ellos y esperó a los demás.

Miriam, Jonathan, Gabriel, Celia y Samara se evaporaron. Cirenía cogió la mano de su hermana Berenice y ambas se transportaron. Cristina, Alejandro y Rosario se convirtieron en aire y cruzaron el caudal sin problemas. Amanda agarró la mano de su hermana Dafne junto a sus padres, sus primos Oliver, Samuel y Eric; y sus tías Lidia y Alexia. Por último, Alicia cogió la mano de su hermana Lucía para ayudarla a pasar al otro lado.

Cuando todos ya estaban preparados emprendieron el camino de nuevo, olfateando el aire. Podía reconocer el olor de su hijo y su sobrina y, en menor medida, el de Andrew.

—Tío, ¿queda mucho? —quiso saber Amanda. Las piernas empezaban a dolerles.

—Queda poco, sobrina. Deberías hacer más ejercicio y menos terapia a tus pacientes.

—Ya. Sabes que el ejercicio y yo no nos llevamos bien.

—Tranquilo, papá. Cuando regresemos la pondré en forma —le dijo Oliver con una sonrisa burlona en sus labios.

—Eso no te lo crees ni tú —replicó la chica con la respiración agitada.

La caminata parecía no acabar nunca y, ahora, para colmo, debían subir un talud agarrados a la raíz prominente de un árbol cercano.

—¿Por qué no nos has transportado directamente en la cabaña? —quiso saber Maryah creyendo que el corazón se le saldría por la boca.

—Porque nunca hemos estado allí. Solo la he visto a través de los ojos de nuestro hijo.

—Menuda leche. ¿Queda mucho?

—No. Ya estamos cerca. Un pequeño esfuerzo más —la ayudó a subir por el talud y le dejó un beso en los labios para darle ánimos.

Prosiguieron por un sendero medio escondido y, a lo lejos, vieron la fachada de madera de la cabaña, además de oler el humo que salía de la chimenea.

—Por fin —respondieron todos al unísono con el alivio reflejado en sus voces.

Hicieron un último esfuerzo con una gran sonrisa de oreja a oreja dibujada en sus labios y se encaminaron hacia la cabaña donde Héctor, Anabel y Andrew los esperaban.

\*\*\*

Andrew volvió a crear más tierra entre sus manos y la hizo convertirse en un tigre y, después, en un león. No podía parar de hacer eso. Lo relajaba y alucinaba.

—Ya le he cogido el truco a esto —le informó a Anabel que lo observaba orgullosa.

—Aprendes rápido.

—¿Qué me vas a enseñar ahora?



—Pues, solo te queda comunicarte con los animales. ¿Quieres probar con Diablo?

—Vale. ¿Qué hago?

—Solo piensa en Diablo y él hará el resto. Dile que venga a la habitación —la chica se levantó de la cama y abrió la puerta.

Andrew la obedeció y, en poco menos de diez segundos, el perro entró en la estancia meneando la cola con alegría. Se acercó al hombre y le lamió la mano para que lo acariciara.

—Esto es un chollo —dijo el hombre alucinando—. Mágissa tenía razón, nuestro destino estaba escrito aquí y no en Escocia.

—¿Eres de Escocia? —preguntó la chica asombrada.

—Sí. Tienes ante ti a un hombre del siglo XIII.

—No sabía yo eso. ¿Quién es Mágissa?

—La bruja que nos trajo a mi hermano y a mí aquí, bueno, a Isla Pyrena.

—Así que, ella es la responsable de la profecía.

—Pues, sí. Si te sirve de consuelo, yo no conocía la profecía. Solo nos dijo que aquí estaba nuestro destino y no en Escocia.

Sin previo aviso, la cabeza de Diablo se levantó y movió para mirar hacia la puerta de la cabaña. El perro corrió hacia el salón y empezó a ladrar hacia la puerta sin dejar de mover la cola.

—Mira, vas a practicar. ¿Qué está diciendo? —le dijo Anabel a Andrew para que el oído se le fuera haciendo al lenguaje de los animales.

—Hay alguien fuera. No entiendo nada más.

—No está mal. Sí, hay alguien fuera, pero no te voy a decir quién es. Vamos.

La pareja se encaminó hacia la puerta con Héctor y los animales junto a ellos.

Andrew agarró el pomo y abrió. No parecía que hubiera peligro, ya que los primos y los animales estaban relajados. En cuanto la puerta se echó a un lado vio su reflejo que le sonreía. No, no era un espejo. No era su reflejo el que le dedicaba esa sonrisa, sino su hermano.

—¡Andy! —gritó Jonathan abalanzándose hacia su hermano pequeño para abrazarlo y dejarle un beso en la mejilla.

## Capítulo 7

Llamaron a la puerta de la cabaña y ésta se abrió dejando ver a Andrew. Jonathan se abalanzó sobre su hermano para abrazarlo y besarlo en la mejilla con fuerza, aplastándole el moflete.

—¿Qué tal estás, hermanito? —le preguntó Jonathan.

—Bien. Habéis venido todos. A ella no la conozco —dijo Andrew señalando a Celia que estaba agarrada a la cintura de Gabriel.

—¿Podemos pasar? Ahora os lo contamos todo. Os habéis perdido varias cosas —inquirió Aaron.

El anfitrión se echó a un lado y dejó que todos entraran. No sabía cómo iban a caber todos ahí dentro. La cabaña no era precisamente una mansión.

—Hola, hijo. Por fin os hemos encontrado. Menos mal que no os ha pasado nada —Maryah abrazó a su hijo y después a su sobrina.

—Bueno, familia, ¿qué ha pasado en nuestra ausencia? —quiso saber Héctor mirando a su padre casi sin parpadear.

<<Papá, tenemos que hablar sobre Bernard McAllister>>, pensó para que le llegara a su padre.

Los ojos de Aaron se abrieron de par en par, pero disimuló. **¿Qué ha pasado con él?**

<<Tenemos que alejar a las chicas de aquí. En menos de dos días llegará Bernard para acabar con nosotros>>.

El rostro de su padre palideció. Ese hombre no pararía hasta matarlos a todos.

—Después de la *Apolline* y de iros vosotros, Alfonso regresó —les contó Miriam sentándose en el regazo de Jonathan.

—¿Alfonso? Pero si estaba muerto —se sorprendieron Héctor y Anabel.

—No lo estaba. Bernard era el traficante al que vigilaba y descubrieron que eran padre e hijo.

—¿Cómo?!

—Como lo oís. Alfonso era el hijo de Bernard.

—Regresó para volver con Miriam, pero decidió que mejor me mataba a mí, así mataba a dos pájaros de un tiro: la tendría a ella y a su supuesto asesino muerto —continuó Jonathan abrazando a su novia.

—¿Supuesto asesino? —preguntó Anabel sin entender nada.

—Creía que fui yo el que le disparó en la redada cuando aún estaba infiltrado con su padre, pero en realidad, fue Andrew. No sabía que somos gemelos, ¿verdad, Gabriel? —miró al aludido con una pequeña reprimenda en sus ojos.

—Oye, ya pedí disculpas. No volverá a pasar.

—¿Y quién es ella? —le inquirió su hermano Héctor mirando a Celia, sentada en el regazo del inspector.

—Pues, es mi alma gemela. Por cierto, Alfonso está muerto, ¿verdad, Jonathan? —utilizando el mismo tonito de retintín que el hombre había utilizado con él.

—Sí, y por eso nos quiere matar Bernard o, por lo menos, es uno de los motivos.

—Nos hemos perdido muchas cosas. ¿Sabéis o tenéis alguna noticia de dónde podría estar

Bernard? —interrogó Anabel abrazando a Andrew.

—No, no sabemos nada. Sabe esconderse muy bien —contestó Oliver mirando a su padre y a su hermano Héctor con los ojos entrecerrados. Algo se traían entre manos esos dos y no conseguía escuchar sus pensamientos. Eso no le gustaba un pelo.

—¿Alguno de vosotros es médico o algo parecido? —quiso saber Andrew pasando la mirada de uno a otro.

—¿Para curarte la herida del brazo? —respondió Ángel observando el vendaje.

—No, no es para mí sino para tu prima. Javier la lastimó durante el tiempo que la tuvo retenida.

—Hermana, ¿qué te hizo? —le inquirió Dafne acercándose a ella.

—Me pegó con un látigo, entre otras cosas. Aún me quedan algunas cicatrices en la espalda.

—Y también le hizo algo para que no pueda utilizar sus poderes —añadió Héctor.

—Eso ya se me ha pasado. Hace unos minutos he estado enseñándole lo que podemos hacer a Andrew y he podido hacerlo con él —le explicó su prima.

—Aun así deberíamos hacerte un chequeo. Es posible que todavía quede algún rastro —Dafne le apartó un poco el cuello de la camisa y vio las cicatrices rosadas de la espalda.

—Tienes toda la razón, prima. Tal vez tú consigas descubrir lo que le ha pasado —la animó Héctor.

—Coged vuestras pertenencias y vámonos. Un avión nos espera en el aeropuerto —les dijo Aaron.

—Yo no puedo irme. Aún no he terminado mi trabajo —respondió Andrew.

—Pues, si él no se va, yo tampoco —apuntó Anabel.

—Ah, no. Eso sí que no. O nos vamos todos o no nos vamos ninguno —advirtió Olga dispuesta a quedarse cerca de su hija.

—Vamos a ver. Andrew tiene que terminar un trabajo, ¿no? Pues, nosotros nos quedaremos con él para ayudarlo mientras vosotras regresáis a casa y curáis a Ana de las cicatrices y, si conseguís saber lo que le inhibía los poderes, mejor —expuso Aaron intentando calmar a su hermana melliza.

—Ya he dicho que no me voy a ir sin él.

—Hija, tu tío tiene razón. Tenemos que curarte y, la verdad, prefiero hacerlo en casa —le pidió Olga con los ojos vidriosos.

—Mamá... —Olga se acercó a ella y la cogió de las manos para suplicarle con sus ojos celestes—. No hagas eso. No quiero dejarlo aquí.

—Ana, no me pasará nada y, mucho menos, con tu familia aquí. Entre todos me ayudarán y regresaremos antes de que te des cuenta de que no estoy —le dijo Andrew dejándole un beso en los labios.

—Pero...

—Tranquila, prima. Le cubriremos la espalda. No, mejor le cubriremos todo el cuerpo, aunque nos va a costar un poco con la envergadura del muchacho, pero te lo devolveremos de una pieza —le aseguró Héctor con una sonrisa en los labios.

Anabel aún estaba reticente. ¿Por qué no la curaban allí mismo? No quería alejarse de su alma gemela. Además, tenía un mal presentimiento.

—Vete con tus hermanas, por favor. Si te quedas aquí no podré concentrarme. Estaré preocupado por ti. Prefiero que estés lejos del peligro —le confesó Andrew en un susurro.

—No correrá ningún peligro, sobrina —apuntó Aaron.

—Vale, de acuerdo, me voy, pero como en un día no hayas vuelto, vendré a por ti —le advirtió la chica señalándole con un dedo y dejándole un beso en los labios antes de caminar hacia la salida junto a su madre, sus hermanas y sus tías.

—Diablo, ve con ellas —le ordenó Andrew al animal.

El perro se acercó alegre hacia las mujeres cogidas de las manos y dejó que Olga lo agarrara por el collar para transportarse todas juntas hacia el aeropuerto.

Todas las mujeres y el cánido salieron de la selva entrando en las pistas del aeropuerto y se encaminaron hacia el hangar donde el capitán Star los esperaba para volver a llevarlos a Isla Zephyr.

Cristina se adelantó un poco junto a Alicia y Lucía para que el piloto comenzara los preparativos para el despegue.

—Cielo, no te preocupes por él. Está bien respaldado por tu padre, tu tío y tus primos —la intentó tranquilizar su madre abrazándola mientras caminaban hacia el avión.

—Lo sé, mamá, pero no puedo evitarlo. Tengo un mal presentimiento.

—Seguro que no es nada. Cuando llegemos a casa, Dafne y tía Rosario te curarán mientras Alicia y yo intentamos descubrir lo que te impedía utilizar tus poderes. Con un poquito de suerte aún esté presente en tu organismo.

Llegaron al hangar y subieron al avión junto al piloto y Diablo. Se abrocharon los cinturones y el pájaro de metal comenzó a moverse por la pista para despegar.

\*\*\*

Los hombres se miraron entre ellos hasta que Héctor habló.

—Bernard está de camino.

—¿Cómo lo sabes? —inquirió su padre sentándose en el sofá, a su lado.

—Ramón lo ha llamado.

—¿Ramón? Sabía que no podía fiarme de él —dijo Andrew echando una mirada de reojo hacia la puerta cerrada de la habitación pequeña.

—Tranquilo, me he ocupado de él —contestó Héctor—. Llegará en menos de dos días.

—Habrá que prepararse para su llegada —Aaron rodeó el cuello de su hijo para abrazarlo.

—Esta vez no se escapará —afirmó Gabriel preparado para entrar en la batalla.

—Eso dalo por hecho, hijo. No estaremos a salvo hasta que no lo detengamos. Le daremos una gran bienvenida.

—¿Y cuál es la misión que tienes que terminar? —le preguntó Jonathan a su hermano sentándose en el brazo del sofá.

—Acabar con el hombre que retuvo a Anabel y a Héctor. Es un narcotraficante buscado por toda la policía de cada país. Mi infiltrado me ha dicho que piensa volver a por lo que dejó olvidado. Está previsto que llegue mañana, pero no sabemos a qué hora.

—Estupendo. Tengo ganas de ver a ese hombre —respondió Aaron con la confirmación de todos sus hijos que movían la cabeza de arriba abajo. <<Ese tipo no saldrá con vida. Pagaré por lo que le ha hecho a mi hijo y a mi sobrina>>.

\*\*\*

El avión llegó al aeropuerto de Isla Zephyr con las chicas en su interior. Todas se apearon y Cristina le dijo al capitán Star que le llamaría para volver a por los hombres.

—Estaré atento a tu llamada. No te preocupes —le contestó el piloto.

—Gracias. Te debo una muy grande.

—Me la cobraré, aun no sé cómo, pero ya me lo pensaré.

—De acuerdo.

La chica le dejó un abrazo con un beso en la mejilla y corrió hacia su familia que la esperaba para ir a la casa de su tía Berenice donde vivía Anabel.

Todas se agarraron de las manos y se transportaron hasta la finca donde la edificación construida en la misma montaña, escondida bajo las copas de los árboles del bosque que la rodeaba, les dio la bienvenida.

Berenice se quedó fuera de la casa para reforzar el escudo naranja que envolvía toda la finca para protegerlas. No estaban a salvo con Bernard aún suelto.

Entraron en la casa de dos plantas y Anabel subió las escaleras hacia su habitación para que su hermana y su tía Rosario pudieran curarle las cicatrices de la espalda y el cuello. Se quitó la camisa de Andrew dejándola en la cama, junto a ella, y se tumbó boca abajo para que la cura empezara.

Dafne y Rosario se sentaron cada una a un flanco de la chica y le rozaron la espalda con las manos, concentrándose para curarla lo antes posible. Mientras ellas dos se ocupaban de las heridas exteriores, Alicia y Olga se concentraron para entrar en el cuerpo de la chica y encontrar lo que la hacía daño cuando utilizaba sus poderes. Era posible que no hubiera rastro de ese inhibidor, pero no perdían nada intentándolo.

Recorrieron cada órgano, cada músculo, cada tendón, cada ligamento hasta llegar a la sangre. Un diminuto rastro naranja viajaba por su torrente sanguíneo. Alicia lo intentó coger para analizarlo, sin embargo, el líquido desapareció al agarrarlo. La chica salió del cuerpo de su hermana y miró a su madre.

—¿Lo has visto? —le preguntó.

—Sí. Era demasiado pequeño. Nos quedaremos con la duda de lo que era realmente —contestó Olga sentándose en el sillón orejero color arena al lado de la puerta acristalada del balcón.

—Tenemos que andar con pies de plomo. Bernard sigue suelto y quién sabe lo que podría estar planeando hacer —dijo Cirenía acercándose a su hermana pequeña y sentándose en el brazo del sillón.

**Amanda, vamos a tardar en regresar. Hasta mañana no puede Andrew acabar su misión. En cuanto la hayamos finalizado te avisaré para que mandéis el avión** —la avisó Oliver telepáticamente.

**De acuerdo.**

—Los chicos se van a retrasar al menos un día. Andrew no puede acabar su misión hasta mañana —informó la chica.

—Eso no es lo que hablamos —respondió Anabel revolviéndose en la cama inquieta, intentando levantarse, pero su tía la detuvo.

—No te muevas o tardaremos más en curarte.

—Tranquila, cariño. No le pasará nada. Y, la verdad, siempre viene bien descansar un poco de los hombres —apuntó su madre.

—Cierto. Tendremos una noche de chicas después de tanto tiempo. Nos vamos a hartar de palomitas —dijo Cirenía frotándose las manos con una sonrisa en los labios.

\*\*\*

Héctor cogió la radio de Andrew y salió de la cabaña. Tecléo el número de teléfono de su jefe

y esperó a que le contestaran.

—¿Sí?

—Jefe, soy Héctor.

—Menos mal, muchacho. Me has tenido con el alma en vilo. ¿Dónde estás? ¿Cómo estás?

—Estoy en la selva Mercurio. Estoy bien. Tardaré un poco en regresar, pero con la misión terminada.

—¿Necesitas refuerzos?

—No. Tengo suficientes refuerzos aquí. Nos vemos en comisaría cuando finalice.

—De acuerdo. Avísame si necesitas algo.

—Gracias, jefe —Héctor colgó y regresó al interior de la cabaña.

—¿Todo bien, hijo? —le preguntó Aaron.

—Todo bien, papá.

## Capítulo 8

Los hombres se despertaron cuando escucharon el timbre del móvil que descansaba en el cajón de la estantería. Andrew lo cogió y escuchó:

—Jefe, Montes se ha puesto en contacto. Javier llegará al anochecer —le informó Cobra.

—De acuerdo. Nos vemos allí antes para prepararnos —colgó y miró a todos los presentes—. Vendrá al anochecer.

—Bien. Alguien debería quedarse aquí por si llega Bernard antes —propuso Aaron sentándose en el sofá.

—Yo me quedo —dijo Ángel poniéndose cómodo en la alfombra con la espalda apoyada en el sillón.

—Vale. ¿Y qué tienes que hacer con tu objetivo? ¿Lo vas a detener o lo vas a matar? —le preguntó Aaron a Andrew.

—En principio, detenerlo. Pero si la cosa se pone mal tampoco me va a fastidiar matarlo.

—Muy bien. ¿Por casualidad tienes armas para nosotros?

—Algo tengo. Aunque, ¿para qué las queréis? No os hacen falta.

—Era para hacerlo como los humanos, pero si prefieres que lo hagamos a nuestra manera, por mí bien.

—Voy a hacer un poco de ejercicio. Estoy engarrotado —anunció Héctor estirándose en la puerta de la cabaña.

—Espera, te acompaño —Eric se levantó de la silla, se estiró, se desvistió y un leopardo negro con los ojos celestes salió corriendo detrás de la pantera negra.

—No sé si me acostumbraré algún día a veros desnudos —dijo Jonathan dando un sorbo a la taza de café.

\*\*\*

Las dos panteras se internaron en la selva y corrieron, saltaron y treparon a los árboles con rapidez y agilidad. La tensión en sus cuerpos se disipó, sin embargo, el felino negro con una pequeña mancha blanca en la cabeza se quedó quieto y con los pelos de la cola erizados.

Habían llegado hasta una casa con la fachada negra y verde, camuflada entre las copas de los árboles.

El felino de Héctor miró hacia arriba, hacia la edificación, y su cuerpo se tensó mientras exhibía los colmillos y gruñía.

**¿Qué ocurre?** —le inquirió Eric telepáticamente y mirando hacia el mismo lugar.

<<No lo sé>>, contestó su hermano sin comprender su comportamiento. ¿Qué podría haber en aquella casa que lo pusiera en alerta?

**Echemos un vistazo** —el leopardo trepó hasta el árbol más cercano y entrecerró los ojos para poder mirar a través de los cristales sucios, pero fue inútil. El polvo cubría todas las ventanas. **Parece abandonada. No veo a nadie** —le informó a su hermano que se había quedado en el suelo lleno de hojarasca, mirando hacia la casa petrificado.

<<Mira si la puerta está abierta>>, le propuso Héctor sin poder apartar su mirada de la cabaña.

La pantera saltó al árbol donde descansaba la vivienda, se acercó a la puerta con mucho cuidado y sigilo, cambió a su forma humana y abrió despacio. La dejó ir y volvió a su forma felina olisqueando el aire viciado del interior. Los pocos muebles que había estaban carcomidos y desvencijados. No había ninguna señal de vida, ni humana ni animal.

**No hay nadie. Está abandonada** —confirmó Eric observando la estancia única de la que disponía la cabaña.

<<Vámonos. Mis sentidos deben de estar alterados por la pronta visita de Bernard>>.

**Es posible. ¿Hacemos un pequeño reconocimiento del terreno para asegurarnos de que aún no ha llegado?**

<<Sí, me quedará más tranquilo>>

El felino negro de ojos celestes bajó de un salto de la cabaña y emprendió el camino siguiendo a su hermano.

Bordearon el río escondidos entre la maleza y regresaron a la casa de Andrew. No había rastro de Bernard todavía. Entraron y Aaron clavó su mirada celeste en su hijo Héctor.

—¿Todo bien, hijo?

—Sí, papá. Solo estoy un poco nervioso, pero ya estoy mejor. ¿Habéis trazado un plan para esta noche?

—Sí. Nosotros solo estaremos en la retaguardia. Actuaremos cuando Andrew nos necesite.

—Vale.

Aaron y todos sus hijos se miraron extrañados. ¿Desde cuándo Héctor no quería estar cerca de la acción?

—¿Seguro que estás bien? —le inquirió Oliver intentando entrar en su mente, pero sin éxito. Su hermano la tenía bloqueada.

—Estoy bien. Es la misión de Andrew. Pase lo que pase la mía también se acabará —contestó sentándose en una silla de la cocina y apoyando los codos en la mesa, ausente de lo que le rodeaba.

<<¿Por qué me he sentido tan inquieto al ver esa casa?>>, se preguntó sin comprenderlo.

\*\*\*

Andrew ya tenía preparada la mochila y las armas. Solo quedaba una hora para ir a esperar a Javier en los lindes de su casa. Inexplicablemente, estaba nervioso y no era la primera vez que lo hacía. Pero sí era la primera vez que alguien esperaba volver a verlo con vida. <<Anabel>>, pensó colgándose la mochila al hombro y saliendo de la habitación con una sonrisa dibujada en su boca.

Aaron lo miró y le sonrió al saber en quién pensaba.

—¿Listo? —le preguntó acercándose a él.

—Listo.

Todos los hombres, excepto Ángel, salieron de la cabaña y se pusieron en marcha siguiendo a su anfitrión a un ritmo acelerado. Andrew quería llegar cuanto antes para acabar lo más rápido que pudiera, mas eso no sería posible si Javier no llegaba a la hora que su infiltrado le había dicho. Si no llegaba le daría igual, se iría sin acabar la misión. Se paró delante de un gran árbol y puso las manos en su tronco dispuesto para trepar.

—¿A dónde vas? —le inquirió Aaron posándole la mano en el hombro para detenerlo.

—A trepar para cruzar el río.

—No hace falta.



Todos se dieron las manos y Aaron los transportó hasta la orilla opuesta del río.

—Te doy toda la razón —contestó Andrew un poco mareado.

—Continuemos.

Emprendieron de nuevo el camino hacia la casa de Javier y se pararon en los lindes de los árboles que rodeaban la finca.

—Esperad aquí. Atento por si os necesito —le dijo Andrew a Aaron señalándose la cabeza con el dedo.

—De acuerdo.

El joven se escabulló entre los arbustos olfateando el aire y encontrando a Cobra agazapado cerca de la puerta de entrada a la mansión. Se acercó a él con sigilo y se preparó con el arma.

—¿Montes ha contactado? —le preguntó a su compañero agachándose a su lado sin apartar la mirada de la edificación.

Cobra se sobresaltó llevándose una mano al corazón.

—¡Qué susto, jefe! No ha contactado.

—¿Dónde están los demás?

—Tanque en el lado derecho, Bomba en el izquierdo y Rango en el árbol detrás de la puerta de la cocina.

—Bien. Esperaremos a que llegue el objetivo.

\*\*\*

Los minutos pasaban con lentitud mientras todos esperaban la llegada de Javier a la casa. Debían terminar de una vez por todas con la misión. Llevaban demasiado tiempo con ella.

<<Aaron, ¿cómo vais?>>, pensó Andrew desde su posición.

**Bien. Un poco aburrido, pero bien** —contestó mirando cómo Oliver y Alejandro jugaban a las manos calientes.

<<Espero que no tarde mucho más>>.

Al terminar de pronunciar la última palabra, un todoterreno negro se acercó con las luces de posición encendidas. El vehículo paró en la misma puerta de entrada. El guardaespaldas de Javier se apeó y le abrió la puerta a su jefe. El narcotraficante salió del coche y entró en su casa mirando a su alrededor.

—Todos atentos. Rango, no lo pierdas de vista —le ordenó Andrew empezando a olisquear el olor a colonia cara.

—Jefe, está subiendo a la habitación donde está el cofre —respondió Rango siguiendo a Javier por la mira del arma.

—Estupendo. Bomba, Tanque y Cobra, abridme paso.

—Hecho, jefe —contestaron al unísono por la radio.

José, el guardaespaldas, ordenó a sus tres compañeros que se quedaran vigilando la puerta. Éste entró en la casa y cerró detrás de él. Buscó en el bolsillo interior de su chaqueta negra la pequeña radio-auricular y se lo puso conectándolo. Caminó hacia los pies de la escalera y sacó su arma de la funda de su cinturón. Pocos minutos después, escuchó cómo los tres hombres del exterior caían al suelo y el pomo de la puerta se movía hacia abajo para dejar paso a Andrew.

—Hola, jefe. Está en la habitación roja —le dijo el guardaespaldas al verlo entrar con el arma en alto.

—Buen trabajo, Montes. Cúbreme.

—Siempre, jefe.

Ambos comenzaron el ascenso por las escaleras hasta la habitación donde pocos días antes había estado Anabel malherida. La rabia recorrió su cuerpo al recordar las heridas de la chica. Apretó los dientes con fuerza, controlando las ganas de matar al infeliz con sus propias manos.

—Jefe, ¿estás bien? —le preguntó Montes en un susurro.

—Acabemos con esto ya.

Andrew agarró el pomo de la puerta, asintió a su compañero para confirmar que estaba preparado y abrió de golpe.

—Javier Vega, las manos donde pueda verlas. Queda detenido —gritó apuntándolo con el arma.

—Pero ¿qué es esto? José, ¿a qué esperas para matarlo? —le inquirió a su guardaespaldas.

—No me llamo José. He estado infiltrado para poder detenerlo —respondió el aludido apuntándolo con su pistola.

—Suelta el cofre despacio y levanta las manos —le ordenó Andrew al narcotraficante.

—Así que, tú eres el culpable de que mi prometida se escapara, ¿cierto? No era posible que ella se marchara de su propio pie con el sedante que le inyecté —confirmó Javier ignorando a Andrew.

—Yo me la llevé —gruñó el ignorado atrayendo la atención del bastardo.

—Vaya. ¿Dónde la has escondido?

—Eso no es de tu incumbencia. Y, para tu información, es mi prometida, siempre lo ha sido.

—¿Seguro? Porque recuerdo muy bien la primera vez que la hice mía y, para tu información, estaba intacta, estrecha y encantadora con su cuerpo desnudo, atado a mi merced.

Un gruñido salió de la garganta de Andrew mientras apretaba la pistola entre sus manos conteniendo las ganas de degollarlo.

—Jefe, contrólate —le susurró Montes sin dejar de apuntar a su objetivo.

—Ella no lo reconocerá nunca, pero te aseguro que gozó todas y cada una de mis caricias, de mis besos, de mi sexo...

De repente, el suelo bajo sus pies empezó a temblar como si un terremoto se avecinara.

**Andrew, ¿cómo vas?** —quiso saber Aaron metiéndose en la cabeza del joven.

<<Voy a matarlo>>, esa fue la única respuesta que recibió antes de que la mente del muchacho se bloqueara.

—Quedaos aquí. Voy a comprobar una cosa —les dijo a sus hijos y su cuñado mientras se desnudaba y, poco después, se transformaba en un águila real.

El enorme pájaro voló hasta la casa, entró por la puerta de entrada y subió hasta la habitación. Volvió a su forma humana delante de los tres hombres y clavó su mirada celeste en el rostro pétreo y furioso de la alma gemela de su sobrina Anabel.

—Andrew, tranquilízate. No vale la pena matar a esta escoria —apuntó Aaron sin apartar la mirada de él.

—Montes, llévatelo —le ordenó a su compañero sintiendo sus dientes más afilados.

El aludido guardó el arma, sacó las esposas y se las puso a Javier dejando el cofre en el pedestal de donde lo había cogido. Montes tiró de él para llevarlo hasta la salida, pero su antiguo jefe no se movió. Aún no se había quedado a gusto. Miró a Andrew y le dedicó una gran sonrisa placentera.

—Conmigo ha conocido el placer —arremetió el detenido sin apartarse del cofre.

Esa fue la gota que colmó la paciencia de Andrew. De nuevo, el suelo bajo los pies de Javier tembló, esta vez con más fuerza. El suelo de la habitación se agrietó y, poco a poco, cedió bajo el

peso de los muebles. Otro temblor con más intensidad sacudió la estancia y el suelo cedió por completo llevándose con él a Javier y a Montes.

Aaron se convirtió de nuevo en águila y cogió al compañero de Andrew antes de que cayera y quedara enterrado por los escombros.

El joven gritó de dolor cuando las garras del ave se le clavaron en el antebrazo.

Aaron regresó a su forma humana cuando dejó al muchacho a salvo y se asomó en el agujero que se había formado en la habitación llevándose con él al narcotraficante. Vio a Javier tumbado entre los escombros y un gran charco de sangre alrededor de su cuerpo inerte.

—Joder, ¿qué ha pasado? —interrogó Montes con el rostro pálido por el dolor del antebrazo.

—Andrew, ¿estás bien? —le inquirió Aaron volviendo su atención a su sobrino político.

—No sé cómo he hecho eso. Solo he sentido la rabia y la furia creciendo dentro de mí —respondió el hombre sin comprender nada de lo que había ocurrido.

—Ese debe de ser tu nuevo poder. Crear terremotos. Vamos, ya ha acabado todo.

Emprendieron el camino hacia la salida, ayudando a Montes. Andrew se paró antes de salir por la puerta y miró a Aaron.

—¿Qué?

—Estás desnudo —le respondió el joven.

Aaron se miró, le dedicó una sonrisa y se transformó en el águila para regresar hasta donde los esperaban sus hijos.

Andrew prosiguió su camino con su compañero y lo dejó en manos de Cobra.

—Llamad al comisario para que os traiga transporte.

—¿Y tú, jefe? —inquirió Cobra vendando el antebrazo de su amigo.

—Yo ya tengo transporte. No os preocupéis por mí. Dentro de unos días iré a veros.

Se despidió de ellos con un leve asentimiento de cabeza y corrió hacia la familia de Anabel.

—Por fin ha terminado todo —dijo Héctor aliviado.

<<Papá, tengo un problemilla>>, le llegó el pensamiento de su hijo Ángel. Su voz sonaba con urgencia.

**¿Qué ocurre?**

<<Los hombres de Bernard están aquí. Me están disparando>>.

—Mierda. Vámonos, Ángel está en problemas —informó a sus hijos mientras comenzaba la carrera hacia la cabaña.

—¿No sería mejor transportarnos hasta allí? —preguntó Andrew siguiéndole la carrera.

—No. Estaríamos dentro de la cabaña y nos dejarían como un colador. Los atacaremos desde fuera.

Llegaron al río. Aaron se transportó solo hasta la otra orilla. No podía perder tiempo. Su hijo lo necesitaba con urgencia.

Los demás se agarraron las manos y Oliver los transportó. Emprendieron la carrera de nuevo. Andrew y Héctor casi llegaron hasta la misma altura de Aaron, seguidos muy de cerca por Eric.

Los disparos se escuchaban más cerca. Aaron redujo un poco la velocidad hasta quedarse parado delante de unos matorrales que captaron su atención.

—Satán, sal de ahí.

El jaguar salió de los matorrales haciéndose visible ante todos. Miró a Aaron a los ojos.

—Ve a por él —le ordenó el hombre.

El felino le enseñó los dientes en un gruñido bajo y se alejó de ellos rodeando la cabaña.

—Han rodeado la casa. Oliver, transpórtate y saca a tu hermano de allí. Los demás, acabad

con los malos —dijo desnudándose y convirtiéndose esta vez en un leopardo dorado con ojos celestes.

—Mi primera misión como elemental de tierra. Me encanta esta familia —apuntó Andrew despojándose de la ropa.

—Bienvenido, hermano —añadió Jonathan antes de alejarse por la izquierda.

—Vamos allá —Héctor se quitó las prendas de vestir, se frotó las manos y se convirtió en la pantera negra.

## Capítulo 9

Los dos felinos corrieron rodeando la cabaña. Héctor iba en cabeza y vio a uno de los tiradores. Se agazapó entre la maleza escondiéndose en la hojarasca del suelo, se acercó despacio al hombre armado y saltó sobre él atrapando la garganta del desgraciado entre sus fauces. La sangre roja salía a borbotones por los agujeros que los caninos del animal habían dejado en la piel morena del tirador. Héctor levantó la cabeza con el hocico lleno de sangre y miró a Andrew mientras corría hacia él y saltaba por encima para atacar a un compañero del hombre abatido que apuntaba con su arma a Héctor. Andrew agarró con fuerza la garganta del incauto y lo derribó. Miró a su espalda y vio a su primo político haciéndole una pequeña reverencia con la cabeza para agradecerle que le salvara la vida.

Andrew le hizo un gesto con la cabeza para que volvieran a seguir su camino y corrieron hacia el siguiente grupito de tiradores.

\*\*\*

Oliver se transportó hasta el interior de la cabaña agujereada y se agachó detrás de los muebles de la cocina.

—Joder. ¡Ángel! —llamó a su hermano casi esquivando las balas que volaban por la estancia.

—¡Aquí! —gritó el aludido desde la habitación de Andrew.

—¡Gatea hasta la cocina! ¡Nos vamos de aquí!

—¡Voy!

Ángel salió de la habitación gateando hasta la cocina, agarró la mano de su hermano en cuanto llegó a él y Oliver se transportó fuera de la casa, alejándolos de los proyectiles.

**Oliver, busca a Bernard. Tiene que estar escondido por algún lado** —le ordenó su padre telepáticamente.

—Ángel, cúbreme. Voy a concentrarme.

—¿Para qué?

—Para buscar a Bernard.

—De acuerdo —el joven sacó su arma y observó a su alrededor, vigilando que nadie los atacara.

Oliver se sentó en el tronco de un árbol caído, cerró los ojos y buscó la mente de Bernard. Dejó la mente en blanco e hizo que volara por los alrededores de la selva intentando encontrar la que quería. Tenía que estar por algún lado, escondido como la rata que era. Sin embargo, no encontró ningún pensamiento que le llevara hasta su escondite. No había nada. Su mente regresó a su cuerpo y abrió los ojos.

**Papá, no está aquí** —le informó.

**Hijo de su grandísima madre. Ha mandado a su ejército mientras él se esconde sin mancharse las manos de sangre** —blasfemó Aaron soltando la garganta del último tirador que quedaba con vida.

**¿Qué hago? ¿Quieres que busque dónde está?** —le inquirió.

**No. Volvamos con las mujeres. Seguiremos buscándolo desde allí. Reuníos todos en la puerta de la cabaña** —dijo conectando con todos.

Cada uno llegó hasta la puerta agujereada desde todos los ángulos.

—¿Dónde está la sabandija? —quiso saber Jonathan.

—No está. Nos ocuparemos de él en otro momento. Regresemos a la isla.

Se cogieron de las manos y entre Aaron, Oliver y Eric los transportaron hasta la casa de Berenice en Isla Kaia, el hogar de los elementales de tierra.

\*\*\*

—Amanda, ¿dónde están? —le preguntó Anabel a su hermana por vigésima vez en solo una hora.

—Terminando la misión de Andrew. Me han bloqueado para no interrumpirlos —respondió la chica con la voz cansada.

—Hija, por mucho que le preguntes a tu hermana no volverán antes. No te preocupes. Saben cuidarse solitos —le dijo su madre abrazándola.

—Lo sé, mamá. Está bien, intentaré no volver a preguntar.

Anabel cerró los ojos sintiendo el poder que emanaba de su madre para tranquilizarla.

—Ya sabemos por qué pudo entrar Andrew en la casa de tía Samara —apuntó Miriam sonriendo a su hermana.

—Lo reconoció como la alma gemela de Anabel —confirmó su madre recordando la primera vez que vio al hombre tan idéntico a Jonathan.

—Los escudos saben más que nosotras. Es fantástico que pueda distinguir a las personas buenas de las malas, pero que encima sepa quién es el alma gemela de cada una, eso ya es increíble —puntualizó Samara.

—¿Cómo es posible que puedan saberlo? —quiso saber Alicia, reticente aún con la idea de encontrar a su amor verdadero.

—No lo sé. Los escudos pueden pensar por sí solos cuando estamos en peligro y tienen los mismos poderes que sus elementales para protegerlos si hace falta. Supongo que vuestras almas gemelas tienen ese poder... —empezó a decir Olga.

—El poder está dormido dentro de ellos hasta que se ponen en contacto con nosotras —continuó Anabel asintiendo con la cabeza.

—¿Cómo sabes eso? —la interrogó Alicia horrorizada con la noticia.

—Andrew me contó su pasado en Escocia y lo que su hermano y él podían hacer cuando la adrenalina de la batalla les controlaba. Los llamaban los Gemelos de la Muerte. Eran muy temidos —narró su hermana.

—Es impresionante —murmuró Amanda maravillada.

El destino y la genética podían hacer verdadera magia en sus vidas y sus cuerpos.

Anabel la miró con cara de inocente. <<¿Dónde están?>>, pensó para que le llegara. Amanda puso los ojos en blanco dedicándole una sonrisa. **Igual que hace cinco minutos** —contestó.

\*\*\*

Los minutos pasaban con lentitud y Anabel estaba cada vez más nerviosa al no recibir noticias de su tío Aaron. ¿Dónde se habían metido? ¿Se había enredado tanto la misión que no podía salir de allí?

Olga intentaba tranquilizar a su hija con todo su poder, pero se estaba agotando su energía. **Dafne, sustitúyeme. Necesito recuperar fuerzas** —le dijo a su hija para que ocupara su lugar.

La chica se levantó de la silla del comedor y se sentó en el sitio que su madre había dejado vacío. La relevaría en su misión de tranquilizar a Anabel mientras recuperaba algo de energía.

Abrazó a su hermana y, de camino, le revisó las heridas de la espalda y el cuello. Ya no estaban. Ni siquiera tenía las cicatrices. Habían hecho un buen trabajo.

Anabel empezó a sentir el poder tranquilizador de su hermana entrando en su cuerpo como un tsunami, dejándola casi adormecida. Los ojos se le cerraban poco a poco, pero un sonido conocido la hizo abrirlos de golpe y mirar hacia su izquierda.

Con un suave puf, Aaron y los demás aparecieron en casa de Berenice.

Andrew buscó con su mirada celeste a Anabel y se acercó a ella en dos zancadas cuando la vio sentada en el sofá mirándolo.

La chica se levantó justo a tiempo para que el chico la agarrara de la cintura levantándola del suelo y besándola como si llevara un año sin verla.

—¡Ejem! —Carraspeó Amanda—. No comáis delante de los pobres, por favor —se abanicó con la mano al oír los pensamientos de la pareja.

Anabel sonrió sin dejar de besar al hombre. Lo había echado de menos. Nunca había añorado a nadie tanto como a él. Y había tenido tanto miedo de perderlo.

—Te quiero —le susurró entre besos.

—Y yo a ti —respondió Andrew abrazándola con más fuerza.

—¿Cómo ha ido todo? —quiso saber Maryah, la esposa de Aaron mientras le rodeaba la cintura con el brazo.

—Bien. Andrew ha descubierto su nuevo poder.

—¿Ah, sí? ¿Cuál es? —Anabel tenía curiosidad.

—Puede crear terremotos. Es digno de ver, aunque tendrás que practicar para controlarlo mejor —le aconsejó Aaron.

—Por supuesto. Cuando tú quieras empezamos —le dijo Andrew dejando a la chica en el suelo, pero sin dejar que se alejara de él.

—Dejaré que descanses durante unos días. La semana que viene empezamos. Será un descubrimiento para ambos porque no tengo idea de cómo va ese poder.

—Deberíamos dejarlos descansar. Tenemos mucho tiempo para ir conociéndonos —apuntó Olga dejándole un beso en la mejilla a su hija y acercándose a su marido para marcharse juntos.

—Mañana podríamos hacer una fiesta en la playa para celebrar que Héctor y Anabel han vuelto —propuso Berenice.

—¡Qué buena idea, hermana! Traeremos comida y bebidas —dijo Cirenia con alegría.

—Estupendo. Mañana nos veremos en la playa. Adiós —se despidió Olga cogiendo la mano de su marido y desapareciendo con un puf.

—Hasta mañana —contestaron los demás al unísono antes de que la casa se quedara vacía y en silencio.

Todos se habían ido, excepto Jonathan y Miriam.

—Voy a ver a Diablo. Podéis dormir en tu habitación —dijo Berenice mirando a su sobrina y caminando hacia el jardín trasero.

—Hermano, bienvenido a tu nueva casa y a tu nueva vida. Deberíamos ir a ver a Mágissa. Me ha llamado preocupada y ya no puedo retrasarlo más —le informó Jonathan dándole un abrazo.

—Gracias, Jon. Si quieres vamos mañana por la mañana antes de la fiesta. ¿Te ha dicho el porqué de su preocupación?

—No. Quiere decírnoslo en persona. Debe de ser importante para que insista tanto. ¿Nos vemos allí o vamos juntos?

—Juntos mejor.

—Vendremos sobre las nueve. Descansad —les deseó Jonathan a la pareja dejándoles un beso en la mejilla a ambos.

—Hasta mañana, hermana —se despidió Miriam—. Adiós, cuñado.

Andrew le dedicó una sonrisa y, en un abrir y cerrar de ojos, desaparecieron.

—¿Qué ha pasado con Javier? —quiso saber Anabel en cuanto se quedaron solos.

—Está muerto. Así hemos descubierto mi nuevo poder.

—¿Vamos a dormir?

—¿Dormir?

—Lo siento, es que estoy muy cansada y un poco dolorida.

—¿Te han curado? —Le inquirió levantándole la camisa para verle la espalda—. ¿Dónde están las cicatrices?

—Con la cura que me han hecho no quedan cicatrices, pero el cuerpo siente el dolor de la curación. Mañana estaré recuperada del todo.

—Esperaremos, entonces. Si te digo la verdad, yo también estoy cansado.

—Vamos a descansar. Mañana será otro día.

Anabel lo cogió de la mano y lo guio hasta las escaleras para llegar a la habitación. La chica cerró la puerta, se tumbó en la cama junto a él y lo abrazó apoyando la cabeza en su pecho. Ambos cerraron los ojos con una sonrisa dibujada en los labios y se quedaron dormidos al instante.

\*\*\*

Héctor entró en el despacho de su jefe y lo saludó con un apretón de manos y un abrazo amistoso.

—Me has tenido preocupado, muchacho. No tuve más remedio que avisar a tu familia.

—No te preocupes, jefe. Ya estamos de vuelta sanos y salvos.

—Me alegro mucho. ¿Qué tal la misión? ¿Qué ha pasado con Javier Vega? —le preguntó sentándose en el sofá negro de su despacho y ofreciéndole asiento al chico.

—Bueno, no era el único que tenía la misión de detenerlo, pero me han hecho un favor. Vega está muerto.

—¿Seguro?

—Segurísimo. Mañana a primera hora te mando el informe.

—No hay prisa, muchacho. Te voy a dejar unos días libres...

—No. Quiero ir a otra misión —lo interrumpió Héctor.

—Pero...

—Jefe, no tengo nada mejor que hacer. Si me quedo descansando me moriré de aburrimiento. Necesito acción y cuanto antes, mejor.

—Creo que es mejor que descanses un par de días, al menos para desconectar del secuestro vivido.

—Estoy bien. No necesito desconectar de nada porque ya está olvidado.

—No sé, muchacho. No me parece muy recomendable...

—No me importa, se lo aseguro. ¿Qué nueva misión hay?

—¿Estás seguro?

—Completamente.

—Hay una que podrías empezar mañana a primera hora. Volverías a la selva de Isla Mercurio.

—De acuerdo. ¿A quién tengo que detener?

—A un traficante de armas llamado Ezio Colonomos. Tiene tratos en el mercado negro y nadie



conoce su identidad. Nadie ha podido describirle y quien lo ha visto, está muerto. Tendrás que entrar en su banda y llegar hasta él.

—Eso está hecho.

—Aquí tienes el expediente. Échale un vistazo y tenme informado.

—Por supuesto, jefe.

—Héctor —lo llamó—. Sigo pensando que deberías descansar.

—Gracias por la preocupación, jefe. Pero estoy mejor que bien.

—Suerte.

El chico le dedicó una sonrisa con una pequeña reverencia con la cabeza y se marchó. Llegó a su casa, en la otra punta de la isla, dejó el expediente en la mesa del comedor y cogió el portátil para hacer el informe y mandarlo. Se preparó un chocolate caliente y empezó a teclear.

Cuando lo terminó se fue hasta la cama y comenzó a leer el expediente, pero no tardó mucho en quedarse dormido. Estaba agotado y mañana regresaría al trabajo.

## Capítulo 10

Jonathan y Miriam llegaron puntuales para recoger a Andrew y Anabel e ir todos juntos a visitar a Mágissa.

—¿Estáis listos? —les preguntó Miriam apareciendo en el salón de la casa, delante de ellos, con Jonathan agarrado a su mano.

—Sí. ¿Cómo vamos? —quiso saber Andrew levantándose.

—Nosotros os llevamos, así llegaremos más rápido y volveremos a tiempo para la fiesta —le contestó su hermano tendiéndole la mano.

—De acuerdo. No me quemarás, ¿verdad?

—No, tranquilo. He estado practicando.

Andrew cogió la mano de su hermano con un poco de reticencia y sin soltar a Anabel. La chica agarró la mano de su hermana cerrando el círculo y se evaporaron hasta la casa de Mágissa.

La pequeña cabaña situada en Isla Thalassa, el hogar de los elementales de agua, estaba situada encima de una pequeña colina donde al principio había un lago de aguas cristalinas.

Los hermanos se miraron recordando la primera vez que llegaron hasta ese lago y sonrieron. Ese día fue el comienzo de una nueva vida que aún no conocían. La bruja no les había contado mucho sobre su destino, pero en aquel momento, se sentían agradecidos de haber podido llegar hasta ese lugar inexplorado y extraño para ellos.

—¿Aquí aparecisteis? —inquirió Miriam abrazando a Jonathan.

—Sí. En ese lago. No sabes cuánto me alegro de que nos engullera hasta aquí —la abrazó pegándola un poco más a él y dejándole un beso en los labios.

—Vamos, voy a darle un abrazo de oso —lo apremió Andrew empezando a caminar hacia la cima de la colina.

Cuando llegaron a lo más alto, vieron un coche conocido y se miraron extrañados.

—No somos los únicos que hemos decidido venir a verla hoy —dijo Jonathan pasando por al lado del vehículo y acercándose a la puerta de madera.

Llamó con los nudillos y esperó a que respondieran.

—¿Quién es? —preguntó una voz masculina detrás de la puerta.

—Jonathan y Andrew —contestó el segundo reconociendo la voz.

La pieza de madera se abrió dejando ver a un chico rubio, con ojos celestes, espalda ancha, un poco más alto que las chicas y con una sonrisa de oreja a oreja en sus labios carnosos.

—Dichosos los ojos —los saludó el chico abrazando a los hermanos con efusividad y alegría —. Entrad.

—¿Llevas mucho tiempo aquí? —lo interrogó Jonathan dejando paso a Miriam.

—Diez minutos. ¿Y estas preciosidades quiénes son? —la mirada celeste del muchacho recorrió de arriba abajo a las chicas.

—Ella es Miriam, mi prometida, y ella es Anabel, su hermana —los presentó el inspector.

—Mi novia. Chicas, él es Robert, uno de nuestros hermanos —terminó Andrew agarrando la cintura de la joven y pegándola a él con posesión.

—Tranquilo, no voy a quitártela. No soy tan cruel. Encantado de conoceros.

—¿Dónde está Mágissa? —quiso saber Jonathan.

—En el jardín trasero. Está concentrada y muy preocupada.

—¿Qué ha ocurrido?

—Hace tiempo que no tiene noticias de nuestro hermano Derek.

—¿Cuánto tiempo?

—Nueve meses.

—¿Nueve meses? ¿Por qué no nos ha avisado antes? —preguntaron los gemelos al unísono.

—No quería preocuparos hasta no estar segura. Lo ha intentado todo, pero no consigue dar con él.

—¿A dónde dijo que iba la última vez que lo vio? —inquirió Jonathan.

—No lo sé. Que ella os lo diga cuando vuelva. Voy a avisarla. Se alegrará mucho de veros.

Robert les dedicó otra sonrisa enorme y salió por la puerta de la cocina para salir de la cabaña.

—No sabíamos que teníais más hermanos —dijo Miriam.

—Bueno, no son hermanos de sangre, pero como si lo fueran —respondió el inspector dejándole un beso en la frente.

—¿Y cuántos más sois? —quiso saber Anabel.

—Incluyendo a Robert, en total somos siete.

—Son los hijos de Mágissa, ¿no?

Andrew estaba a punto de contestarle cuando una mujer morena, joven, con ojos negros saltones y muy menuda, entró corriendo y abrazó a los gemelos con lágrimas en los ojos y una sonrisa en sus labios.

—Menos mal que habéis venido —los saludó la mujer.

—¿Qué ocurre con Derek, Mágissa? —la interrogó Jonathan sintiendo el temblor del cuerpo de la muchacha.

—No consigo encontrarlo. He hecho todos los hechizos que conozco para buscarlo y nada, no lo encuentro.

—Tranquila, Andrew y yo lo vamos a buscar. ¿A dónde te dijo que iba la última vez que lo viste?

—Me dijo algo de un secuestro. No lo entendí bien porque me llamó por teléfono, no vino a verme.

—Está bien, tranquila. No te preocupes. Nos encargaremos nosotros —la consoló abrazándola—. Mágissa, queremos presentarte a unas personas muy importantes para nosotros —ambos hermanos les tendieron las manos a las chicas y éstas la agarraron acercándose a ellos—. Ella es Miriam, mi prometida.

—Y ella es Anabel, mi novia —añadió su hermano.

La bruja se quedó con la boca abierta al verlas allí, frente a ella. El destino había comenzado a hacerse realidad y ahí estaban dos de ellas, en su casa. La muchacha se llevó las manos al pecho dejando salir las lágrimas que se agolpaban en sus ojos y volvió a abrazar a los chicos.

—Me alegro mucho por vosotros. Os dije que vuestro destino estaba escrito aquí y no en Escocia.

—Cierto —respondieron al unísono con una gran sonrisa embelesada en los labios mientras no apartaban su mirada de las hermanas.

Miriam se acercó a la mujer, le cogió las manos entre las suyas y le dejó un beso en las mejillas.

—Gracias por preocuparte de que la profecía se haga realidad —le agradeció mirando al inspector con una sonrisa enamorada.

—Lo mismo digo —apuntó Anabel abrazándola.

—No hay nada que agradecer. Ese era mi trabajo.

—Has hecho tu trabajo muy bien —la animó Miriam.

—Os agradezco que hayáis venido a verme. Ha sido complicado adaptar a estos dos hombretones del siglo XIII a nuestro siglo XXI, pero lo logré poco a poco y con mucha paciencia.

Las chicas y Robert rieron mientras los gemelos bufaban como si la muchacha estuviera exagerando.

—Sentaos, por favor —les dijo la bruja con amabilidad.

—No estaremos mucho tiempo más. Tenemos que irnos en unos minutos —respondió Jonathan mirando el reloj de su muñeca.

—Me habéis hecho la visita del médico, pero bueno, por esta vez os lo dejo pasar.

—Otro día vendremos con más tiempo. Lo prometemos —le aseguró Andrew llevándose una mano al corazón y levantando la otra.

—De acuerdo. Por favor, no os olvidéis de Derek. Estoy muy preocupada por él. Tengo muy mal presentimiento.

—Tranquilízate. Lo encontraremos —la consolaron los gemelos abrazándola y haciéndola desaparecer entre los dos—. Hasta otra.

Jonathan se acercó a Robert, lo abrazó y le susurró:

—Intenta que se relaje y que no acabe loca.

—Por supuesto, aunque un poco loca ya está.

Ambos se rieron, Andrew se despidió de él y los cuatro desaparecieron evaporándose delante de ellos.

Los ojos de Robert se abrieron de par en par al igual que su boca.

—Vaya, eso no me lo esperaba —puntualizó el chico sorprendido—. Así que, eso es lo que tanto tiempo has tenido callado —le acusó a la bruja.

—No podía decírselo o el destino cambiaría. Es más, no os lo he dicho a ninguno. Debéis encontrarlas por vosotros mismos, sin mi ayuda.

—Está bien, supongo que voy a seguir con la intriga. Te voy a preparar un té.

—Gracias.

\*\*\*

Jonathan, Miriam, Andrew y Anabel aparecieron en el salón de la casa de Berenice. Su tía estaba allí, medio escondida, en el trastero bajo la escalera buscando las mesas y las sillas para llevarlas a la playa para poder almorzar.

—Hola, parejas. ¿De dónde venís? —preguntó la mujer con la respiración entrecortada.

—De ver a nuestra hermana —contestó Andrew—. ¿Necesitas ayuda?

—Me vendría bien, la verdad —dijo la mujer antes de que un estruendo acabara llenando el silencio de la estancia—. ¡Hala! Ya me he quedado sin jarrón.

Los gemelos se acercaron al trastero y la ayudaron a sacar las mesas y sillas plegables. Entre los cinco lo llevaron hasta la playa, a unos pocos metros de la orilla.

Miriam regresó a la casa para coger unas sombrillas para quitar un poco de sol a sus cabezas, a esas horas el astro comenzaba a calentar demasiado y podrían llegar a coger una insolación.

Los gemelos clavaron las sombrillas en la arena y cuando terminaron, los demás miembros de

la familia comenzaron a llegar con enormes bolsas llenas de comidas y bebidas.

—¿Habéis invitado a toda la isla? —le inquirió Andrew a Maryah que sacaba en ese momento las bandejas llenas de filetes, croquetas, empanadillas, ensaladilla, patatas cocidas con alioli, albóndigas...; en fin, una carta entera de un restaurante.

—Te aseguro que no quedará nada cuando llegue la tarde. Mis hijos son unos comilones. Es mejor regalarles ropa que invitarles a comer, podrían arruinarte.

—Gracias por el consejo.

Aaron sacó las bebidas de las otras bolsas mientras Olga cortaba pan y Phil, su esposo, repartía los cubiertos, los platos y los vasos de plástico.

Se sentaron a la mesa cuando todo estuvo preparado y Aaron los observó a todos con los ojos entrecerrados.

—¿Dónde está Héctor? —preguntó en voz alta.

—Yo le llamé esta mañana y me dijo que vendría un poco más tarde. Iba a pasarse a ver a su jefe primero —le respondió su esposa repartiendo las empanadillas en los platos que le iban pasando.

—Podría haber dejado esa visita para otro día. Seguro que a su jefe no le importa después de lo que ha vivido todos estos días.

—Él ha querido ir hoy. Así se lo quita ya de encima. Además, quería entregarle el informe en persona y explicárselo bien.

—¿Le va a explicar el informe? —la interrogó su marido sorprendido y extrañado.

—Sí. Ya sabes lo perfeccionista que es.

—Sí, lo sé —pero no estaba muy convencido. Algo se le escapaba. Le daría un margen para que llegara, si no lo veía dentro de dos horas sentado a la mesa, iría a por él.

—No os lo comáis todo. Hay que dejarle a vuestro hermano —los regañó Maryah al verles la intención de volver a repetir.

\*\*\*

Las dos horas ya habían pasado y Héctor no apareció. Aaron buscó la mente de su hijo.

**Héctor, ¿dónde estás? ¿Por qué te siento tan lejos?** —le inquirió su padre.

<<Estoy en un avión camino de Isla Mercurio>>, contestó el muchacho leyendo el folleto del avión.

**¿Qué?! ¿Y se puede saber por qué y para qué?** —estaba furioso. ¿Por qué volvía a esa isla?

<<Tengo una nueva misión y, casualmente, es allí>>.

**¿Una misión? Diego me dijo que te daría unos días libres para desconectar.**

<<Lo iba a hacer, pero yo me he opuesto. No pasará nada. No te preocupes>>.

**¿Que no me preocupe? Hijo, acabamos de salvaros, no hace ni veinticuatro horas, y ya estás volviendo a la cueva del lobo. ¿Te has vuelto loco? Porque estoy empezando a sospechar que sí.**

<<Papá, por favor, no tengo humor para escuchar tu reprimenda. No quiero quedarme en mi casa, sentado y solo, porque no dejaría de pensar y eso es lo que no quiero hacer, pensar. Si algo va mal, te avisaré a ti el primero>>.

**Cabezota. Haz lo que quieras, lo vas a hacer diga lo que te diga. Y más te vale que hagas lo que has dicho o te prometo que yo mismo te buscaré y mataré, por no hacerme caso.**

<<Trato hecho. Nos vemos pronto, papá>>, se despidió Héctor antes de bloquear la mente.

Aaron regresó abriendo los ojos ante las atentas miradas de todos los presentes.

—¿Cuándo viene? —le preguntó su esposa.

—No va a venir. Ha cogido una nueva misión y está regresando a Isla Mercurio.

—¿Otra vez?! —inquirieron todos al unísono.

—Sí. No ha querido coger los días libres. Ceo que le está afectando un poco lo de las almas gemelas. Me ha dicho que no quería estar en su casa solo porque no dejaría de pensar. Me parece que cree que para él el tiempo se acaba.

—Si yo la he encontrado, él también puede hacerlo —le dijo Gabriel acercando a Celia a él para abrazarla.

—Es probable, aunque él no lo ve así.

—Estoy convencido de que Héctor la encontrará —apuntó Oliver intentando pensar positivamente, no obstante y por desgracia, a él también le empezaba a preocupar no llegar a encontrar a su alma gemela. Era como buscar una aguja en un pajar y el hecho de que la bruja no tuviera profecía para ellos, no era muy alentador.

—Yo también estoy convencido de ello, sin embargo, no es fácil hacerle entrar en razón. Es muy terco y cabezota y por mucho que le diga no me creerá hasta que no lo vea con sus propios ojos —puntualizó Aaron un poco abatido por el futuro incierto de sus hijos.

\*\*\*

La noche ya había caído cuando decidieron irse cada uno a su casa para descansar de todo ese día de fiesta que habían pasado en la playa.

Andrew y Anabel entraron en la habitación que ella ocupaba en la casa de su tía Berenice, y el hombre se tiró en la cama.

—Estoy agotado. No sabía que tu familia tiene tanta energía.

—Algunos más que otros, pero sí, hacen que te agotes.

La chica se quitó el vestido que había elegido para el día de playa y se acercó hasta la cama, ataviada solo con el bikini.

—¿Seguro que estás muy cansado? —le preguntó gateando por la cama para llegar hasta él y sentarse a horcajadas.

—Bueno, todavía me queda algo de energía —contestó incorporándose para abrazarla y desatarle la cuerda del sujetador del traje de baño.

—Podríamos dejarlo para otro momento, sin ningún problema.

—No. Voy a hacer un esfuerzo para complacerte.

—Qué considerado por tu parte.

—Lo sé, soy así de generoso. Tengo debilidad por las damas en apuros.

—Yo soy una dama y estoy en apuros —le dijo con un ronroneo mientras él le dejaba besos por el cuello y el pecho.

—Y yo soy todo un caballero. No puedo dejar a una dama en apuros sola a su suerte.

—Qué suerte tengo.

—Pero antes tengo que preguntarte una cosa.

—¿Qué cosa? —interrogó Anabel con un gemido cuando él mordió su pezón y después lo besó.

Con un movimiento rápido, Andrew la dejó debajo de él, apresándola entre el colchón y su cuerpo.

—¿Me harías el hombre más afortunado casándote conmigo?

La chica se quedó mirándolo petrificada. Estaba en shock.

—Ana —la llamó preocupado.

—¿Puedes repetirlo?

—¿Me harías el hombre más afortunado casándote conmigo?

—Había oído bien.

—¿Y cuál es la respuesta?

Anabel rodeó el cuello del hombre con sus brazos, lo acercó a ella y lo besó con posesión.

—¿Eso es un sí? —quiso saber Andrew entre beso y beso mientras ella le besaba cada rincón de su rostro.

—¡Por supuesto que sí! —le gritó la muchacha sonriendo y con una lágrima resbalando por su mejilla.

—Menos mal. Me habías asustado —le dijo enjugándole la lágrima con el pulgar.

—Te quiero. Te amo. Te adoro.

—Y yo a ti.

# **TIERRA SALVAJE**



## Capítulo 1

Héctor agarró el pomo de la puerta del despacho del jefe de los traficantes, Ezio Colonomos. Después de dos semanas infiltrado en su banda, por fin iba a conocerle personalmente. Lo iba a ver y podría ponerle cara al traficante de armas más buscado del mundo, por fin.

El chico giró el pomo y abrió la puerta despacio. Todo estaba oscuro. No entraba ninguna fuente de luz por ninguna ventana, ya que era de noche. Sin embargo, el hombre no se había molestado tampoco en encender ningún punto de luz.

Héctor hizo que sus ojos se adecuaran a la oscuridad y vio al jefe sentado en la silla de escritorio con unos papeles en las manos.

El traficante alargó la mano hasta una pequeña lamparita que descansaba sobre la mesa de escritorio y la encendió. La lámpara alumbró levemente la mesa, lo suficiente para que se vieran los papeles con claridad.

—Siéntate —le dijo al chico con un leve gesto de la mano alumbrada.

El muchacho se acercó memorizando el rostro del hombre. Cabello rubio con algunos mechones canosos, ojos grises y fríos como el hielo, piel bronceada y mandíbula cuadrada escondida bajo una barba de, posiblemente, una semana. Llegó hasta la silla tropezando con ella para que no se diera cuenta de que lo veía perfectamente, incluso sin luz, y se sentó.

—¿Qué tal estás? ¿Te has adaptado bien? —quiso saber el traficante.

—Bien, señor. La verdad es que mis compañeros me han acogido como uno más desde el primer día. No puedo quejarme de nada.

—Me alegro de oír eso. Te he hecho venir porque yo sí tengo algo por lo que quejarme. Me he enterado por una de mis fuentes que tengo un policía infiltrado en mi casa.

—¿Quiere que lo encuentre? —le preguntó Héctor sin expresar ninguna emoción en su rostro o en su mirada.

—No. Sé quién es. Lo que no me explico es cómo ha conseguido engañarme a mí o a mi capitán. Pero, bueno, vamos a solucionarlo en poco menos de un minuto. He hecho unas llamadas y he podido conseguir el expediente de ese poli. Lo cierto es que estoy impresionado por todo lo que ha hecho. Míralo por ti mismo —el jefe le ofreció la carpeta marrón que tenía en sus manos.

El muchacho cogió los papeles sin dudar y abrió la carpeta. Intentó que la sorpresa no se notara en sus ojos cuando vio su foto y su expediente delante de él.

La puerta del despacho se abrió dejando paso a cinco de sus compañeros durante las dos semanas anteriores, todos armados.

El chico dejó los papeles en la mesa y observó cómo los hombres a su espalda lo rodeaban.

—Supongo que estoy despedido —dijo Héctor levantándose.

—Supone bien, inspector jefe Alberdi. Lléváoslo.

Uno de los hombres armados se acercó a Héctor y lo agarró del brazo para llevarlo fuera del despacho mientras los otros cuatro lo apuntaban con las armas.

Los seis hombres salieron de la mansión y se alejaron unos metros para casi entrar en la selva que los rodeaba.

—Detente —le ordenó uno de los hombres armados—. Date la vuelta.

Héctor los miró a los ojos con una leve sonrisa en los labios.

—Apuntad —ordenó otro hombre preparándose con el arma en alto—. Disparad.

Todos apretaron los gatillos, pero no ocurrió nada. Miraron desconcertados el pequeño bloque de arena que impedía que el gatillo llegara hasta el final para dejar libre a la bala.

—¿Qué es esto? —inquirió uno de los hombres sin comprender cómo había llegado hasta ahí la tierra.

—Me temo que mi despido se va a posponer —apuntó Héctor desabrochándose los botones de la camisa y los pantalones.

—Me parece que no —el superior de los hombres armados sacó un cuchillo de su cinturón y se abalanzó sobre el chico.

El muchacho lo esquivó sin dificultad y sin dejar de observar a los cuatro que seguían intentando disparar. Héctor le quitó el cuchillo a su asaltante y se lo clavó en el muslo para inmovilizarlo durante una fracción de tiempo, el suficiente para convertirse en un ratón y adentrarse en la selva seguido de sus captores.

—¡Matadlo! —les gritó el hombre herido mientras sujetaba el arma afilada aún clavada en su pierna.

Los cuatro hombres armados corrieron por la selva disparando a diestro y siniestro. No veían al objetivo, pero no les importaba.

El pequeño ratón se escondió detrás de unos matorrales y cambió a su forma humana cuando uno de los tiradores lo pasó de largo. Salió del arbusto, se acercó en silencio al tirador y le rodeó el cuello con los brazos en una presa difícil de deshacer. Héctor apretó el agarre hasta que el cuerpo del hombre se quedó inmóvil. Lo dejó en el suelo de hojarasca y el ratón siguió su camino. El roedor llegó hasta la orilla del río, cambió a la forma felina de la pantera negra y se tiró al agua mansa del caudal. Estaba llegando a la orilla opuesta cuando sintió un pinchazo en la pata trasera y escuchó un disparo. La cabeza del depredador se giró para clavar sus ojos en el tirador que le apuntaba de nuevo con el rifle. La tierra bajo los pies del tirador se movió, reptando por las piernas y llegando hasta su cuello. Lo envolvió apretando cada vez más el agarre. El hombre dejó caer el arma para llevar sus manos hasta la tierra e intentar quitársela, pero no pudo. La arena estaba compacta, como un collarín. El hombre dejó de respirar y cayó al suelo, muerto.

El felino llegó a la orilla opuesta del río y corrió alejándose de sus perseguidores. La sangre brotaba de su pata izquierda trasera con intensidad, pero no quería quedar a merced de esos hombres. Corrió lo más rápido que pudo y se dirigió hacia la cabaña que había encontrado cerca de la casa de Andrew. A solo unos pocos metros de los árboles que sostenían la casa entre sus ramas, el leopardo negro cayó al suelo con la vista nublada y la respiración agitada.

\*\*\*

La chica terminó de poner la cama en su sitio y se dispuso a hacerla. Después de estar toda la semana trabajando para dejarla en condiciones y maravillárselas para subir los pocos muebles que cabían en la pequeña cabaña, por fin había terminado. A partir de ese momento solo quedaba descansar, pensar en su futuro y no estresarse por lo que pudiera salir mal. Se acercó a la mesa redonda, que haría las veces de encimera, para preparar la comida y escuchó varios estruendos a lo lejos. Dejó el cuchillo en la mesa y cerró todas las persianas de las ventanas para hacer la casa invisible a los ojos de los intrusos. Las persianas tenían hojas pintadas para camuflarlas entre los árboles en los que la cabaña descansaba. Siguió haciéndose la cena, aunque con los oídos bien abiertos, en alerta.

La chica se disponía a empezar a cenar cuando escuchó el gemido lastimero de un animal. Su instinto le decía que no saliera de la protección de la casa, pero su sentido del deber como veterinaria, la instaba a curar a aquel animal herido. ¿Qué debía hacer?

—Ni en la selva puedo desconectar —se dijo dejando los cubiertos en la mesa.

Se levantó de la silla, abrió la puerta con cuidado y bajó del árbol con rapidez y agilidad. El olor a sangre llegó a sus fosas nasales haciéndole erizar los vellos de la nuca. Siguió el rastro del olor y escuchó de nuevo un quejido cerca de ella. Venía de la parte de atrás de un arbusto cercano. La muchacha se acercó despacio y se asomó con cuidado. Sus ojos se abrieron como platos cuando vio a una pantera negra herida. El felino respiraba, aunque pausadamente.

La joven corrió hacia la casa, trepó el árbol lo más rápido que pudo y cogió una manta de la cama. Regresó con el felino y la puso encima de la manta para arrastrarla hasta la polea que había construido para subir los pocos muebles hasta la cabaña. Subió el árbol y tiró de la cuerda para ascender la plataforma de madera con el animal sobre ella. La agarró entre sus brazos y, con dificultad, la dejó encima de la cama. Cogió el botiquín de debajo de la cama y le echó un vistazo a la herida. Era una herida de bala y el proyectil aún estaba dentro de la pata.

—Voy a sacarte la bala y a curarte, por favor, no me ataques —le pidió al felino inconsciente.

La muchacha cogió unas pinzas y empezó a hurgar en la herida para sacar el proyectil. El felino gruñó de dolor, pero no se movió ni un milímetro. La chica sacó la bala y comenzó a limpiar la herida y, poco después, a coserla para que cicatrizara y no se desangrara. Guardó todo en el botiquín dejándolo de nuevo debajo de la cama, se lavó las manos en la palangana llena de agua y se sentó en el sofá de dos plazas color beige con un libro en sus manos. Se quedaría toda la noche en vela para vigilar al animal.

## Capítulo 2

La muchacha se despertó al escuchar el canto de un pájaro cerca de la ventana. Se levantó del sofá estirándose y miró hacia la cama. El felino seguía tumbado en ella, inconsciente. La joven abrió la puerta para que entrara un poco de aire fresco y el olor a humedad llegó hasta sus fosas nasales. Se acercaba una tormenta. Cogió dos cestas del suelo y salió de la cabaña cerrando detrás de ella. Bajó del árbol y siguió su camino para recoger leña y algunos frutos. Tenía provisiones suficientes hasta que pasase la tormenta, pero nunca estaba de más algunas frutas frescas para hacer batidos o comerlas directamente. Se alejó varios metros de la casa y vio algunas plantas y el suelo con restos de sangre de la pantera. Arrancó y recogió las manchadas y se las llevó para quemarlas en la chimenea o en la cocina. Si le habían disparado era posible que sus perseguidores continuaran con la búsqueda para rematarla. Continuó con la recogida de moras, fresas y frambuesas sin dejar de mirar a su alrededor, en alerta.

\*\*\*

La pantera negra con una mancha blanca entre sus orejas, abrió los ojos lentamente y miró a su alrededor. <<¿Dónde estoy?>>, pensó observando la estancia cuadrada de madera. Levantó la cabeza intentando recordar qué había pasado.

Héctor se dio cuenta de que seguía con la forma felina y cambió a su forma humana, amortiguando un grito de dolor con la mano en su boca. La pierna izquierda le dolía y tiraba. Bajó la mirada hacia la extremidad y se quedó desconcertado. La venda que antes le tapaba la herida se había caído dejándola al aire. La observó sentado al borde de la cama y la rozó con suavidad. Los puntos para cerrarla estaba maravillosamente bien hechos. Se levantó con cuidado y cojeó hasta una garrafa de agua que descansaba en el centro de una mesa de madera redonda con dos sillas a su alrededor. Cogió un vaso del interior del fregadero y lo llenó del líquido transparente para beberse de un solo trago y volver a llenarlo. Estaba sediento y tenía los labios agrietados. Observó que las ventanas estaban cerradas a cal y canto, y frunció el ceño. <<¿Me han capturado?>>, se preguntó dando un sorbo al agua y dejando el vaso en el fregadero. Se encaminó hacia una de las ventanas y la abrió. Pudo ver las hojas y las ramas de un árbol que le resultaba familiar. Cerró la persiana y se dirigió a la puerta de la pequeña casa. La abrió y volvió a sentir ese sentimiento de alerta que presintió al ver la cabaña abandonada cerca de la casa de Andrew. Miró a su alrededor agarrado a la barandilla de madera y se dio cuenta de dónde está. <<Así que, ya no está abandonada>>, pensó intentando recordar cómo había llegado hasta allí. <<¿Quién vivirá aquí?>>, quiso saber. Regresó al interior para buscar alguna pista, se acercó a un arcón a los pies de la cama y, estaba a punto de abrirlo, cuando escuchó un gruñido en la puerta. Miró de reojo hacia el hueco y vio a un jaguar blanco. El hombre le dedicó una sonrisa y el felino se acercó a él restregando su hocico por el brazo del humano.

—Hola, Satán. ¿Qué haces aquí? —El felino ronroneó y Héctor le acarició la cabeza—. Yo también me alegro de verte. Supongo que no sabrás quién vive aquí, ¿verdad? —El jaguar se tumbó en el suelo, al lado del hombre, y cerró los ojos mientras seguía ronroneando y disfrutaba de la caricia—. Lo tomaré como un no.

El hombre miró el arcón, le quitó el candado sin cerrar y levantó la tapa. Había mucha ropa,

ropa femenina para ser más exactos, y varios libros de veterinaria y algunos de novelas románticas.

—Bueno, al menos sé que no será ninguno de los zopencos, esbirros de Ezio. No tienen pinta ni de saber leer —le dijo al jaguar con una leve sonrisa. Cerró el arcón y miró a Satán—. ¿Tienes sed? —El felino se levantó de un salto—. Sígueme.

El hombre se incorporó con una mueca de dolor y cojeó hasta la garrafa y el fregadero. Llenó un cuenco con agua y lo dejó en el suelo para que el animal bebiera.

Satán estaba bebiendo con energía cuando el hombre escuchó que alguien trepaba por el árbol. Dejó la garrafa con cuidado en el centro de la mesa y se escondió detrás de la puerta abierta, ordenándole al jaguar que se quedara dónde estaba.

Héctor escuchó el repicar de una polea y continuó esperando. Unos pasos se acercaban a la entrada y cruzaba el umbral quedándose parada al ver la cama vacía.

—¿Pero qué...? —empezó a preguntar la chica pelirroja con el desconcierto reflejado en su rostro.

Sin previo aviso, el hombre salió de su escondite y le apresó el cuello entre sus brazos.

—¿Quién eres? —le inquirió el chico en un susurro, cerca del oído.

Un escalofrío recorrió el cuerpo de ella al sentir el aliento del intruso.

—Me... me llamo Megan Sands —la voz de la chica reflejaba su miedo.

—¿Por qué estoy aquí?

—No... no lo sé. Yo vivo aquí. ¿Dónde está la pantera herida?

—¿La curaste tú?

—Sí. Soy... soy veterinaria.

—¿Sabes que es un animal salvaje? Podría matarte en segundos.

—Lo sé, pero intento no mostrar miedo ante los animales salvajes. Hasta ahora me ha resultado bien y no me han atacado.

—¿Para quién trabajas?

—Para nadie. Soy autónoma.

El olor a moras de la chica se le metió en las fosas nasales dejándolo aturdido durante unos segundos. La tensión que sintió al ver la casa abandonada volvió a él como un tsunami, dejándolo petrificado. Dejó de hacer fuerza en el cuello de la chica y la soltó.

La muchacha tosió y se dio la vuelta sacando una navaja del bolsillo del pantalón y apuntando al hombre desnudo que la había atacado.

—¿Quién eres y qué quieres de mí? —le inquirió la chica sin apartar su mirada de los ojos de él.

Un gruñido atrajo la atención de ella hacia la mesa. Un jaguar se preparaba para saltar sobre ella. Los ojos celestes de la muchacha se abrieron de par en par y se aferró a la navaja con más fuerza.

—Tranquilo, Satán. Está todo bien —le dijo el hombre con una voz suave y sensual.

—¿Quién coño eres y cómo has descubierto mi casa? —quiso saber la joven asombrada por la conducta del felino ante la voz del humano.

—Me llamo Héctor Alberdi, inspector jefe de operaciones especiales de la comisaría seis de Isla Kaia —contestó de carrerilla. Había pensado en mentirle, pero su boca había ido por su cuenta.

—¿Y qué haces aquí?

—Trabajar, hasta que me hirieron —señaló la herida de la pantorrilla.

La mirada de Megan se desvió hasta donde él le señalaba y se quedó sorprendida al ver los puntos que ella misma le había hecho a la pantera.

—¿Cómo...?

—Yo soy la pantera a la que has curado. Gracias, por cierto.

—No es posible.

—Sí es posible, te lo aseguro.

—Pero no puede ser...

—Veo que no estás muy convencida —ante la falta de respuesta de la muchacha, Héctor cambió de forma delante de ella y regresó a ser humano—. Puede ser —contestó con una mueca de dolor.

La boca de la chica estaba abierta de par en par, incapaz de procesar lo que acababa de ver. La mano que sostenía la navaja comenzó a descender hasta que la guardó de nuevo en el bolsillo de su pantalón vaquero corto.

—¿Y el jaguar? —preguntó ella.

—Es un amigo.

—¿Cómo has...? No, déjalo. No quiero saberlo. He traído unas frutas y leña para pasar la tormenta.

—¿Tormenta?

—Sí. Se aproxima una. Llegará esta noche —ya no sabía dónde mirar para no ver al hombre desnudo delante de ella.

—¿Qué te pasa? ¿Por qué evitas mirarme?

—Estás... estás desnudo.

Héctor se miró y sonrió al ver las mejillas sonrojadas de la joven.

—Me gustaría vestirme, pero no tengo ropa y tampoco creo que tú tengas algo de mi talla.

—Pues, no —la chica le dio la espalda para coger la sábana de la cama y se la ofreció—. Póntela.

El chico cojeó hasta ella, cogió la sábana rozando la mano de ella y se la enrolló como una toalla.

—Ya está. Es posible que en la cabaña que hay al norte haya algo de ropa, o eso espero. Volveré en menos de un minuto.

Dejó caer la sábana y cambió a la forma de la pantera gruñendo de dolor al sentir cómo la herida le tiraba.

—No creo que sea bueno que hagas eso —le aconsejó la chica.

El felino dio un paso y levantó la pata herida con otro gruñido de dolor.

La chica se quedó en el hueco de la puerta impidiendo que el animal saliera del pequeño edificio.

—Cambia de nuevo. Podría dejarte secuelas si vuelves a cambiar a la pantera. Iré yo a la cabaña. ¿Dónde está?

Héctor regresó a su forma humana con un grito de dolor. Se quedó sentado en el suelo de madera sujetándose la pierna que comenzaba a sangrar cuando uno de los puntos se soltó.

—No te lo toques. Te lo curaré cuando regrese. ¿Dónde está esa cabaña? —le inquirió la muchacha.

—Satán te llevará hasta allí. Él conoce el camino. Megan —la llamó antes de que se marchara—, ten cuidado. Intenta que nadie te vea o te siga.

—No creo que nadie se atreva a salir de su refugio con la tormenta encima de sus cabezas.

—Por si acaso.

—Está bien, tendré cuidado. Dile a tu felino que no aproveche la ocasión para matarme.

—Tranquila, no lo hará.

—No tardaré.

La chica se dio la vuelta, bajó del árbol y siguió a Satán por el interior de la selva.

\*\*\*

Megan siguió al jaguar blanco que corría por el interior de la selva en dirección a la cabaña que Héctor le había dicho.

El felino seguía una velocidad bastante rápida. La chica intentaba seguir su ritmo, aunque con un poco de dificultad, por la hojarasca del suelo y los árboles podridos que intercedían en su carrera.

Diez minutos después de empezar el recorrido, el jaguar disminuyó el ritmo y entró en una edificación de una sola planta y agujereada por cada pared. La chica se paró en la puerta casi inexistente y observó el interior. Los muebles también estaban agujereados por todas partes.

El felino se asomó por el hueco de la puerta de la habitación de matrimonio y le hizo una señal a la joven con la cabeza para que se acercara.

Megan se encaminó hacia allí y vio una cómoda debajo de la ventana. Pisó los cristales rotos, esparcidos por el suelo, y abrió uno de los cajones. Había una camiseta de mangas cortas verde, miró en el siguiente cajón y cogió el pantalón vaquero.

—No hay mucha variedad —miró al jaguar—. Regresemos.

El felino dio media vuelta y comenzó el camino de vuelta a la casa del árbol.

\*\*\*

Héctor cojeó hasta la cama y se sentó en el borde. No quería manchar las sábanas con la sangre. Se puso la sábana por encima de la entrepierna para taparse y que la chica no se sonrojara, aunque, pensándolo bien, sonrojada estaba preciosa. Miró hacia el hueco de la puerta abierta, intranquilo. Debería haber ido él a la cabaña de Andrew, pero la maldita herida le dolía horrores cada vez que cambiaba de forma. Sentía cómo el hueso se le resistía en cambiar y eso no era bueno. Podría quedarse cojo para siempre. Apoyó la espalda en el colchón sintiendo punzadas en la herida.

Escuchó los pasos de la chica cuando entró en la casa con Satán delante y se incorporó para mirarla.

—Solo había una camiseta y un pantalón —le dijo ella acercándose a él y ofreciéndole la ropa.

—Me vale. Gracias.

La muchacha se arrodilló delante de él y le hizo un gesto con las manos para que abriera las piernas.

Héctor obedeció, pero estaba desconcertado. ¿Qué iba a hacer?

La chica se agachó para mirar debajo de la cama, alargó el brazo y sacó un maletín con una cruz blanca en la tapa.

<<Cielo santo, por un momento me he asustado>>, pensó el chico dejando salir el aire que había estado conteniendo a la espera de lo que ella iba a hacer.

—Te curaré la herida antes de que te vistas —le propuso ella sacando algodón, alcohol, aguja e hilo—. No tengo anestesia.

—No importa. Lo soportaré.

Megan limpió la sangre que empapaba la pierna con cuidado, cogió la aguja con el hilo, lo miró para que le confirmara que estaba preparado y comenzó a coserlo cuando él le asintió cogiendo aire.

La aguja traspasó la piel del hombre mientras le cosía la pierna para que la sangre no brotara de ella.

La muchacha solo había tardado cinco minutos en coserla, pero a él le pareció una eternidad. Megan lo recogió todo dejando el botiquín de nuevo debajo de la cama.

—Como ya te he dicho antes, procura no cambiar de forma. Podría hacerte más daño de lo debido —le aconsejó ella tirando el algodón con la sangre a la chimenea encendida, al igual que las hojas que había encontrado en su paseo.

—¿Tienes más sábanas? —le preguntó él ataviándose con el pantalón.

—Sí. ¿Por qué?

—Porque la voy a necesitar para dormir en el sofá.

—Vas a dormir en la cama, yo dormiré en el sofá.

—No puedo dejar que hagas eso. Es tu casa. He irrumpido en ella, por lo que me toca dormir en el sofá.

—Pero tú estás herido y yo no. Dormirás en la cama te pongas como te pongas.

Héctor hizo el amago de levantarse para dirigirse al sofá, sin embargo, ella fue más rápida. Se dejó caer en el asiento y lo miró dedicándole una sonrisa de victoria.

—Eres terca —le dijo él sin apartar la mirada de sus ojos celestes.

—Mucho. Descansa, yo vigilaré el fuego.

El chico se tumbó en la cama bocarriba y cerró los ojos. Sintió que Satán se tumbaba a su lado, respiró hondo y cayó dormido en menos de un minuto.

Megan escuchó el ronquido y miró hacia el hombre con una sonrisa. Debía de estar exhausto. Se levantó, atizó el fuego y cogió un libro del arcón. Haría unas horas de guardia y después se dormiría.



## Capítulo 3

El viento azotó las copas de los árboles donde descansaba la pequeña cabaña minutos antes de que llegara la lluvia.

Megan se había quedado dormida en el sofá mientras leía un libro de veterinaria y el fuego se había casi extinguido.

Los ojos de Satán se abrieron de golpe y se incorporó en la cama con las orejas hacia atrás y mirando fijamente la puerta. Ésta se abrió unos segundos después con una ráfaga de viento despertando con un sobresalto a la chica y a Héctor.

La muchacha se levantó del sofá y se acercó al hueco de la puerta abierta para cerrarla, pero el viento soplaba con fuerza y la lluvia tampoco ayudaba.

—¿Necesitas ayuda? —le preguntó el chico sentándose en la cama dispuesto a levantarse para echarle una mano.

—No te preocupes. Solo necesito un minuto —contestó ella haciendo fuerza para cerrar la puerta antes de que la lluvia empapara todo el interior de la casa.

Ya casi estaba cerrada cuando vio que un reguero de tierra se acercaba a ella, reptando como una serpiente, por las tablas del suelo. La chica soltó la puerta y se alejó de la tierra mojada que, poco a poco, se adentraba en la edificación.

—¿Qué te ocurre? —quiso saber Héctor al verle el rostro más blanco de lo que ya era.

Megan no podía hablar, así que señaló al suelo. Nunca había visto ese comportamiento en la tierra. Es más, nunca había visto que la tierra se moviera.

El hombre miró hacia donde le señalaba y abrió los ojos de par en par. Él sí había visto que la tierra se moviera, pero nunca por voluntad propia.

De repente, Satán empezó a gruñir y unas ramas de árboles entraron por la puerta directos hacia la chica inmóvil. Se había quedado con la espalda apoyada en la pared y ya no tenía escapatoria.

Las ramas rodearon su cuerpo apresándola entre ellas y la tierra reptó por sus piernas, su vientre, sus brazos y, por último, su cabeza, como si la estuviera enterrando viva.

Héctor intentó controlar la tierra, pero ésta no le hacía caso. Tenía voluntad propia.

Una de las ramas se alejó de la chica y se dirigió hacia el hombre. Lo agarró por el torso y lo acercó hasta la muchacha. La tierra dejó espacio al chico para que tocara y sintiera la piel de ella mientras ésta lo miraba con el miedo reflejado en sus ojos celestes.

—¿Qué está pasando? —le inquirió la muchacha sin poder evitar el contacto del cuerpo masculino.

—No estoy del todo seguro —le dijo él intentando pensar.

<<Debería haberle preguntado a Andrew lo que ocurrió cuando supo que era el alma gemela de Anabel>>.

No había pasado ni un minuto cuando la tierra y las ramas se alejaron por donde habían venido, dejándolos en el suelo con suavidad.

Megan empezó a respirar agitadamente y gritó de dolor quedándose a cuatro patas en el suelo.

—¿Y ahora qué? —preguntó ella con los dientes apretados con fuerza.

—No creo que me creas si te lo digo. Casi no me lo creo ni yo —respondió él desconcertado, pero también emocionado.

Otro grito salió de la garganta de la chica, aunque más bien fue un gruñido. El hocico se le alargó, las manos se convirtieron en zarpas y el pelaje cobrizo y negro de un leopardo la cubrió rasgando sus ropas.

—Vale, te aseguro que esto no me lo esperaba —le aseguró él a la hembra de leopardo que se encontraba delante de él, mirándole con sus ojos celestes y enseñándole los dientes.

—Tranquila. No soy tu enemigo —la intentó calmar. El felino desvió su mirada hacia Satán que seguía de pie en la cama—. Él tampoco es tu enemigo —Héctor se interpuso entre los dos felinos y levantó las manos lentamente para enmarcar el rostro del leopardo—. Megan, relájate. Piensa en tu forma humana y volverás a ser tú.

El animal parpadeó dos veces, cerró los ojos y, poco a poco, el rostro de la chica apareció entre las manos del hombre.

—¿Qué...? —empezó a preguntar la chica.

—¿Te ha pasado? —la muchacha le asintió—. Creo que ahora eres un elemental de tierra.

—¿Un qué?

La mirada del chico se desvió hacia el cuerpo desnudo de la muchacha con una sonrisa dibujada en sus labios.

—¿Por qué sonrías? —le inquirió ella.

—Será mejor que primero te vistas.

Megan bajó la mirada y se tapó los senos con los brazos y, la entrepierna, cerrando las piernas.

—¿Dónde está mi ropa? —quiso saber con las mejillas sonrojadas.

—Rota —Héctor le señaló los jirones de tela en el suelo.

—¡No mires! —le gritó—. Cierra los ojos hasta que me vista.

—Relájate. Ya estamos empatados. Tú me has visto desnudo y yo a ti.

—Qué gracioso. ¡Cierra los ojos!

—Está bien —el hombre cerró los ojos y sintió cuando ella se levantó y corrió hacia el arcón para coger ropa.

—Ya está. Ahora explícame eso de que soy... ¿un qué?

—¿Me puedes ayudar a levantarme y llegar a la cama?

Megan resopló, se acercó a él y dejó que se sujetara a ella para levantarse y cojear hasta la cama. Ambos se sentaron y Satán se tumbó detrás de ellos.

—Creo que eres un elemental de tierra, como yo.

—¿Eso qué es?

—Los elementales controlamos los elementos. Somos siete y cada uno tiene un elemento, excepto el último que los tiene todos para transmitirlos a la siguiente generación. El primero es el fuego. Puede controlarlo y crearlo. El segundo, un servidor, es la tierra. Puedo crearla, controlarla y convertirme en cualquier animal terrestre que desee y, al parecer, ahora tú también.

—Pero ¿cómo puedo ser yo eso?

—Esta parte va a ser la más difícil. Cuando un elemental nace, una bruja ve su futuro y hace una profecía. Mis primas, mis hermanos y yo nacimos el mismo día y el mismo año. Septillizas y septillizos para sorpresa de mis tíos y mis padres. La bruja asignada para ver nuestro futuro hizo una profecía, pero solo de mis primas y de mi hermano pequeño. El futuro de los demás era confuso y borroso. No podía ver nada en claro. Y eso no es un buen augurio.

—¿Por qué?

—Si la bruja no ve el futuro de un elemental es porque ese elemental no vivirá para tener un futuro —la boca de la chica se abrió asombrada—. Sin embargo, hace unas semanas descubrí que mi hermano Gabriel, elemental de fuego, había encontrado a su alma gemela, por lo que su futuro ya estaba escrito sin que la bruja lo hubiera visto.

—¿Y cómo no lo había visto?

—Porque era el mismo futuro que el de mi prima Miriam, elemental de fuego también.

—No sé a dónde quieres llegar con esto.

—Hace unas tres semanas, más o menos, mi prima Anabel encontró a su alma gemela, Andrew, ambos son elementales de tierra. Después de que mi familia nos ayudara a volver a casa, yo decidí volver al trabajo porque no quería quedarme en mi casa solo. Acepté una misión y volví a la isla. Estaba dispuesto a que mi futuro incierto se llevara a cabo, pero en el último momento, pensé en mis padres, mis hermanos, mis tías, mis primas; y no dejé que me fusilaran. Escapé de ellos, aunque me siguieron y mi hirieron. Ahora creo que fue el destino el que me trajo hasta aquí, para encontrarte.

—¿A mí?

—Sí. Tú eres mi futuro, mi alma gemela.

—¿Cómo sabes eso?

—¿Alguna vez has visto que la tierra se moviera sola, a su voluntad? ¿O ramas de árboles que se alargaran y te rodearan?

—No.

—¿Alguna vez te has convertido en un leopardo?

—No.

—Ahí tienes la respuesta. Tienes mis poderes, como dice la profecía de la bruja.

—Estoy flipando —la chica se levantó para caminar nerviosa de una pared a otra.

—Tranquila, iremos despacio para que le vayas cogiendo el truco a los poderes.

—¿Y si estás equivocado? ¿Y si no soy tu alma gemela?

—No creo que esté equivocado, pero si lo estoy, tarde o temprano, moriré —parecía resignado a que aquello pasara de un momento a otro.

—Será... será mejor que descansemos. Seguro que por la mañana lo veo todo más claro.

—Puedes dormir en la cama si quieres, no me importa...

—No vamos a discutir por eso otra vez —le dijo Megan dirigiéndose al sofá.

—Sigues siendo muy terca. Me parece que me vas a dar muchos dolores de cabeza.

—Y tú sigues siendo muy gracioso. Duérmete.

\*\*\*

Aaron estaba dormido en su cama junto a su esposa y se despertó sobresaltado al sentir un gran dolor en la pantorrilla izquierda. Se llevó la mano a la pierna con una mueca dolorosa e intentó concentrarse para saber de quién era esa aflicción que le cortaba la respiración. Su mente viajó como si se tratara de un pájaro y llegó hasta la Isla Mercurio.

<<Héctor>>, pensó para no despertar a su esposa. Buscó la mente de su hijo. Estaba dormido, pero no le importó. Lo despertó y le preguntó:

**Héctor, ¿dónde estás? ¿Qué te ha pasado?**

<<Hola, papá. Sigo en la selva y no me ha pasado nada. ¿Por qué me lo preguntas?, pensó el joven aún adormilado.

**¿Por casualidad, te han herido en la pantorrilla izquierda?** —El desconcierto en la mente de su hijo le dio la respuesta—. **Me prometiste que me llamarías si la cosa se ponía mal** —le regañó.

<<Tranquilízate, papá. Sí, me han herido en la pierna, pero ya me la han curado>>.

**¿Quién?**

<<Una veterinaria. Estaba con la forma de pantera cuando me encontró. No tienes de qué preocuparte. Estoy en buenas manos>>.

**Una veterinaria. Hay algo que no me estás contando.**

<<Es posible que... ¿Te han contado Anabel y Andrew lo que pasó cuando se dieron cuenta de que eran almas gemelas?>>

**No exactamente. Lo he visto en sus recuerdos. ¿Por qué?**

<<Papá, ¿has estado fisgando sin su consentimiento?>>.

**No me riñas, soy tu padre. Soy yo el que te riñe a ti. ¿Por qué me has preguntado eso?**

<<Porque no lo sé y quiero saberlo>>.

**Pues, según he visto, la tierra envolvió a Andrew y a tu prima. Él se convirtió en leopardo reclamándola como suya cuando olió a los demás machos que había a su alrededor. Y, ahora dime, ¿qué ocurre?**

<<Es posible que haya encontrado a mi alma gemela>>, pensó Héctor con una sonrisa en los labios.

**Hijo, ¿de verdad? No sabes cómo me alegro de escuchar eso** —le dijo su padre aliviado con esa noticia. El futuro de dos de sus hijos ya estaba escrito.

<<Yo también, papá. No se lo digas aún a nadie. Quiero presentarlos como es debido>>.

**Está bien. Llámame si las cosas no van como esperas.**

<<Lo haré>>.

\*\*\*

Héctor volvió a dormirse después de hablar con su padre, pero se despertó de un salto cuando sintió que alguien le pisaba la herida. Abrió los ojos de golpe con un grito de dolor.

Megan dio un brinco en el sofá dejando caer de sus manos el libro que estaba leyendo y miró hacia la cama asustada.

—Satán, baja —le ordenó el hombre con los dientes apretados.

El felino bajó de la cama de un salto y se tumbó al lado del bebedero improvisado que estaba cerca de la mesa redonda del comedor.

La chica recogió el libro dejándolo en el asiento libre del sofá, se levantó y se acercó al chico.

—Déjame verla —le dijo levantándole la pata del pantalón y echándole un vistazo a los puntos—. No ha soltado ningún punto —le informó vendádosela otra vez—. ¿Tienes hambre?

—Siempre tengo hambre. ¿Hace mucho que te has despertado?

—Hará una media hora —la muchacha se acercó a un pequeño frigorífico debajo de la poca encimera que podía tener la cocina.

—¿Hay electricidad en esta chabola? —preguntó sorprendido cuando descubrió la nevera.

—Hay un generador. Solo para el frigorífico y la pequeña cocina de inducción con dos fuegos que tengo aquí, en esta esquina —contestó ella señalando al rincón izquierdo de la encimera.

—No sabía que había un generador. Hace dos semanas no lo vi.

—Porque no estaba. Lo traje yo y me lo puso un amigo.

Un bajo gruñido salió de la garganta de Héctor. Los celos y el instinto primitivo de los animales en reclamar a su hembra empezaban a salir a la luz.

—¿Qué estabas leyendo? —le inquirió él cambiando de tema.

—Estaba estudiando. Los médicos, ya sean de personas o de animales, nunca dejamos de estudiar. Cada año o, incluso cada día, hay más avances en la ciencia, así que tenemos que estar actualizados constantemente.

—¿Cómo decidiste ser veterinaria?

—Por mi padre. Era veterinario, entrenador de perros policías y, muchas veces, se traía a casa a todo animal que se encontraba abandonado en la calle. Yo le ayudaba a cuidarlos y me animó a ser como él. ¿Y tú, qué trabajo estabas haciendo en la isla?

—No puedo contarte eso.

—¿Por qué?

—Porque es confidencial.

—Confidencial. Entonces, estabas deteniendo a alguien importante.

—Más o menos. La detención va a tener que esperar a que me cure.

—Pues, para cuando puedas, es posible que tu futuro detenido ya no esté en la isla.

—Sí estará. ¿Tus padres no están preocupados de que vivas sola en la selva?

—No. Murieron hace dos meses en un accidente de coche.

—Lo siento. ¿Qué les pasó?

—Un borracho se estrelló contra ellos cuando volvían a casa.

—¿Qué vas a hacer de desayunar? —nuevamente cambió de tema. La tristeza comenzaba a reflejarse en su rostro y no le gustaba verla así.

—Tortilla, tostada y zumo. ¿Te parece bien o quieres algo más?

—Me parece bien. Me moderaré para no acabar con las provisiones en un día.

—Si comes tanto, ¿dónde lo echas? —le preguntó echando los huevos batidos en la sartén.

—Todo músculo, nena. Este cuerpo no se puede mantener con unas pocas comidas al día. La comida deber ser consistente.

—Además de matarte en el gimnasio, claro —añadió ella con una sonrisa en los labios.

—No me mato en el gimnasio. Por mi trabajo tengo que ir para estar en forma, pero mi genética también ayuda. Los elementales de tierra tenemos esa ventaja.

—Qué suerte —sacó la tortilla en un plato y se la iba a acercar a la cama cuando él la paró.

—No. Comeré en la mesa contigo. Tampoco puedo quedarme siempre en la cama. Necesito movimiento.

—Vale, pero no te excedas con el movimiento. ¿Te ayudo? —dejó el plato encima de la mesa.

—No te preocupes, puedo solo —se levantó de la cama y cojeó hasta la silla para sentarse delante del plato—. Mm, huele bien.

—¿Qué come tu mascota?

—Él se lo busca solito en la selva. Cuando quiera comer se irá. Tendrás que abrirle la puerta.

—Por supuesto, porque él no se convertirá en un hombre, ¿no?

—No. Él es un jaguar cien por cien real.

—¿Te puedo hacer una pregunta?

—Claro. ¿Qué quieres saber?

—Según tú, yo soy tu alma gemela y, como tal, tengo tus poderes —Héctor le asintió con la boca llena de tortilla—. Si es así, ¿cuándo piensas hacer que practique esos poderes?

—Cuando tú quieras. No te lo he dicho porque creí que debías asumir y procesar todo lo que

te he contado.

—Bueno, pues ya lo he procesado. Quiero saber utilizar esos poderes y, seguramente así, asumiré mejor que soy tu alma gemela.

—Me parece bien. Podemos empezar con lo básico cuando terminemos el desayuno.

—De acuerdo. ¿Quieres más tostadas? —le inquirió dejándole un plato lleno delante de sus ojos.

—No, gracias. Con estas tenemos para los dos.

Megan se sentó enfrente del chico con una tortilla y comenzó a comer.

\*\*\*

La muchacha abrió la puerta para que Satán pudiera salir a buscar su desayuno aprovechando que la lluvia había disminuido su intensidad.

El felino salió de la cabaña corriendo y saltando de rama en rama dejando a la pareja a solas. Parecía contento de poder pasear por la selva.

Héctor cojeó hasta el sofá y se dejó caer como si llegara de correr una maratón.

La chica cerró la puerta y se sentó al lado del hombre.

—¿Qué me vas a enseñar? —le preguntó ella observando su perfil perfecto.

—¿Te parece bien esto? —le contestó él extendiendo la mano, llenándola de tierra que había salido de su extremidad y la convirtió en un jaguar en miniatura.

La boca de la muchacha se abrió sorprendida, pero también maravillada de que él pudiera hacer eso.

—Eso me vale —respondió como si nada. No quería que viera su emoción.

El hombre le dedicó una sonrisa haciendo desaparecer al felino y la miró.

—Muy bien. Extiende la mano con la palma hacia arriba, piensa en que te gustaría tener tierra en tu mano y, por último, dale la forma que quieras —Megan obedeció y, poco a poco, la tierra se fue creando encima de su mano ante la atenta mirada de ambos.

—Madre mía. Lo puedo hacer.

—Sí. Ya te lo dije. Casi nunca me equivoco.

—De acuerdo, te creo —la chica observó la tierra en su mano y pensó en la forma de un jarrón con muchas margaritas. La arena se movió y cogió esa forma sin mucho esfuerzo—. Esto es fascinante. ¿Qué más podemos hacer?

—Hay dos cosas más importantes, pero no puedo enseñártelas porque con la herida no puedo hacerlo para que lo veas. Bueno, lo de cambiar a forma animal sí podría decirte cómo.

—Eso me gusta. ¿Qué hago? —le inquirió con emoción, dispuesta a obedecer para poder volver a convertirse en un animal.

—Primero piensa en el animal en que te quieres convertir. Cierra los ojos si te es más fácil. Concéntrate en él. Ahora piensa que tú eres ese animal y deja que tu cuerpo coja el control —el cuerpo de la muchacha empezó a temblar—. Será mejor que te quites la ropa o la vas a romper en el cambio —la chica abrió un ojo para mirarlo con cara de pocos amigos—. No me mires así. Recuerda lo que pasó anoche —le dijo él levantando las manos en señal de defensa.

Megan recordó lo que le había pasado a su ropa y asintió a regañadientes. No tenía ropa suficiente para romperla cada vez que se transformara.

—Cierra los ojos —le ordenó la muchacha llevándose las manos a los botones de la blusa celeste.

—¿En serio? Megan, tarde o temprano te voy a ver desnuda.

—Pero hasta que llegue ese día vas a cerrar los ojos.

—Como quieras —Héctor claudicó.

El chico sintió el movimiento de la chica mientras se desvestía. La muchacha se dio la vuelta para dejar la ropa bien doblada en el brazo del sofá, el chico abrió un ojo y vio la parte trasera del cuerpo de ella. Su piel blanca estaba tersa, su trasero estaba redondeado y en su sitio correcto. Las piernas las tenía estilizadas y bien definidas. Megan se volvió de nuevo y él cerró el ojo rápidamente.

—No mires —le apuntó la muchacha tapándose con los brazos los pechos y la entrepierna, inconscientemente.

Pensó en el animal en el que quería convertirse y dejó que su cuerpo se amoldara a la forma del perro labrador con el pelo cobrizo. Ladró para llamar la atención del chico y se sentó en el suelo.

Héctor abrió los ojos y le dedicó una sonrisa. No había ninguna duda de que era ella. Ella era su alma gemela. Por suerte para él, no moriría joven.

—¿Cómo te sientes? —le preguntó al cánido. Éste le ladró moviendo la cola de un lado a otro y con energía—. Ahora cambia a tu forma humana —el perro lo miró como si no supiera cómo hacerlo. El chico se rio—. Haz igual que antes, pero pensando en tu cuerpo humano.

La chica lo hizo y su cuerpo apareció sentado en el suelo de madera con las rodillas flexionadas hasta la barbilla y los brazos alrededor de las piernas, tapando su desnudez.

—Es increíble —apuntó la muchacha con una sonrisa en los labios.

—Lo sé. Solo te falta tener un poco menos de pudor. ¿Por qué te tapas? Tienes un cuerpo precioso como para privarme de él.

La cara de Megan se tornó de rojo rubí. Nunca le había gustado enseñar más de la cuenta de su cuerpo, y la mirada de él la ponía más nerviosa.

—Aunque seas mi alma gemela sigues siendo un desconocido —se excusó ella.

—Tienes razón. Supongo que a mí ya no me queda ningún pudor después de tantos años con este poder.

—Exacto. Tú eres el que debes de reprimir un poco el impulso de estar desnudo delante de una desconocida.

—Lo tendré presente.

—¿Qué más vas a enseñarme?

—También puedes convertirte en tierra. Es la misma fórmula que con los animales.

—Vale. ¿Hace falta que siga desnuda o me puedo poner la ropa sin que la rompa en el intento?

—Puedes ponértela, pero deberás convertirla contigo y hacerla real cuando dejes de ser tierra, teniendo en cuenta de que aparezca en su sitio adecuado.

—Practicaré sin ella y ya lo haré con la ropa en otro momento. Voy a hacerlo —le informó Megan cerrando los ojos y haciendo el mismo procedimiento que cuando se transformó en perro. Sintió cómo su cuerpo cambiaba y sus ojos solo tenían la visión del suelo y los pies del chico. Se movió unos centímetros hacia él y regresó a su cuerpo humano. Solo estaba a un paso de la pierna herida del hombre—. Me encanta. ¿Puedo ir más lejos?

—Cuando le vayas cogiendo el truco sí. Tendrás que practicar.

—Tú me ayudarás, ¿verdad?

—Claro. Poco a poco lo dominarás y puede que mejor que yo.

—El alumno superará al maestro —la chica volvió hacia el brazo del sofá para coger la ropa, intentando que su desnudez quedara oculta por sus piernas—. Cierra los ojos.

Héctor resopló poniendo los ojos en blanco, pero obedeció. La muchacha cogió la ropa y se la puso sin levantarse del suelo hasta que se subió el pantalón y no tuvo más remedio que incorporarse. Se sentó al lado del joven y lo observó unos segundos antes de avisarle de que podía mirar.

—¿Llevas mucho tiempo en la cabaña? —quiso saber él clavando su mirada marrón con motitas doradas en la celeste de ella.

—Unas dos semanas.

—¿Cómo sabías que esta cabaña se encontraba aquí?

—Era de mi padre. La utilizábamos algunos fines de semana y en las vacaciones de verano para escapar un tiempo de la ciudad y, de camino, estudiábamos los animales de la zona.

—¿Eso es lo que te ha traído hasta aquí de nuevo?

—Más o menos. Quería desconectar del trabajo y centrarme en un máster que estoy estudiando. No encontré un lugar mejor para estar tranquila. Bueno, lo estaba hasta que encontré una pantera negra herida en la selva —los dos se dedicaron una sonrisa.

—Lo siento. No sabía que la cabaña estaba ya habitada.

—¿Ya habitada?

—Me topé con ella hace tres semanas y estaba abandonada. Sin embargo, mi instinto me avisaba de un posible peligro. Se equivocó estrepitosamente. O, a lo mejor, me estaba informando de otra cosa y yo lo interpreté de otra.

—Es posible que te avisara de tu alma gemela. ¿Es posible que lo supiera antes que tú?

—Muy posible.

—Voy a hacer la cena y nos iremos a descansar temprano. Se me ha pasado el día volando —Megan se levantó de un salto y se dirigió a la diminuta cocina para preparar la cena—. ¿Dónde está Satán?

—Está dando un paseo y cenará antes de volver.

—¿Cómo lo sabes?

—Puedo oír sus pasos y sus gruñidos suaves mientras espera a que su presa se quede quieta para saltar sobre ella.

—¿De verdad o me estás vacilando?

—Es verdad. Tengo los sentidos muy desarrollados y no está muy lejos de aquí. Tú también podrás saberlo cuando te concentres y practiques.

—Tengo que practicar muchas cosas. Mañana continuamos.

—Cuando quieras. No voy a agobiarte ni voy a hacerte un examen final.

—Por si acaso.



## Capítulo 4

Durante la noche, la tormenta había remitido un poco, aun así, la lluvia caía como una cortina de agua y el viento soplaba en una pequeña brisa.

Un escuadrón de cinco hombres cruzó el río armados con sus pistolas, rifles y cuchillos de caza. Tenían una misión y no regresarían hasta cumplirla. Se internaron en la selva observando cada rincón con detenimiento. Cada paso se demoraba unos minutos hasta que avanzaban otro. Debían encontrar el rastro aunque fuera invisible a sus ojos escrutadores.

La tormenta muy probablemente se hubiera llevado cualquier prueba para encontrar el rastro, pero debían hacer lo imposible para encontrarlo y matarlo o serían ellos los que murieran.

Registraban y rastreaban cada árbol caído, cada arbusto, cada tronco hueco en el que pudiera haber cualquier tipo de alimaña, cada tramo de hojarasca del suelo en búsqueda de la sangre del traidor.

Las comunicaciones por radio eran solo de monosílabos cada vez que el capitán preguntaba a sus hombres si habían encontrado algo. La única respuesta que recibía era: NO. Estaba empezando a tenerle manía a esa palabra.

Continuaron adentrándose más y más en la selva, atentos a las pistas y a los animales salvajes que pudieran estar acechándoles.

\*\*\*

Héctor escuchó a lo lejos el sonido de una interferencia de una radio. Abrió los ojos de golpe y se incorporó, concentrándose mejor. Otra vez la interferencia llegó hasta su oído. Lo estaban buscando.

—Satán, llama a Megan —le ordenó al felino.

El jaguar se levantó del suelo y caminó hacia la chica dormida en el sofá, refregó su hocico sobre el brazo de ella y se alejó un paso cuando la chica se sobresaltó.

—Megan, cierra las persianas, apaga la chimenea y no hayas ningún ruido —le dijo el chico en un susurro desde la cama.

—¿Qué ocurre? —quiso saber medio dormida.

—Me están buscando. Y no estoy en condiciones de pelear.

La muchacha se irguió y cerró todas las persianas, apagó el hogar y cerró el pestillo de la puerta. La cabaña estaba a oscuras. Estaba a punto de coger una cerilla para encender una vela cuando Héctor le habló:

—No. No la enciendas. Puedes ver en la oscuridad. Cambia tu visión a la nocturna.

La chica parpadeó varias veces seguidas y, poco a poco, su visión cambió. Podía ver en la oscuridad como si fuera de día. Sus comisuras se levantaron en una sonrisa y se dirigió hacia la cama para hablar con él.

—¿Por qué te buscan? —le inquirió en un susurro al sentarse en el borde de la cama.

—Soy de los buenos y ellos de los malos. Quiero encerrar a su jefe y no me lo van a permitir por las buenas.

—Mira que hay profesiones para elegir, pues tú te vas para la más peligrosa. ¿Tienes tendencias suicidas o qué?

—Pensé que si mi futuro era morir, ¿por qué no hacerlo metiendo entre rejas a los malos?

—Menudo pensamiento el tuyo.

Las radios empezaban a escucharse más cerca y Héctor le tapó la boca con la mano.

—Están aquí —la informó.

La muchacha se quedó quieta, con los ojos sorprendidos cuando la mano de él se posó en su boca. Un calor inexplicable junto a un escalofrío se instaló en su cuerpo, recorriéndola de los pies a la cabeza. Su rostro se sonrojó y agradeció que estuvieran a oscuras.

El chico miró al jaguar sentado frente a la puerta y se concentró en sus buscadores. Había sentido que la chica había contenido el aire cuando él la tocó y esperaba que, en unos segundos, lo dejara salir de sus pulmones. Pero no lo hizo. Su mirada regresó a ella, notó su rostro sonrojado y alejó su mano de su boca. El aire salió de los pulmones de ella al fin.

La cabaña era invisible ante los ojos de los perseguidores. Se alejaron de la zona muy despacio.

Cuando las radios se escuchaban más lejos, Héctor le susurró a la muchacha:

—Ábrele la puerta a Satán.

—No creo que sea buena idea que salga ahora.

—No te preocupes. Se alejará de ellos.

—Está bien —Megan abrió la puerta con cuidado y en silencio, pero solo lo justo para que el felino pudiera salir—. Que te vaya bien —le dijo la chica.

El animal iba a salir de la cabaña cuando escuchó un gruñido bajo desde la cama. Clavó su mirada en el hombre, le hizo un pequeño asentimiento con la cabeza y salió corriendo y saltando por los árboles.

—¿Qué ha sido eso? —le preguntó la muchacha cerrando la puerta.

—Le he dicho que se aleje de los hombres.

—¿Podemos comunicarnos con los animales? —estaba anonadada.

—Sí. ¿No te lo había dicho?

—Obviamente no.

—Fallo mío. Podemos comunicarnos con los animales.

—Qué simpático. ¿Puedo hacer el desayuno o crees que esos hombres podrán olerlo?

—Esperaremos un poco más, por si acaso.

—Vale. Pues, mientras esperamos, enséñame cómo me comunico con los animales.

—Para eso debes cambiar de forma muchas veces y entablar conversación con ellos en esa forma. Así aprenderás su “idioma” y podrás hablar más fácilmente con ellos.

—Así que, si lo hiciera ahora, podría comunicarme con Satán.

—Sí.

—Muy bien. Cuando regrese lo haré. Practicaré con él.

\*\*\*

Satán regresó varias horas después, sobre el mediodía, y se tumbó en el suelo, al lado de la cama con un ronroneo.

Héctor elevó las comisuras de sus labios en una sonrisa cuando lo escuchó y se tumbó en la cama dejando el libro, que le había dejado Megan, a un lado.

—¿Vas a practicar con él? —le preguntó a la chica sentada en una silla, estudiando.

—Voy a dejarle descansar un poco.

—No creo que comunicarse contigo le haga gastar mucha energía.

Megan lo miró desde la silla, dejó el bolígrafo encima del cuaderno y se levantó dirigiéndose hacia Satán.

—Cierra los ojos —le dijo al hombre llevándose las manos a los botones de la blusa.

Héctor resopló con una leve sonrisa en los labios, cruzó los brazos a la altura del pecho y cerró los ojos.

—¿Voy a tener que cerrarlos cada vez que vayas a desnudarte?

—Sí. Dame tiempo a quitarme el pudor.

—Vale, pero acostúmbrate pronto.

—Ya veremos.

El chico abrió los ojos para contestarle, pero ya se había convertido en el felino.

La muchacha miró al jaguar sin saber qué hacer o decir, o lo que diría si hiciera algo. ¿Y si molestaba al animal y la atacaba? Respiró hondo y probó suerte. Intentó decirle “hola”, pero solo le salió un pequeño y bajo gruñido.

Satán levantó la cabeza y le contestó con otro gruñido igual al de ella.

Megan sonrió. <<Al menos no me ha atacado>>, pensó envalentonándose a entablar una conversación.

Lo que la mujer quería decir con palabras salían como gruñidos y ronroneos que el animal conseguía entender y que ella recibía de vuelta comprendiendo lo que le quería decir.

\*\*\*

Los gruñidos y ronroneos se siguieron escuchando durante unas horas, hasta que la chica se cansó de estar sentada en el suelo de madera. Cambió a su forma humana sin advertir a Héctor de que cerrara los ojos.

Los ojos marrones con motas doradas del chico se clavaron en la espalda desnuda de ella. Contuvo la respiración temiendo que si respiraba, la chica se daría cuenta y le pediría que no mirara y, por nada del mundo quería perderse esas vistas tan hermosas. Se quedaría quieto, callado, sin mover ni un músculo y sin dejar salir el aire de sus pulmones por si acaso.

—¡Fascinante! —Exclamó la muchacha con una gran sonrisa en los labios—. Es más fácil de lo que me dijiste —volvió la cabeza para poder mirar al chico.

La chica parpadeó al ver el rostro pétreo del hombre. ¿Qué le ocurría?

—¿Estás bien? ¿Te duele la pierna? —le preguntó preocupada.

Héctor no quería ni pestañear, pero ya empezaba a faltarle el aire y lo soltó poco a poco y en silencio.

—Estoy bien. Me alegra de que te gusten tus poderes.

—No me gustan... Me encantan.

Él le dedicó una sonrisa que ella le devolvió.

—Voy a estudiar un rato más antes de hacer la cena. ¿Necesitas algo? —le inquirió la muchacha cogiendo la ropa del suelo para ataviarse con ella.

<<Te necesito a ti>>, pensó el joven.

—No, estoy bien —no podía dejar de mirarla.

—Vale. Si necesitas algo solo tienes que avisarme —se levantó vestida y se dirigió hacia la silla para continuar con el estudio.

El hombre la siguió con la mirada, casi sin pestañear. Empezaba a sentirla más abierta en cuanto a la desnudez, eso ya era un logro. Día a día se le quitaría el pudor.

Héctor se disponía a coger de nuevo el libro cuando sintió que su padre se metía en su mente.

<<¿Qué ocurre, papá?>>, le preguntó con cansancio.

**Eso iba a preguntarte yo. ¿Va todo bien? ¿Estáis en peligro? ¿Necesitáis ayuda?**

<<Estamos bien, papá. No necesitamos ayuda, aún>>

**¿Aún? Me estás preocupando.**

<<No hace falta que te preocupes. Quiero pasar todo el tiempo que pueda a solas con ella, pero cuando llegue el momento, te necesitaré para que me cures y pueda terminar mi misión>>.

**De acuerdo. Escondeos bien hasta entonces.**

<<Por supuesto, papá>>

**Estaré atento a tu llamada.**

<<Gracias, papá>>.

Aaron se alejó de la mente de su hijo todavía preocupado por él.

Héctor cogió el libro, miró de reojo a la chica durante unos minutos y regresó su atención a lo que había dejado a medio leer.

\*\*\*

Megan recogió los libros dejándolos a un lado de la mesa y se dirigió hacia la diminuta cocina para hacer la cena. Sin embargo, cuando estaba a punto de comenzar a cortar la cebolla, se quedó quieta, concentrada. Escuchó como una interferencia a lo lejos y miró a Héctor que se había incorporado en la cama.

El hombre le devolvió la mirada y asintió levemente para confirmarle sus sospechas.

—Apaga y cierra todo —le dijo a la chica.

—¿Por qué vuelven sobre sus pasos? Ya han rastreado esta zona —cerró las persianas y apagó las velas.

—Es otro escuadrón. Buscan a sus compañeros.

—¿Cómo que buscan a sus compañeros? —se acercó a la cama y se sentó en el borde, cerca del chico.

—Pues, eso. Los hombres anteriores aún no han llegado a la mansión de su jefe y han mandado a más personas a buscarlos.

—¿Por qué tengo la impresión de que me estás ocultando algo?

—¿Y qué crees que puedo estar ocultándote?

—No estoy segura, pero sé que no me lo estás contando todo —susurró la chica muy cerca de él, mirándolo fijamente a los ojos.

El chico parpadeó por la cercanía de ella. No sabía si decírselo o no. La mirada de la muchacha lo escrutaba con paciencia.

—Le dije a Satán que los matara —confesó al final.

—¿Que le dijiste qué?

—Que los matara.

—¿Te has vuelto loco? ¿No pensaste en que mandarían a más gente para buscar a los otros?

—En eso es precisamente en lo que pensé. Así, poco a poco, se quedará sin guardaespaldas y podré detenerlo con más facilidad.

—¿Y si descubre tu estrategia?

—No lo creo. Tranquilízate, no pasará nada. Ni dejaré que te hagan daño —levantó el brazo y acarició la mejilla suave y blanca de la joven.

En cuanto la piel de él rozó la de ella, un escalofrío y una ola de calor recorrieron el cuerpo de ambos haciendo que sus respiraciones se acelerasen ante tal deseo, anhelo, porque aquellas

caricias no acabaran nunca. Milímetro a milímetro, sus rostros se fueron acercando hasta casi rozarse los labios. Solo estaban a unos escasos centímetros cuando Satán se levantó en alerta, gruñendo hacia la puerta de la cabaña.

Megan se alejó levantándose de un salto para echar un vistazo.

Héctor suspiró con decepción y escuchó con atención al felino.

—Se están acercando —la informó él.

La chica se sentó en una silla y respiró hondo para calmar los latidos de su loco corazón. Le latía a mil por hora y temía que se le saliera del pecho para correr hacia el joven tumbado en su cama.

Las interferencias de las radios se escuchaban muy cerca y los tres se quedaron en silencio hasta que ya no escucharon las voces por los auriculares.

—Lo vas a volver a hacer, ¿verdad? —le inquirió ella dirigiéndose hacia la cocina para no clavar su mirada en él.

—No te preocupes, no le pasará nada. No nos pasará nada —le aseguró él fijando su mirada en el jaguar.

El animal asintió levemente con la cabeza, esperó a que el hombre le abriera la puerta y salió corriendo de la cabaña siguiendo el rastro de los perseguidores.

El chico cojeó hasta la silla, se sentó y le echó un ojo al libro de ella.

—¿Cuándo tienes el examen? —quiso saber él.

—Dentro de dos meses.

—¿Y te lo sabes?

—Lo que llevo estudiado sí.

—¿Es difícil?

—A mí no me lo parece. Algunas cosas ya las conocía.

—Y si ya las conoces, ¿por qué las estudias?

—Porque hay cosas nuevas y otras actualizadas —contestó echando la cebolla cortada en la sartén con un poco de aceite.

—De acuerdo. ¿Dónde tienes la clínica?

—En Nindram, la capital de Adanac. Me la dejó mi padre.

—¿La has cerrado para venir hasta aquí?

—No. He dejado a mis empleadas a cargo de los pacientes.

—¿Confías en ellas?

—Les confiaría mi vida a cualquiera de las dos.

—Las conoces bien por lo que escucho.

—Muy bien. Son mis primas.

Unos disparos se escucharon de repente en el interior de la selva. Megan dio un brinco blandiendo el cuchillo con fuerza y mirando hacia la puerta.

—Satán ha cumplido mi orden —le informó el chico leyendo el libro.

—¿Y si lo han herido?

—No lo han hecho.

—¿Cómo lo sabes?

—No he escuchado ningún gruñido por su parte.

—¿Estás seguro?

—Segurísimo. Sabe esconderse y atacar casi sin ser visto. Regresará de una pieza.

—Qué suerte tener tanta confianza en sí mismo.

—Se gana con el tiempo y la práctica —le guiñó un ojo y le dedicó una sonrisa traviesa.

Aquella sonrisa hizo que las rodillas de la muchacha flaquearan. Se agarró a la encimera intentando disimular sus sentimientos y el calor que recorría su cuerpo de los pies a la cabeza.

—No lo podrás disimular y menos resistir por mucho más tiempo lo que te hago sentir —le dijo el joven con la voz más sensual que la chica había oído jamás—. Sin embargo, te voy a dejar espacio y tiempo para que lo asimiles y me tengas confianza, o me la gane.

—No es que no quiera, pero... aunque el destino diga que eres mi alma gemela, sigues siendo un desconocido. Y te agradezco que me des ese tiempo, es todo lo que necesito.

—Lo sé. He esperado, sin saberlo, treinta y dos años, creo que podré aguantar unos días más.

—Gracias.

\*\*\*

Varias horas después de que Satán se fuera, regresó a la casa con el hocico lleno de sangre y con una pata malherida. Cojeó hasta el lado de la cama y se tumbó en el suelo con la respiración acelerada.

Los dos humanos se acercaron al animal y, mientras el hombre lo acariciaba y hablaba con él, la chica le echó un vistazo a la herida.

—No es profundo. La bala solo le ha rozado. Se lo voy a limpiar y se le curará en pocos días —le informó ella cogiendo el botiquín—. Sujétalo. Le va a escocer.

Héctor se sentó en el suelo, agarró el hocico del felino para que no la mordiera y le apresó las garras delanteras con la otra mano.

Megan acercó el algodón a la herida del jaguar y siguió limpiándola aunque el animal no dejaba de revolverse de dolor.

—Tranquilo, ya acabo —le dijo la muchacha.

El hombre se inclinó hacia la oreja de Satán y le susurró:

—Ya no queda nada, campeón. Solo unos segundos más y podrás descansar.

La voz del hombre fue suave y cálida, tanto que a la chica la inundó de dulzura. ¿Sería otra cualidad de los elementales de tierra el poder tener esos registros de voces? Tan pronto podía darle miedo como también podía ser sensual, dulce y cariñoso como en aquel momento.

Terminó de limpiarle el rasguño y le acarició el lomo al felino.

—Ya está. Te has portado muy bien, campeón —lo halagó el chico quitándole la mano del hocico y las garras.

—Dejémosle descansar. ¿Te ayudo? —le preguntó la muchacha levantándose.

—Sí, por favor —el joven cogió la mano de la chica y se levantó quedándose a solo unos centímetros de ella.

Era alta, le llegaba por los hombros, y él no era precisamente bajito. Su metro noventa y cinco ahora le parecía demasiado para poder llegar hasta los labios de ella.

La chica no levantó la mirada y se alejó de él para evitar aquel fuego que se encendía en su interior, recorriendo y calentando cada rincón de su cuerpo. Se sentó en la silla y clavó sus ojos celestes en el libro de veterinaria que descansaba encima de la mesa.

Héctor sonrió y se tumbó en la cama. En aquel momento necesitaba salir a dar un paseo por la selva, pero no podía cambiar de forma por la maldita herida. Debía dejarla sanar antes de volver a poder transformarse o podría quedarse cojo para siempre y no estaba dispuesto a ello.

Sin embargo, con Satán herido no podría saber cuántos guardaespaldas quedaban en la mansión de Ezio. Debía hallar la manera de averiguarlo. Miró a la chica y negó con la cabeza

cuando una pésima idea pasó por su mente. <<Ni hablar. No voy a exponerla al peligro>>, se regañó. Observó el reloj que marcaba las horas encima de la puerta de entrada y se acomodó en la cama. Era tarde y, sin saber cómo, estaba exhausto. Los músculos empezaban a engarrotársele de no poder moverse con libertad. Cerró los ojos y se quedó dormido cinco minutos después.

Megan le echó un vistazo al hombre que roncaba en la cama y suspiró casi con alivio. Al menos, mientras él dormía, su cuerpo la dejaba respirar con normalidad, al igual que los latidos de su corazón disminuían su ritmo acelerado.

## Capítulo 5

La noche ya había caído por completo en la selva y Megan dejó a un lado el libro que estaba estudiando. Le había dado un gran adelanto. Se estiró levantándose de la silla y se acercó a una de las ventanas. Subió la persiana un poco y miró hacia el exterior. Todo estaba oscuro y no parecía que ningún escuadrón más hubiera sido enviado. Bajó la persiana, apagó la vela que había encendido cuando le había empezado a escocer los ojos por la oscuridad y el esfuerzo, y se tumbó en el sofá cerrando los ojos y quedándose dormida al instante.

\*\*\*

El hombre agazapado entre los arbustos se irguió en su altura y miró hacia la cabaña ahora invisible ante los ojos que no supieran que estaba allí. Las comisuras del hombre se elevaron en una sonrisa y se llevó la mano al auricular de su oído.

—Están juntos —susurró.

—Vigíalos y, cuando veas que es el momento, mátalos —le respondió una voz masculina por el auricular.

—De acuerdo, jefe.

Miró hacia arriba con una sonrisa malvada en los labios, se acomodó entre los arbustos y la hojarasca del suelo con el saco de dormir y cerró los ojos, armado con un cuchillo en la mano por lo que pudiera pasar.

\*\*\*

La pistola se apretaba contra la sien de la chica pelirroja inconsciente en los brazos de un extraño que sonreía con maldad a Héctor, caído en el suelo de madera sin poder moverse ni cambiar de forma para matar a aquel bastardo que se atrevía a tocar y amenazar a su mujer.

—Debiste matar a mi jefe cuando tuviste la oportunidad —le dijo el desconocido acariciando la mandíbula y la mejilla de Megan con demasiada familiaridad.

—No la toques —le advirtió Héctor con los dientes apretados—. Déjala ir. Ella no tiene nada que ver con esto.

—No estás en condiciones de exigir nada y sí tiene mucho que ver. Sabemos quién es y lo que pasaría si la matamos a ella y a ti te dejamos con vida.

—¿Quién eres? —los ojos del chico se entrecerraron escudriñando al desconocido.

—El mensajero de un enemigo de tu familia.

—¿Mi familia? Bernard —respondió unos segundos después.

—Correcto. Quiere vengarse de todos vosotros y no parará hasta que lo consiga o hasta que lo matéis.

—¿Qué sabe Bernard de ella?

—Lo sabe todo, incluso que es tu alma gemela. Por eso quiere que la mate. Sabe que es tu debilidad y que morirás tarde o temprano por su pérdida y, aún más, cuando ha sido por tu culpa que esté muerta.

—No es posible que sepa eso.

—Sí, lo es. Sabe más de lo que crees tú o cualquier miembro de tu familia. Incluso más de lo



que su hija pueda deciros. Va tres pasos por delante de todo lo que hagáis y nunca lo cogeréis.

—Eso ya lo veremos —dijo Megan transformándose en una leona y atacando al extraño que intentaba quitársela de encima.

El animal y el hombre se retorcieron en el suelo, enzarzados en una pelea mortal. Por un segundo, el hombre se deshizo de la leona y disparó el arma.

El estruendo del disparo resonó en el silencio de la cabaña seguido de un grito y un gruñido.

—¡Megan! —gritó Héctor con los ojos llenos de lágrimas al ver a la chica desnuda tirada en el suelo de madera con un charco de sangre a su alrededor—. ¡Megan!

El joven se despertó, incorporándose en la cama como si tuviera un resorte en la espalda, y miró a su alrededor. La chica estaba sentada en el borde de la cama con el rostro asustado. El chico la observó con la respiración agitada, los latidos de su corazón golpeándole con fuerza en el pecho y con el cuerpo y el rostro empapados de sudor. Sin previo aviso, el muchacho abrazó a la chica con fuerza, respirando aliviado porque solo hubiera sido un sueño o, más bien, una pesadilla. Pero ¿cuánta verdad tenía esa pesadilla?

—¿Estás bien? —le preguntó la joven devolviéndole el abrazo con timidez, aunque también alivio, como si su cuerpo se conformara con aquel simple contacto, de momento.

—No. Tengo un mal presentimiento. Y la pesadilla que he tenido no me ayuda a tranquilizarme.

—Aquí no pueden encontrarte. No te preocupes.

—No me preocupo por mí, sino por ti.

—¿Por mí?

—Tengo miedo de no poder salvarte si la cosa se pone fea.

—Bueno, en ese caso, seré yo la que te salve.

—Me dejas más tranquilo —le contestó con sarcasmo. Clavó su mirada en ella, acarició su piel con suavidad y se acercó a su boca con lentitud, dejando espacio y tiempo para que ella escapara si quería.

Los labios del hombre se posaron en los de ella con delicadeza, dejándole pequeños besos para que se acostumbrara a él, a su tacto.

La boca de la muchacha se abrió con lentitud mientras sus ojos se cerraban para poder disfrutar de aquella maravillosa sensación de hogar que ese beso le prometía. Los brazos de la chica se elevaron para rodear el cuello del hombre y acercarlo aún más a ella.

Los besos se intensificaban a cada segundo y la chica abrió los ojos de golpe para, después, alejarse de él. Se levantó de la cama con el cuerpo temblándole nervioso.

—Lo siento —pudo articular ella apoyando el trasero en la mesa redonda y levantando la mirada hacia él.

—Soy yo quien lo siente. No es así como se le da tiempo a una persona.

—No es por ti, sino por mí. No estoy preparada aún.

—Esperaré todo el tiempo que sea necesario. Solo espero que confíes en mí para contarme lo que pasa, lo que te da miedo. ¿Te puedo pedir un favor? —la joven le asintió rodeándose con los brazos a sí misma—. Me quedaría más tranquilo si duermes en la cama conmigo. Prometo portarme bien. No te tocaré.

La chica lo miró dedicándole una leve sonrisa, se dirigió a beber un poco de agua y después hacia la cama. La rodeó para llegar al otro lado, se sentó y se tumbó bocarriba, mirando al techo.

—Buenas noches —le deseó al chico.

\*\*\*

La mañana llegó a la selva, aunque dentro de la cabaña no lo pareciera. Las persianas seguían bajadas y solo había una vela encendida encima de la mesa donde Megan estaba sentada, estudiando de nuevo.

Héctor abrió los ojos y la buscó. Se incorporó en la cama apoyando la espalda en el cabecero y llamando a Satán con un ronroneo para que se subiera y acostara a su lado. Le observó el rasguño de la pata y le acarició la cabeza con suavidad.

—Así que eres una empollona —le dijo a la chica.

—Soy perfeccionista. Si no apruebo con buena nota me enfado y me frustro. No me gusta dar poco de mí cuando sé que puedo dar mucho más.

—Eso no está mal, aunque estoy seguro de que te sabes todo el libro de memoria ya.

—Todo no. Aún me quedan siete temas por estudiar.

—Claro, perdona. Ahora entiendo por qué viniste hasta aquí para estudiar. Aquí no te molesta nada ni nadie.

—A menos que, por cosas del destino, me encuentre a un animal herido que luego resulta ser un hombre.

—¿Eso te ha molestado?

—No. Eso me ha desconcentrado. No todos los días ves a un hombre transformarse en animal o viceversa.

—Ya hemos avanzado.

—¿En qué?

—Acabas de admitir que te desconcentro. Algo es algo.

—¿Quieres desayunar? —le preguntó negando con la cabeza y una leve sonrisa en los labios.

—Sí, pero no mucho.

La chica lo miró con los ojos entrecerrados. ¿Había enfermado?

—¿Te encuentras bien? ¿Tienes fiebre? —le inquirió extrañada.

—Sí y no. ¿Por qué me preguntas eso?

—Porque es raro que no quieras comer mucho. Ya sé que te estás conteniendo, pero aun así, comes bastante.

—Es que si como lo que normalmente como, te dejo sin provisiones en dos días, o en uno si mis hermanos estuvieran aquí.

—¿También son unos comilones?

—Sí. Mis padres no daban abasto para reponer la comida cuando éramos pequeños.

—Me imagino. No puede ser fácil darle de comer a siete chicos comilones —la muchacha dejó el plato con varias tostadas en la mesa y una taza de café—. ¿Te ayudo o puedes solo?

—Puedo. Mm... huele bien.

—Lo sé. ¿Te puedo hacer una pregunta?

—Las que quieras.

—¿Cuáles son los otros elementos?

—El primero, como ya te dije, es fuego. El segundo, un servidor, tierra. El tercero es mente. Después va cuerpo. Luego, aire. El sexto es agua y el último los tiene todos para pasarlos a la siguiente generación.

—¿Y qué hacen exactamente cada uno?

—Gabriel es fuego, puede crearlo y controlarlo a su antojo. Yo, bueno... ya sabes lo que podemos hacer. Oliver es elemental de la mente, puede leerle el pensamiento, mover objetos solo

con pensarlo y transportarse a cualquier lugar en el que previamente haya estado. Es un poco molesto lo de leer la mente, no puedes pensar mucho delante de ellos. Después va Ángel, elemental del cuerpo. Es como nuestro sanador, además pueden proyectar su cuerpo astral, como un fantasma, para que me entiendas. Luego va Alejandro, elemental del aire. Puede crear y controlar el aire, además de convertirse en cualquier animal volador que quiera. El sexto es Samuel, elemental del agua. Puede crear y controlar el agua, pero también puede convertirse en cualquier animal acuático que desee, siempre y cuando esté en el agua. Y el último es Eric. Tiene todos los elementos y es el encargado de engendrar a la siguiente generación.

—¿Eso significa que su mujer tendrá siete niños sí o sí? —le inquirió la muchacha con asombro.

—Correcto.

—Nosotros no hace falta que tengamos tantos hijos, ¿verdad? Bueno,... eso si es que podemos tenerlos.

—¿Por qué no vamos a poder?

—No sé, solo pregunto. Soy nueva en tu raza.

—Me supongo que podremos. ¿Quieres tener hijos?

—No me importaría tenerlos un poco más adelante.

—Es bueno saberlo —contestó con una sonrisa y sus ojos clavados en los de ella.

—¿Crees que vendrán más escuadrones para buscar a sus compañeros?

—Es muy probable. Ese es mi plan.

—¿Y a quién vas a enviar ahora para matarlos? Satán está de baja.

El felino levantó la cabeza con las orejas hacia arriba y gruñó.

Héctor sonrió al entender lo que el jaguar quería decir y terminó de desayunar.

—No vas a ir a ningún sitio, jovencito —le dijo la chica al felino, advirtiéndolo con un dedo en alto.

Otro gruñido salió de la garganta del animal como respuesta.

—No me repliques. No sales y punto —contestó ella entendiéndolo a la perfección.

El animal bajó las orejas con un ronroneo y volvió a tumbarse en la cama, enfadado como un niño pequeño.

—Me parece que ya eres madre. Adoptiva, pero madre —apuntó el chico dando el último sorbo al café.

—Está herido y como su veterinaria le aconsejo reposo.

Héctor le sonrió y se levantó de la silla para acercarse a la ventana de la cocina. Subió unos centímetros la persiana y observó las copas de los árboles, concentrándose para oír las radios.

—¿Qué ocurre? —le preguntó ella acercándose a él para echar un vistazo también.

—Nada. Está todo despejado —dejó caer la persiana y se dio la vuelta para quedar frente a la joven.

—¿Seguro?

—Segurísimo. Puedes seguir estudiando si quieres.

—Tampoco hay muchas cosas que hacer aquí encerrados.

—A mí se me ocurre una más divertida que estudiar, pero no vas a querer.

—¿Por qué?

—Porque si no has querido besarme, mucho menos lo otro.

—Tienes la mente muy sucia.

—Un poco. En fin, me voy a leer o a dormir o ya veré lo que hago para no aburrirme.

—Vaya tela. Y yo que creía que iba a estar tranquila aquí en una selva perdida, sola —le dijo la chica sentándose en la silla y abriendo el libro.

Héctor se encogió de hombros y se dirigió cojeando hasta la cama. Se tumbó acariciando la cabeza de Satán y cerró los ojos. <<Debería pensar en cómo matar al próximo escuadrón>>, pensó. Sin embargo, no se le ocurría nada.

## Capítulo 6

Toda la familia estaba reunida en el jardín trasero de la casa de Berenice en Isla Kaia. Anabel ya se había recuperado del todo y Andrew había cogido unos días libres para pensar en lo que iba a hacer con su trabajo. No lo iba a dejar, pero no iba a continuar en el departamento de operaciones especiales. No quería estar lejos de Ana ni un segundo.

Miriam y Jonathan empezaban a prepararlo todo para la boda, aunque aún no sabían la fecha de la celebración.

Todos estaban cenando, hablando y riendo y, aunque Aaron intentaba participar en todo, la preocupación por su segundo hijo no lo abandonaba.

Maryah se inclinó hacia su marido inquieta por lo que pudiera estar preocupándole.

—¿Qué te ocurre? —le preguntó ella.

—No estoy tranquilo —se acercó un poco más a ella y le susurró—: Héctor está herido.

—¿Qué?! ¿Por qué no me lo has dicho antes? —gritó su esposa captando la atención de todos los presentes.

—¿Qué pasa, mamá? —le inquirió Gabriel enfrente de ella.

—Héctor está herido —le contestó su hermano Oliver leyendo la mente de su madre.

—¿Y por qué no hemos ido ya a por él? —quiso saber Ángel.

—Porque él me ha dicho que no vaya. Está bien —respondió Aaron masajeándose las sienes blancas con los dedos.

—¿Qué es lo que no nos estás diciendo, papá? —preguntó Gabriel inclinándose hacia él.

—Está con alguien. Le ha curado.

—¿Quién es ese alguien?

—No puedo decíroslo. Me ha pedido que no lo diga aún.

—¿Por qué?

—Porque quiere decíroslo él, en persona.

—Vuelvo a preguntar, ¿a qué estamos esperando para ir a por él? —dijo Ángel preparándose para levantarse.

—Me ha dicho tu hermano que espere su llamada.

—Pero estás preocupado, muy preocupado. No sabes cuándo te va a llamar ni cómo estará cuando lo haga.

—¿Dónde está, tío? —le interrogó Anabel.

—Regresó a la selva de Isla Mercurio. Le pidió a su jefe otra misión y tuvo que ir otra vez allí.

—Vamos a por él —sentenció Maryah levantándose de la silla de un salto.

—Cariño, me ha dicho que espere su llamada —apuntó su marido.

—Me da igual lo que te haya dicho. Vamos a ir a por él ahora mismo. Si tú no me llevas me iré en avión.

—Hermano, estoy de acuerdo con mi cuñada. Hay que ir a buscarlo —añadió Samara levantándose.

Uno a uno todos los integrantes de la familia se pusieron de pie dispuestos a ir hasta la selva y

traer de regreso a Héctor.

Aaron pasó su mirada celeste por todos ellos, les dedicó una sonrisa y se irguió extendiendo las manos hacia su hijo Gabriel y su esposa.

Se cogieron de las manos y dejaron que el hombre los llevara hasta su destino, sin necesidad de hacer escalas.

La oscuridad y las plantas de la selva les dieron la bienvenida en un abrir y cerrar de ojos.

—¿Sabes por dónde está? —le preguntó su mujer.

—No, no me lo ha dicho.

—No importa —Anabel elevó la cabeza y olisqueó el aire húmedo—. Por allí —señaló hacia el interior de la jungla.

La chica se encaminó delante de todos y los guio por la selva. Subieron un talud resbaladizo por la lluvia y continuaron hacia la dirección de la cabaña de Andrew.

—No creo que se haya escondido en mi cabaña. Quedó casi destruida por los hombres de Bernard —puntualizó Andrew siguiendo a su novia.

—Un momento. Es posible que... —pensó Eric en voz alta y mirando a su alrededor para orientarse—. Antes de que nos atacaran, Héctor y yo salimos a dar una vuelta y él encontró una cabaña abandonada escondida entre los árboles. Quizás esté allí. Un buen escondite.

El joven se puso delante para guiar la comitiva y se dirigió hacia el este para encontrar la diminuta cabaña que encontraron en su paseo. Se hizo camino por la densa vegetación hasta llegar a los árboles que buscaba. Miró hacia arriba con una sonrisa y esperando ver luz dentro de la casa, sin embargo, estaba todo a oscuras, como si allí no hubiera nada. Eric frunció el ceño extrañado y observó a su alrededor. Estaba absolutamente seguro de que estaba en el sitio correcto. Algo se le escapaba.

—Hijo, ¿es aquí? —le preguntó su madre con la respiración entrecortada por la caminata.

—Sí, pero no la veo. Esperad aquí —les dijo quitándose la ropa a la velocidad del rayo y convirtiéndose después en el leopardo negro.

El felino subió hasta la copa de los árboles y llegó hasta el porche de madera de la diminuta casa.

**Papá, es aquí. Hay una escala en el lado oeste del árbol que está a tu derecha** —le informó desde las alturas.

Mientras los demás subían, el leopardo se acercó a la puerta y pegó la oreja para oír algo, pero no escuchó nada. Lo que sí olió fue a su hermano, a Satán y a... Había otro olor que no conocía. No olía mal, así que no podía ser un enemigo, aun así, era mejor prevenir que curar.

Todas las ventanas estaban cerradas, lo que hacían a la casa invisible para quien no supiera que se encontraba allí.

**Está acompañado** —le dijo Eric a su padre.

**Lo sé. Llama, no pasa nada.**

El felino levantó una de sus patas y golpeó la puerta con ella.

\*\*\*

Héctor estaba tumbado en la cama, acariciando a Satán que dormitaba a su lado. El hombre ladeó la cabeza para clavar su mirada en la chica, que seguía con la vista pegada en el libro.

—¿No te cansas de estudiar? —le preguntó a la chica.

—No.

—¿Por qué te da miedo lo que sientes por mí? —le soltó a bocajarro. ¿Para qué andarse por

las ramas?

—¿Qué te hace pensar que tengo miedo?

—Porque puedo olerlo y me rehúyes cada vez que puedes. Eso me ha dado alguna que otra pista.

—Puede que un poco.

—¿Por qué? ¿Qué te ha pasado para que tengas miedo? ¿Y a qué tienes miedo exactamente?

El recuerdo de aquél desastroso día volvió a su mente. Pensaba que ya lo había superado, pero no era así. También era cierto que no había vuelto a estar con un hombre desde entonces. Una lágrima rezagada bajó por su mejilla.

El hombre vio aquella gotita salada que recorría la suave y blanca mejilla de la muchacha y el estómago se le revolvió. Se levantó de la cama y cojeó hasta ella para enjugársela con el dedo pulgar.

La chica clavó su mirada celeste en la marrón de él, tragó la congoja que se le había quedado atascada en la garganta y le susurró:

—Tengo miedo.

Héctor la miró desde su altura y le dedicó una sonrisa antes de sentarse en la silla, al lado de ella, y quedar frente a frente.

—Tranquila. ¿Quieres contármelo?

La muchacha dejó salir al llanto que se había arremolinado en sus ojos, asintió con la cabeza, pero cambió de opinión en milésimas de segundos y negó.

—No te preocupes. Cuando estés preparada para contarlo, ahí estaré para escucharte, ¿de acuerdo? —Megan le asintió llorando a lágrima viva—. Ven aquí —le dijo abrazándola, apretándola contra él y aprovechando cada segundo para sentirla en sus brazos.

Después de unos minutos en la misma postura y cuando creía que la chica ya se había calmado, Héctor no tuvo más remedio que moverse y alejarse de ella. Necesitaba ir a la cama para que la pierna reposara, ya empezaba a dolerle.

—No, por favor. Quédate conmigo —le suplicó la chica sorbiéndose la nariz.

—No sabes cuánto me gusta escucharte decir eso, pero me está doliendo la pierna. Ven conmigo a la cama y sigo abrazándote todo el tiempo que quieras.

Megan le echó un vistazo a la herida que no se la había vendado y, después, a la cama. Tragó con dificultad, pero necesitaba ese abrazo como el respirar. Miró al hombre y le asintió con la cabeza.

Ambos se levantaron y se dirigieron a la cama. Héctor se tumbó con una mueca de dolor mientras la joven la rodeaba para tumbarse en el otro lado. El hombre envió al felino al suelo y se recostó del lado derecho para cobijar a la chica entre sus brazos de nuevo. En ese momento le hubiera encantado tener el don de parar el tiempo. Aún no podía creer que ella no hubiera huido y, mucho menos, que le pidiera que no dejara de abrazarla.

La muchacha se recostó sobre su lado izquierdo para quedar cara a cara con el chico, se aovilló y dejó que lo brazos de él la arroparan con amor. Se relajó y casi se estaba quedando dormida cuando escuchó que algo golpeaba la puerta.

Las cabezas de los humanos y el animal se levantaron mirando hacia la puerta.

—¿Qué puede ser? —le susurró Megan.

Héctor olisqueó el aire y las comisuras de sus labios se elevaron para formar una sonrisa.

—Ven conmigo. No pasa nada —le dijo levantándose y apoyando la pierna herida en el suelo.

La chica se acercó a él para que se apoyara en ella y se dirigieron hacia la puerta para abrirla.

La joven echó un vistazo y vio a una pantera negra delante de ella y a muchas personas detrás del animal.

—¿Qué hacéis aquí? Papá, te dije que te avisaría —les inquirió Héctor sin echarle cuenta a la pantera delante de él.

—Lo siento, hijo. Estaba preocupado y tus hermanos, tu madre, tus primas y tus tías no me han dejado decir que no.

—¿Estás bien, cielo? —le preguntó Maryah acercándose a su hijo para abrazarlo.

—Estoy bien, mamá.

—Pasad. Eric, ya puedes cambiar —le contestó a la pantera.

El felino le dedicó una sonrisa gatuna y cambió a su forma humana, quedándose desnudo delante de todos.

—Toma, cielo. Tápate —su madre le entregó la ropa y siguió a Héctor y a la chica hasta el interior de la diminuta cabaña.

—Bienvenidos otra vez a la selva de Isla Mercurio. No hacía falta que vinierais —les dijo Héctor sentándose en la cama con Megan a su lado.

—Como sabes, no tengo muy buenos recuerdos de esta selva. No iba a dejarte otra vez solo —respondió Anabel mirando a la chica sentada junto a su primo.

Todas las miradas se clavaron en la joven desconocida haciendo que las mejillas de ésta se sonrojaran.

—¿Quién es la belleza sentada a tu lado? —quiso saber Samara con una sonrisa amable en sus labios.

—Familia, ella es Megan, veterinaria y mi alma gemela.

—¿Qué?! —gritaron todos, excepto Aaron.

—¿Estás seguro, hermano? —lo interrogó Oliver dando un paso hacia ellos, seguido de los demás hermanos que no podían creerlo.

—Segurísimo.

—¡Vaya! —exclamó Maryah empezando a llorar.

—¿Qué te ocurre, cariño? —le preguntó su esposo abrazándola.

—Es posible que ninguno de nuestros hijos... que no perdamos a ninguno de ellos —sollozó la mujer, llorando y riendo a la vez.

—No, cariño. No perderemos a ninguno de ellos.

—Bueno, dejad ya las lágrimas, por favor. ¿Has acabado tu misión? —inquirió Cirenia. Ya estaba un poco harta con tantos llantos. No ganaban para sustos.

—No, hasta que no me curen no puedo terminarla.

—¿Y cómo te han herido? —quiso saber Gabriel.

—Me descubrieron, crucé el río y me dispararon hiriéndome una de las balas en la pantorrilla izquierda —les enseñó la herida cosida.

Dafne se adelantó y se acuclilló delante de su primo para observar la herida con sorpresa.

—¿Quién ha hecho esto? —preguntó la chica.

—Yo. Soy veterinaria.

—Has hecho un buen trabajo, aun no siendo mi primo un animal.

—Bueno, en realidad, sí lo era.

—¿Cómo? —inquirió desconcertada.

—Cuando lo encontré era una pantera. Salí unos minutos de la cabaña y cuando regresé ya era un hombre.



—Supongo que te asustarías.  
—Me asustó más el hombre que el animal —confesó la joven con confianza.  
—Suele pasar —opinó Anabel arrodillándose para acariciar a Satán—. ¿Por qué está herido?  
—le preguntó a su primo señalando al felino.  
—Por hacerme un favor. Pero solo es un rasguño. Ya está casi curado.  
—¿Podemos llevarlo con nosotros? —le interrogó Andrew a Anabel.  
—Sí. En la isla hay mucho bosque. Podrá correr por ellos y volver a casa cuando quiera.  
—Bueno, ¿empiezo ya? —quiso saber Dafne mirando a su primo.  
—¿Con qué?  
—Con tu herida. Te la voy a curar para que puedas acabar tu misión y volver a casa con nosotros.  
—Vamos a estar un poco incómodos, ¿no? La casa no es muy espaciosa.  
—Conque me dejéis la cama como “hospital”, me vale.  
—Dafne y Ángel, poneros a ello. ¿Quién quiere hacer la primera guardia? —dijo Aaron presintiendo que algo no iba bien.  
—Andrew y yo la haremos —contestó Jonathan dejándole un beso a Miriam antes de salir.  
Su hermano gemelo hizo lo mismo con Anabel y lo siguió hasta el pequeño porche de la cabaña.  
—Yo me ocupo de Satán —propuso Aaron acercándose al jaguar y sentándose en el suelo para curarle el rasguño.

\*\*\*

Unos pasos suaves se escucharon por la selva, cerca de donde el hombre dormitaba en un saco de dormir. Los pasos lo despertaron, pero no se incorporó. Se quedó quieto, casi sin respirar para no llamar la atención de ninguno de los visitantes. Disimuló el entusiasmo que sentía en ese momento. Habían llegado todos. Toda la familia estaba junta en el mismo lugar. Un lugar no muy grande y que sería su tumba. Quedarían atrapados como sardinas en lata. Esperó a que todos subieran, recogió el saco y llamó a su jefe. Estaba emocionado con la noticia que tenía que darle.

—Están todos aquí, jefe.

—Eso es estupendo. Infórmame de lo que hagan. No los pierdas de vista y cuando te dé la orden, mátalos. Que nadie quede con vida en esa casa. ¿Me has entendido?

—Perfectamente, jefe.

El hombre miró hacia los árboles donde descansaba la cabaña, sonrió y se alejó unos metros para pensar y preparar el ataque.

## Capítulo 7

Jonathan y Andrew salieron de la cabaña quedándose parados en el pequeño porche de madera. Mientras el segundo barría la selva con la mirada y los sentidos en alerta, el primero se apoyó en la barandilla y cruzó los brazos y los tobillos.

—¿Dónde crees que puede estar? —le preguntó Jonathan a su hermano.

—¿Quién?

—Derek. Es muy raro que no haya llamado a Mágissa en tanto tiempo. ¿Le habrá pasado algo?

—No quiero pensar en lo malo que le haya podido pasar, o no dormiría por la preocupación.

—Tengo que encontrarlo. Tengo muy mal presentimiento.

—Te ayudaré. Llamaré a todos mis contactos por si lo ven —el ceño de Andrew se frunció cuando miró hacia el suelo, hacia un arbusto cercano.

—¿Qué ocurre? —inquirió Jonathan cuando lo vio olisquear el aire.

—Hay alguien más aquí.

—Echemos un vistazo —Jonathan se evaporó hasta donde miraba su hermano.

Andrew saltó cayendo con perfecta agilidad en la hojarasca del suelo y volvió a olisquear.

—Este olor es... como... Huele a podrido —le informó a su gemelo.

Jonathan rodeó el arbusto con una bola de fuego en su mano como linterna y protección, y se asomó con cautela. Un saco de dormir negro apareció delante de sus ojos.

—Alguien ha estado aquí —dijo cogiendo el saco y enseñandoselo a Andrew.

—Tenemos que irnos. Esto no me da buena espina.

—Informemos a Aaron.

Los gemelos volvieron al porche y entraron en la casa buscando a Aaron con la mirada.

—¿Qué pasa? —preguntó el hombre recogiendo algunos de sus pensamientos.

—Deberíamos irnos de aquí. Alguien nos vigila —contestó Andrew señalando el saco de dormir que su hermano sostenía en la mano.

—Sabía que algo no iba bien —confesó el hombre—. Héctor, nos vamos a tu casa y que allí terminen de curarte. No quiero que nos arriesguemos quedándonos aquí.

—Está bien, pero volveré para acabar mi misión.

—De acuerdo. Familia, acercaos y daos las manos. Elementales de la mente, ayudadme.

Todos se dieron la mano. Andrew agarró una pata de Satán y se transportaron a la casa de Héctor en Isla Kaia, a su habitación para ser más exactos.

Los ojos de Megan estaban abiertos de par en par mientras observaba a su alrededor, desconcertada.

—¿Dónde...? ¿Cómo...? —no pudo terminar ninguna pregunta.

—Estamos en mi casa, en Isla Kaia. Y, como ya te dije, los elementales de la mente pueden transportarse de un sitio a otro, siempre y cuando lo hayan visto —respondió Héctor acomodándose en la cama para que Dafne y Ángel siguieran con la curación de su pierna.

—Vale, pero mis cosas se han quedado en la cabaña y hay algunas que las necesito.

—Papá, ¿puedes acompañarla? —le pidió Héctor con una mueca de dolor cuando su prima se

puso manos a la obra con su pantorrilla.

—Por supuesto. Dame la mano, guapa. No tardaremos —le dijo a toda la familia antes de desaparecer con Megan en un abrir y cerrar de ojos.

—Cielo, me alegro mucho de que la hayas encontrado. Por un momento he llegado a sentir que volviste a esa isla para morir —le explicó Maryah sentándose a su lado para abrazarlo y dejarle un beso en la frente mientras las lágrimas mojaban sus mejillas.

—Y así fue al principio. Después pensé en ti y en todos los demás y escapé del pelotón de fusilamiento. Y, gracias a que me hirieron en esa escapada, la encontré.

—Cielo mío —sollozó su madre abrazándolo con más fuerza contra ella.

—Si te hubieras dejado matar, después te habría rematado yo —le acusó Anabel con una lágrima rezagada recorriendo su pómulos.

Héctor le dedicó una sonrisa mientras Andrew la atrapaba entre sus brazos para reconfortarla.

\*\*\*

Aaron y Megan aparecieron en el interior de la diminuta cabaña. La chica se mareó un poco por el viaje y el hombre la agarró del brazo sujetándola para que no se cayera.

—Coge lo que necesites. No tardes mucho —se acercó a la ventana de la cocina y echó a un lado la persiana para echar un vistazo al exterior.

Solo faltaban unas horas para que amaneciera y esperaba que la muchacha no tuviera tantas cosas como para tardar tanto tiempo en recogerlas.

Megan recogió los libros de la mesa y se acercó al baúl que descansaba a los pies de la cama. Lo abrió y metió los libros y los cuadernos. Lo cerró y miró al hombre.

—Ya está —lo informó.

Aaron volvió la cabeza para mirarla asombrado.

—¿Ya?

—Sí. Como puedes ver no tengo muchas pertenencias, no caben. Solo necesito ropa y los libros para estudiar —le dijo señalando el baúl.

—Estoy impresionado. Pensé que tardarías más —el hombre se dirigió a la vela que descansaba encima de la mesa redonda, chasqueó los dedos para que apareciera una llama en su dedo pulgar y la encendió.

—¿Para qué la enciendes?

—Para que el que nos vigila crea que aún estamos aquí. Vámonos —se acercó hasta donde estaba la chica junto al baúl, le dio una mano a ella y la otra la puso encima del arca, y desaparecieron al instante, volviendo a aparecer en la habitación de Héctor que los miró con una sonrisa en los labios.

—¿Todo bien? —les preguntó con una mueca de dolor cuando su hermano Ángel empezó a cerrar la herida.

—Estupendo. Yo creía que iba a tardar más. Me ha sorprendido —respondió su padre—. Eric, ayúdame a moverlo hasta allí —señaló a la pared donde había una ventana que daba al jardín trasero.

Su hijo se acercó, cogió el asa y lo movieron hasta la pared dejándolo debajo de la ventana.

—¿Has cogido los libros? —le inquirió Héctor a la chica que se sentó a su lado.

—Pues claro. ¿Cómo van?

—Bien. Me han quitado los puntos antes de empezar y ya la están cerrando desde dentro hacia fuera.

—Necesita descansar —le dijo Dafne dejando que Ángel terminara.  
—Tranquila, lo hará —sentenció Megan antes de que Héctor pudiera rechistar.  
—Me gusta esta chica —confesó Dafne con una sonrisa.  
—A mí también —añadió su primo cogiendo la mano de la joven entre las suyas.

\*\*\*

Ángel terminó de cerrar la herida y se apoyó unos minutos en el colchón de la cama.

—No hagas esfuerzos, al menos, en un día. Dale tiempo a que los vasos sanguíneos sanen —le aconsejó su hermano, pero mirando a Megan. Sabía que ella haría que descansara.

—Lo intentaré.

—Lo hará —corrigió la chica con sus ojos clavados fijamente en los de Héctor. No iba a convencerla. Haría el reposo sí o sí.

Ángel les dedicó una sonrisa y se marchó. <<Es posible que, después de todo, tengamos futuro>>, pensó al cerrar la puerta.

—¿Estás bien? ¿Necesitas algo? —le preguntó ella a Héctor.

—Estoy bien. Un poco dolorido, pero bien. Puedes ponerte a estudiar si quieres o echarle un vistazo a la casa. Haz sitio en el vestidor para tu ropa.

Los ojos de la muchacha se llenaron de lágrimas. Estaba decidido a que se quedara con él y, ella eso, no sabía cómo afrontarlo sino con miedo.

—¿Qué ocurre? —quiso saber el chico observando el rictus serio de la joven. Ella se sentó encima del baúl respirando agitadamente, casi hiperventilando—. Megan, ¿qué pasa? Me estás preocupando.

—Creo que debería instalarme en otra habitación.

—¿Por qué?

—Porque... porque eres un desconocido y...

—¿Después de tantos días juntos aún me consideras un desconocido? ¿Qué es lo que te pasa? Dime la verdad.

—No quiero que... vuelva a ocurrir. No quiero echarlo a perder.

—No vas a echar nada a perder y no va a volver a ocurrir lo que quiera que haya pasado antes.

—¿Cómo lo sabes? ¿Cómo puedes estar tan seguro?

—Porque es nuestro destino y éste nunca se equivoca. Estaremos juntos toda nuestra vida.

Nada podrá separarnos.

—Te equivocas. Hay algo que sí nos separará.

—¿El qué?

—La muerte.

—Me temo que no es cierto —Aaron entró en la habitación para ver el estado de su hijo.

—¿Cómo es eso, papá? —quiso saber el joven sin comprender a su padre.

—Cuando tu prima encontró a Jonathan, Alfonso lo secuestró para matarlo y así poder tener el camino despejado para llegar a ella de nuevo. Durante esos días que estuvieron separados, Miriam se iba apagando poco a poco, hasta que lo encontramos y se tocaron. Si tu alma gemela muere, en este caso Megan para ti y mi hijo para ti, la otra parte también morirá. Lentamente, pero llegará a desaparecer —explicó Aaron sentándose en el borde de la cama.

—No sabía eso —confesó Héctor.

—Ninguno lo sabíais. Mi hermana Olga y yo lo descubrimos de la peor manera. Y pensamos

que no hacía falta que lo supierais. Al parecer, nos equivocamos. Ya lo sabéis todos. Os pido precaución a la hora de ponerlos en peligro o en riesgo. Podéis estar condenando a vuestra alma gemela a la muerte.

—Gracias por la información, papá.

—De nada, hijo. Deberías contarle lo que te aflige. Te aseguro que acabas de formar parte de esta familia y no te abandonaremos ni dejaremos que te hagan daño —le dijo a la chica guiñándole el ojo antes de salir de la habitación para dejarlos a solas.

Héctor clavó su mirada en la joven que empezaba a llorar en silencio y con la cabeza gacha para que él no la viera llorar.

—Megan, ven aquí, por favor —le pidió él dando unos golpecitos en el colchón, al lado de él. La chica negó limpiándose las lágrimas—. Si no vienes tendré que ir yo.

La cabeza de la muchacha se alzó para clavar sus ojos azules en él con una advertencia en ellos. Respiró hondo sorbiéndose la nariz, se levantó del baúl y se sentó al lado de él.

—Cuéntame lo que te ocurre.

—Hace... Hace unos años estuve prometida con un chico —un pequeño gruñido salió de la garganta de Héctor—. Cuando llegó la hora de ir hasta la mesa del juez, no pudo.

—¿A qué te refieres con eso?

—Pues, que me quedé esperando en la entrada del juzgado, dentro de la limusina a que me dijera que ya estaba todo preparado y que podía caminar hacia la mesa del juez. Sin embargo, ese momento nunca llegó. Una de mis empleadas, que también es una de mis mejores amigas, corrió hasta la limusina para decirme que mi prometido no había llegado. Creí que estaría en algún atasco, pero unos minutos después, un mensajero me dio una carta.

—¿Qué decía esa carta?

—Que no se casaría conmigo porque no me quería.

—Si no te quería, ¿por qué te pidió matrimonio?

—No lo sé.

—Tienes miedo a que yo haga lo mismo —comprendió Héctor. Megan asintió con la cabeza—. Bueno, si no quieres casarte conmigo no me importa. No es necesario estar casados para saber que nos queremos.

—No quisiera pasar de nuevo por esa... huida.

—No volverás a pasar por ello, te lo prometo —el joven se movió en la cama para acercarse un poco más a ella y abrazarla. El llanto volvió a la muchacha que se acurrucó contra el pecho de él—. Tranquila. No te preocupes.

\*\*\*

En la pequeña cabaña seguía encendida la luz, por lo que el espía solo abrió los ojos para observar, escondido en el tronco de un árbol, embadurnado de barro para no ser descubierto por los elementales. Su jefe los conocía bastante bien y le había dado algunos consejos para engañarlos y esquivarlos. Serían unas noches y unos días muy largos vigilando a aquella familia.

## Capítulo 8

Los rayos del sol iluminaron la habitación de Héctor despertando a Megan. La chica se había quedado dormida abrazada o, más bien, acurrucada al chico y, sorprendentemente, había dormido toda la noche del tirón.

Hacía dos meses que no había dejado de despertarse todas las noches, una o dos veces. En muchas de esas ocasiones se había desvelado y se había puesto a estudiar, cocinar o pintar para matar el tiempo hasta que amanecía y se preparaba para ir a trabajar. Habían sido unas noches muy largas y muy solas.

La chica acarició el pecho del hombre con la punta de los dedos, alzó la cabeza y observó su rostro sereno mientras dormía. Durante los días que habían pasado en la cabaña, él tampoco había dormido mucho. Se le notaba la tensión en todo el cuerpo. Ahora, sin embargo, estaba totalmente relajado. La muchacha suponía que era por estar lejos de aquellos que querían cazarlo como si fuera un animal, aunque en parte lo era. En ese momento estaban arropados por su familia, toda su familia, así que la tensión de ser descubiertos y asesinados no estaban presentes, pero su miedo a volver a ser rechazada sí. Un poco menos, pero estaba ahí.

La joven se movió para levantarse con cuidado de no darle a Héctor en la herida que le habían curado, o despertarlo. No obstante, no contaba con que el hombre estaba en alerta en todo momento, aún incluso, cuando parecía relajado.

La mano del chico se alargó para agarrar el brazo de ella y atraerla de nuevo a su lado.

—¿No estabas dormido? —le preguntó con una sonrisa en los labios.

—Sí, pero he sentido cuando te has alejado.

—Pues, más silenciosa no he podido ser.

—No puedes escapar de mí.

—Estoy empezando a creerlo.

—¿A dónde ibas? —quiso saber Héctor atrapándola entre sus brazos.

—Al baño. Tengo necesidades básicas como todo el mundo.

—De acuerdo. Te dejaré ir si me das un beso —Megan alzó la cabeza de la almohada y le dejó un beso en la mejilla—. ¿Qué ha sido eso?

—Un beso. No has dicho dónde tenía que darte el beso.

—Eso no vale. Quiero un beso en la boca, en los labios, y con ganas. No solo un piquito. Tiene que durar, por lo menos, un minuto.

—¿Tanto? —Los ojos del chico se entrecerraron y su ceño se frunció casi enfadado—. Es broma, es broma —añadió cuando los brazos de él la apretaron con más fuerza.

—Por graciosa, ahora el mínimo debe ser tres minutos.

—Me hago pis. No voy a poder aguantar mucho más.

—Cuanto más tardes en besarme, más tardarás en ir al baño. Menos hablar y más besar.

La muchacha sacó los brazos de debajo del chico como pudo, le rodeó el cuello, lo atrajo hacia ella y pegó sus labios a los de él.

La sensación de angustia desaparecía con la sensación de la llegada al hogar. La desconfianza se desvaneció con la intensidad, la confianza y la seguridad de aquellos labios que devoraban su

boca. Se dejó llevar por primera vez en muchos años y un calor abrasador recorrió su cuerpo de arriba abajo.

El ritmo de sus respiraciones aumentó junto con los latidos de sus corazones.

Las manos de Héctor acariciaron el costado de la joven hasta el muslo. Esperaba que la chica huyera en cualquier momento, sin embargo, no ocurrió. Eso fue maravilloso, absolutamente maravilloso. Estaba a punto de llegar a rozar el pecho de ella cuando alguien llamó a la puerta de la habitación interrumpiéndolos. Un gruñido salió de la garganta de ambos.

—¿Quién es? —inquirió Héctor con los dientes apretados.

—No quiero molestaros, pero tengo algo que contaros —contestó Aaron desde el otro lado de la puerta de madera.

—Entra.

—Perdonadme si he interrumpido algo importante. He pensado que Megan querría aprender con las chicas a utilizar sus poderes para pelear cuerpo a cuerpo.

—Me encantaría. Será de gran utilidad —respondió la muchacha con entusiasmo.

—Creo que no es necesario que sepa eso —añadió el joven sentándose en el borde de la cama.

—Hijo, eso la ayudará a defenderse si se encuentra en una mala situación y está sola.

—Nunca estará sola.

—Bueno, pues por si a ti te pasa algo, ella podrá salvarte.

—No me pasará nada.

—Está bien, para —lo detuvo Megan—. Tu padre tiene razón. Ya sé que tú eres el machito en esta relación, pero yo también tengo que tener alguna oportunidad de protegerte a ti o a mí, o a cualquier otro miembro de la familia. Solo será por precaución. Solo por si acaso —se sentó en el borde de la cama junto a él—. Por favor.

—Vale, pero yo quiero estar presente en esas clases.

—Trato hecho si me prometes que te quedarás quieto —le dijo ella advirtiéndolo con un dedo delante de su cara.

—Hecho.

—Estupendo. Vamos al jardín trasero. Nos están esperando —les informó Aaron con alegría.

—Vale, dame un minuto —Megan se levantó de un salto y corrió hacia el baño.

—¿Qué le ocurre? —inquirió Aaron a su hijo que miraba la puerta cerrada con una sonrisa en los labios.

—Se está meando.

—Ah. Esperaremos, entonces.

Un minuto después, escucharon la cisterna y la puerta del baño se abrió para dejar pasar a la chica.

—Ahora sí podemos irnos —anunció.

—Bien. Vamos —Aaron se acercó a su hijo, lo ayudó a levantarse con la pierna herida sin apoyarlo en el suelo y dejó que se recostara sobre su hombro—. Megan, ¿podrías bajar y llevar una silla al jardín trasero?

—Claro. Nos vemos en unos segundos —le dijo a Héctor guiñándole un ojo antes de salir de la habitación.

—Parece que la reticencia de ella se ha esfumado —apuntó su padre.

—Sí. Anoche hablamos de lo que la afligía y creo que he conseguido convencerla de que no soy igual al otro.

—Me alegro mucho. Vamos, ya le ha dado tiempo de llegar con la silla.

Se transportó con su hijo hasta el jardín y lo ayudó a sentarse en la silla que Megan había llevado.

—Muy bien, a ver lo que sabéis hacer, polluelas —las animó Héctor cruzándose de brazos.

—No te creas el gallito del corral, pajarito —le contestó Anabel.

—Chicas, vamos a comenzar. Megan, ¿cómo llevas lo de cambiar de forma? ¿Cuánto tiempo tardas en transformarte en animal? —quiso saber Aaron.

—No lo sé. No lo he cronometrado.

—Unos dos minutos, papá. Pero debe quitarse el pudor —apuntó Héctor desde la silla.

—No está mal. Con la práctica tardarás menos. En cuanto al pudor, con eso no puedo hacer nada. Tienes que superarlo tú —le dijo a la chica que se había ruborizado.

—Tendré que trabajar en ello.

—No te preocupes por eso. Si alguien está en peligro, la desnudez no te va a importar —le añadió Anabel.

—Deberías enseñárselo, primita —la retó Eric sentado en los escalones junto a los demás hombres.

—Sí, cariño, enséñaselo —la animó Andrew sin apartar sus ojos de ella.

Anabel les dedicó una sonrisa de oreja a oreja, se quitó la camiseta con sensualidad, se desabrochó el pantalón vaquero quitándose a la vez los zapatos sin apartar la mirada del rostro de Andrew, y su cuerpo comenzó a temblar.

Megan la observó con atención. <<Santo cielo, tiene un cuerpo de diosa>>, pensó contemplando su piel bronceada y sus curvas femeninas. Parpadeó para lubricar los ojos que se le habían secado y, cuando los abrió, la chica había desaparecido quedando en su lugar una leona.

—¡Qué rápida! —se sorprendió Megan.

—Tú también serás rápida. Solo necesitas tiempo —la animó Héctor mirándola con una sonrisa embelesada.

La leona volvió a su forma humana completamente desnuda, expuesta ante todos los presentes, y se vistió con tranquilidad bajo la mirada atenta de Andrew.

—Bueno, ha estado genial y esa parte será importante en la lucha —explicó Aaron.

—¿Y para las que no nos transformamos en animales? —inquirió Dafne.

—Hay otras técnicas. Chicos, necesito que se concentren, por favor, no me las distraigáis —les advirtió a sus hijos y a los gemelos.

—No moveremos ni un músculo para no desconcentrarlas —apuntó Ángel.

\*\*\*

Las clases de defensa duraron toda la mañana y la tarde. Ya estaba anocheciendo cuando Aaron les dio la última recomendación.

—Muy bien, ahora necesito que Anabel, Cristina y Megan miréis bien lo que voy a hacer.

—¿Por qué solo ellas? —preguntó Dafne.

—Porque son las únicas que pueden convertirse en animales, en tierra. Vale, mirad con atención —Aaron se quitó la ropa y continuó con la explicación—. Imaginad que alguien os agarra por la espalda y no podéis golpearle. Eric, ayúdame —el aludido se levantó y se acercó a su padre rodeándole con los brazos por la espalda para inmovilizarlo—. Estupendo. Cuando esto pase, siempre vais a tener la posibilidad de escapar de esta manera —el cuerpo del hombre tembló y en cinco segundos una colibrí revoloteó delante de los ojos de su hijo pequeño.



—En el caso de Anabel y Megan os podéis convertir en el animal terrestre más pequeño que se os ocurra en ese momento —les explicó el chico dejando que su padre volviera a su forma humana detrás de él.

Aaron se puso los pantalones y miró a las chicas.

—Intentadlo vosotras —les animó el hombre.

—Me pido a Cristina —apuntó Alejandro levantándose con una sonrisa traviesa en los labios.

Andrew se acercó a Anabel, le dejó un beso en la boca y la rodeó para atraparla entre sus brazos.

Héctor se levantó de la silla y caminó cojeando hacia Megan que lo miraba con desaprobación.

—No voy a dejar que ninguno de ellos te toque —le murmuró él rodeándola para quedar detrás de ella. La atrapó entre sus brazos, se inclinó a su cuello y le dejó un beso.

—Me parece muy bien vuestra colaboración, chicos, pero deberían quitarse la ropa primero —les anunció Aaron con los brazos cruzados.

Los tres chicos dejaron espacio para que las chicas se desnudaran, quedándose en ropa interior, y volvieron a abrazarlas.

—Vale, chicas, haced lo que os he enseñado —les dijo Aaron ataviado solo con el pantalón vaquero.

Las jóvenes se concentraron y lo hicieron una a una. Anabel fue la primera. Su cuerpo tembló, se convirtió en un ratón negro y regresó a su forma humana. La segunda fue Cristina y, como buena elemental de aire, la muchacha se transformó en un gorrión con plumaje dorado que revoloteó por delante de los ojos de su primo Alejandro. Le llegó el turno a Megan y su cuerpo temblaba, pero no porque fuera a convertirse de inmediato, sino por pudor y miedo.

—Tranquila. No pasa nada. No tienes de qué avergonzarte ni de qué preocuparte. Lo harás genial. Cierra los ojos y concéntrate. Imagina que estamos solos. Solo yo puedo contemplar tu escultural cuerpo —una sonrisa se dibujó en los labios de ella—. Mi cuerpo tapa el tuyo, por lo que nadie, excepto yo, puede maravillarse con tus curvas. ¿Estás lista? —la cabeza de ella se movió de arriba abajo, asintiéndole con un poco más de confianza—. Vamos allá.

Megan respiró hondo con los ojos cerrados, se concentró y su cuerpo tembló. En diez segundos, la chica desapareció para dejar ver a un camaleón con sus ojos saltones celestes que miraban hacia todos los lados. Sus ojos se clavaron en los del chico que la observaba embelesado y con una gran sonrisa en los labios. La muchacha volvió a su forma humana y abrazó y besó a Héctor con fuerza.

—Lo has hecho genial, nena —la apoyó él sin dejar que se apartara.

—Ha sido más rápido de lo que me dijiste —le dijo Aaron a su hijo—. Bueno, creo que ya sabéis defenderos un poco más.

—Tengo una pregunta —lo interrumpió Megan—. ¿Qué es eso naranja que rodea toda la finca?

—Es un escudo. Nadie que no sea de la familia puede entrar. Nos protege a todos los que estamos dentro de él.

—Ah. Eso está muy bien. Aquí no te preocupas por nada ni nadie.

—Exacto. Será mejor que nos vayamos. Os dejaremos descansar —comentó Aaron ataviándose con la camiseta y los zapatos—. Nos vemos mañana. Le echaré un vistazo a la herida para ver si ya se ha curado del todo. Hasta entonces, no hagas esfuerzos ni camines mucho —le advirtió a Héctor.

—De acuerdo. Hasta mañana.

Toda la familia se agarraron de las manos y desaparecieron en un abrir y cerrar de ojos.

La pareja se quedó sola en el jardín trasero bajo la luz del crepúsculo. Las luces exteriores se encendieron iluminando el césped y las plantas.

La mirada del hombre se quedó clavada en el cuerpo semidesnudo de la chica que parecía haberse olvidado de su ropa.

—Me alegro —dijo Héctor con una sonrisa traviesa en sus labios.

—¿De qué?

—De que tu pudor vaya disminuyendo delante de mí.

—Eres bueno subiéndome la autoestima. Y tus ojos parecen que quieren comerme.

—No son mis ojos los únicos que quieren comerte.

—Vamos a la cama.

—Mm.. Encantado —contestó con una voz muy sensual.

—No vamos a hacer nada de lo que estás pensando —Megan cogió la ropa del suelo y se encaminó con él hacia la casa.

—¿Por qué no podemos hacer lo que estoy pensando?

—Porque no quiero que te hagas daño en la pierna.

—Mi pierna está perfectamente.

—Vamos a hacer un trato. Cuando tu padre, tu hermano Ángel o tu prima Dafne le den el visto bueno a tu pierna y me digan que ya puedes andar y moverte, entonces, haremos lo que estás pensando durante toda la noche —subieron las escaleras despacio.

—¿Toda la noche?

—Toda la noche. Pero, por ahora, solo vamos a dormir en esta cama —le dio ayudándolo a sentarse en la cama.

—Está bien. No voy a tener más remedio. Cuando llegue ese día iré al supermercado a por una bebida isotónica para poder aguantar toda la noche.

Megan se rio, dejó la ropa en el sillón marrón cerca de la puerta del balcón y regresó a la cama. Se tumbó al lado de Héctor, se puso de costado y abrazó al chico apoyando la cabeza en su pecho. Escuchar los latidos del corazón de él la relajaba y tranquilizaba.

—Buenas noches —le deseó ella dejándole un beso en un pectoral.

—Buenas noches.

\*\*\*

La mirada del hombre embadurnado en barro no dejaba de observar la cabaña escondida entre los árboles. La luz que se veía por una pequeña rendija de la ventana se apagó. Esperó a que volvieran a encenderla, solo eran las ocho de la noche, un poco temprano para irse a dormir; sin embargo, nadie la encendió. Seguía apagada después de dos horas. Aquello era raro. Tampoco veía movimiento dentro de la casa, algo que no le olía bien. Se alejó del tronco donde se había apostado para vigilar y se acercó despacio y en silencio hacia los árboles que sujetaban la cabaña. Trepó y se asomó a la rendija de la ventana. No veía ni oía nada. Había dos posibilidades, o no había nadie dentro o ya estaban dormidos. Dudaba que fuera la segunda opción. Los días anteriores no se habían ido a la cama tan temprano.

Debía saber lo que estaba pasando, así que no tenía más remedio que entrar a echar un vistazo. Sacó su arma de la funda junto con una linterna, abrió la puerta con cuidado y entró en la casa alumbrando la estancia. Guio la luz de la linterna hacia la cama y maldijo cuando la vio vacía. Cogió el móvil del bolsillo y llamó a su jefe:

—Jefe, no están.

—¿Cómo que no están?

—No están. Se han ido. Me han hecho creer que seguían aquí.

—Espera ahí. Te llamaré cuando descubra dónde están.

—De acuerdo.

Colgó y bajó a la hojarasca del suelo para recoger la tienda de campaña que escondió cuando descubrieron su olor. La estaba doblando cuando recibió un mensaje en el móvil. Era su jefe. <Están en Isla Kaia. Quédate ahí por si deciden volver>. Respondió con un OK a regañadientes y se sentó en un tronco caído.

—Mierda—blasfemó frustrado por no haber podido acabar con la misión.

Había trabajado mucho para conseguir que su jefe confiara en él y, ahora, por culpa de esos elementales, aquella gran oportunidad para impresionarlo, había desaparecido.

## Capítulo 9

Ya eran las diez de la mañana cuando Aaron apareció en el interior de la casa de su hijo Héctor. Les había dejado dormir un poco más. Lo necesitaban. En la casa estaban a salvo y nadie podía hacerles daño mientras estuvieran bajo su protección.

El hombre subió la escalera y dio unos golpecitos en la puerta cerrada de la habitación.

—Buenos días, tortolitos. ¿Estáis visibles? —los saludó.

—Entra, papá.

El hombre abrió la puerta y los encontró tumbados en la cama con los ojos medio abiertos.

—Voy a echarle un vistazo a tu pierna.

—Vale —Héctor se incorporó en la cama quedándose sentado con la espalda apoyada en el cabecero—. Dame una buena noticia.

—Malas seguro que no van a ser —pasó sus manos por la pierna de su hijo y observó con atención—. Todo está bien. ¿Por qué no intentas cambiar de forma?

—De acuerdo.

Héctor se levantó, se quitó los pantalones y su cuerpo tembló. En dos segundos, la pantera negra con un mechón blanco en la cabeza, apareció delante de ellos. Caminó por la habitación y rodeó la cama para llegar hasta Megan y volver hacia donde estaba su padre. Regresó a su forma humana con una gran sonrisa en los labios y clavó su mirada marrón en la celestes de la chica.

—Ya está todo bien, pero tampoco te excedas —le aconsejó su padre.

Aaron pasó su mirada de uno a otra y, sin querer, captó lo que ambos pensaban. La temperatura de la habitación aumentaba con cada segundo que esos dos se observaban.

El hombre les dedicó una sonrisa traviesa y se marchó. Cerró la puerta y bajó las escaleras feliz. En los últimos dos meses, su hijo había estado raro, como decepcionado y deprimido. No había parado de trabajar en misiones que, en otro tiempo, lo hubiera pensado dos veces antes de aceptarlas. Sin embargo, después de esos días angustiosos, su hijo había vuelto a la vida, a ser el mismo que corría emocionado por los bosques de los alrededores con él. Salió de la casa y se quedó unos segundos en el porche, contento de ver el regreso de su hijo. Respiró hondo antes de transportarse hasta su casa, pero un olor desconocido llegó a sus fosas nasales, haciendo que el vello de su nuca se erizara. Sus ojos se entrecerraron y se movieron de un lado a otro con rapidez, buscando al intruso. Estaba cerca, pero no podría entrar en la finca gracias al escudo que la rodeaba.

Aaron bajó los tres escalones del porche sin dejar de buscar a la persona no ingrata que se atrevía a acercarse tanto a ellos. Sabía que iba a exponerse al peligro, pero no debía dejar el peligro suelto por la isla, cerca de su familia. Abrió la verja de hierro forjado y salió de la protección del escudo dispuesto a encontrar la amenaza.

\*\*\*

Héctor no podía dejar de mirar a Megan ni ella podía alejar sus ojos de él. Aún no podía creer que aquél hombre estuviera destinado a ella. Su cuerpo desnudo, bronceado y definido parecía llamarla, la atraía como la luz a los mosquitos.

El chico se acercó a la cama y se inclinó hacia ella apoyando las manos en el colchón.

—Me ha dado el visto bueno. ¿Sabes lo que eso significa? —le preguntó con la voz más sensual que había podido poner y acompañándola con una sonrisa pícaro.

La chica se rio, enmarcó el rostro de él entre sus manos y pegó sus labios a los del hombre, dejándole un beso intenso y apasionado que incendió el cuerpo de ambos.

El muchacho cubrió a la chica con su cuerpo, atrapándola entre el colchón y él. Sus manos recorrieron cada rincón de sus curvas hasta llegar al interior de los muslos. Sintió el estremecimiento de ella y clavó su mirada en sus ojos un poco asustadizos.

—¿Estás bien? ¿Quieres que pare?

—No, no pares. Estoy bien.

—¿Segura?

—Absolutamente.

Se dedicaron una sonrisa y volvieron a besarse.

Sin previo aviso, el gruñido de un leopardo llegó hasta los oídos de la pareja que se quedaron quietos de inmediato.

—Mierda —blasfemó él al entender el gruñido.

Se levantó de la cama de un salto, se convirtió en la pantera negra y se marchó de la habitación a todo correr, saliendo por la gatera de la puerta principal de la casa.

—¡Espera! —le gritó la chica corriendo detrás del felino.

La pantera escapó de la protección del escudo y se adentró en el bosque que rodeaba la finca. A unos pocos metros, el leopardo dorado gruñía hacia la copa de un gran roble. Se acercó a su padre y echó un vistazo hacia arriba.

**¿Lo conoces?** —le preguntó Aaron a su hijo.

<<Sí. Es un hombre de Ezio. Mi última misión>>.

**Te está siguiendo. Creo que ha avisado a su jefe.**

<<Tengo que acabar con esto de una vez>>.

**Vas a volver a la selva, ¿verdad?** —le inquirió con cansancio. Estaba harto de que quisieran matarlos cada dos por tres.

<<Sí, debo detenerlo y entregárselo a Diego cuanto antes>>.

**Está bien. ¿Lo hacemos bajar para hacerle algunas preguntas?**

<<Por supuesto. Hay que saber si ha avisado a Ezio>>

**Prepárate, voy a subir.**

Aaron se preparó para saltar y trepar hasta la copa del árbol, pero el crujir de una rama a sus espaldas captó la atención de ambos.

Megan estaba allí con ellos, ataviada con el pijama de verano. La chica respiraba agitadamente por la carrera y clavó sus ojos azules en los dos felinos.

—¡No te acerques! ¡No hagas ningún movimiento brusco o te atacarán! —le gritó un hombre desde lo alto de un árbol.

Los dos animales continuaron con el plan de hacer bajar al hombre e ignoraron por unos segundos a la joven.

El leopardo dorado trepó el árbol gruñéndole al desconocido para que éste bajara y Héctor lo atrapara.

En cuanto el intruso puso los pies en la hojarasca del suelo, la pantera negra se convirtió en hombre y sujetó al desconocido con fuerza.

—Buenos días, Cameron —lo saludó Héctor.

—Debí haber imaginado que eras tú. ¿Quién es ella?

—Eso no te importa. ¿Has avisado a tu jefe?

—Eso no te importa —contestó el hombre con sarcasmo.

El leopardo dorado bajó del árbol, volvió a su forma humana y clavó sus ojos celestes en los marrones del desconocido. Sorteó las barreras de su mente y encontró lo que buscaba.

—Lo ha llamado —afirmó Aaron.

—Muy bien. Te llevaré a tu nuevo hogar durante una larga temporada... —le dijo Héctor a Cameron.

—No te preocupes, lo llevo yo. Tú ocúpate de ella. Iré a tu casa cuando termine con él —lo interrumpió su padre.

—De acuerdo. Vamos —cogió a Megan de la mano y la guio hasta la casa.

—Estás desnudo —le informó ella tirando de él antes de que saliera del bosque.

—No sería la primera vez que me vean.

—¿Perdona? ¿Vas desnudo por la isla? —lo interrogó tirando de nuevo de él.

—De vez en cuando.

—Vale, eso tiene que cambiar. Me parece muy bien que no tengas pudor, pero no vas a ir desnudo con las miradas de todas las chicas de la isla clavadas en ti.

—¿Estás celosa? —le preguntó dubitativo. No estaba familiarizado con ese sentimiento hacia él.

—Pues sí. El destino ha decidido que seas para mí. Eso significa que ninguna mujer puede verte desnudo —el chico le sonreía con picardía—. No estoy bromeando.

Héctor dio un paso hacia ella, la agarró de la cintura pegándola a él con fuerza y la besó.

—Vas a ser la única que me vea desnudo —le susurró entre besos.

—Más te vale.

Regresaron a la casa y el chico se vistió para estar preparado para cuando su padre llegara. Tenía que detener a Ezio lo antes posible para que ambos estuvieran a salvo.

\*\*\*

Aaron dejó al intruso en la comisaría donde estaba el jefe de Héctor y, se encaminaba hacia el aparcamiento cuando sintió la presencia de sus otros seis hijos y los gemelos.

—¿Qué hacéis aquí? —les preguntó sorprendido.

—Sé que Héctor quiere volver a la selva para acabar con su misión. No vamos a dejar que vayáis solos —contestó Oliver hablando por todos.

—No creo que vuestro hermano piense igual, pero a mí me da igual lo que piense. Voy a ir a su casa y os mantendré informados. Preparaos porque seguro que esta noche iremos.

—De acuerdo —respondieron al unísono antes de desaparecer.

Aaron se transportó unos segundos después para aparecer en la casa de su hijo.

La pareja lo estaba esperando sentados en el sofá marrón del salón preparados para salir lo antes posible.

—Hijo, creo que deberías esperar a mañana para...

—No. Quiero terminar con esto ya. No quiero que venga a mi casa.

—Aquí también podemos detenerlo. Tus hermanos nos ayudarán...

—Lo sé, papá. No quiero ponerlos en peligro, así que he pensado que me dejes allí y yo te aviso cuando puedas volver a por mí.

—Ni lo sueñes.

—Eso no te lo crees ni tú —añadió Megan levantándose del sofá y agarrando su mano.

—Tú no vas a venir. Ni hablar —le advirtió a la chica.

—No me digas lo que puedo o no hacer. Además, no voy a quedarme aquí esperando a que me llamen para decirme que te ha pasado algo, algo que también me pasará a mí.

—Ahí tiene razón. Si mueres, ella también. Ya te dije que limitarás el nivel de peligrosidad —le aconsejó su padre.

—Pero si viene conmigo estaré pensando en lo que pueda pasarle o le puedan hacer —contraatacó Héctor.

—Igual estaré yo si no voy contigo —arremetió Megan sin soltar la mano del chico.

—Vas a venir diga lo que diga, ¿verdad? —le inquirió él. Ella asintió—. Está bien. Prométeme que te quedarás lejos del peligro.

—Te lo prometo. Me esconderé y no te acordarás de que estoy allí.

—Lo dudo.

—¿Listos? Vámonos —les tendió las manos y desaparecieron en un abrir y cerrar de ojos, apareciendo después en la pequeña cabaña de la chica—. ¿Hacia dónde tenemos que ir?

—Hacia el sureste —Héctor salió de la cabaña, saltó hacia el suelo lleno de hojarasca y olisqueó el aire.

No olía nada extraño, por lo que los hombres de Ezio no estaban cerca. Esperó a su padre y a Megan, y emprendieron el camino hacia la mansión.

**Oliver, Eric, vamos hacia la casa del traficante** —informó a sus hijos telepáticamente, sin que Héctor lo supiera.

**Nos vemos en unos minutos** —contestaron al unísono.

Los tres continuaron su camino, cruzaron el río y siguieron hacia el sureste hasta llegar a la mansión con la fachada llena de enredaderas y plantas. Se agazaparon entre los arbustos y observaron por las ventanas el interior de la casa.

—Está en su despacho. No veo a muchos guardias —anunció el chico.

—Bien. Nosotros te cubrimos mientras tú detienes al jefe —dijo Eric desde atrás, haciendo que su hermano y su cuñada se sobresaltaran por el susto.

—¿Se puede saber qué hacéis aquí? ¿Y cómo sabíais dónde encontrarnos? —quiso saber Héctor.

—Vamos a ayudarte, así terminaremos antes —respondió Jonathan.

—Y hemos visto a través de los ojos de papá para encontraros rápidamente —añadió Oliver.

—¿Por qué los has llamado? —le inquirió a su padre furioso.

—Porque así es más rápido —anunció Aaron.

—¿Podemos dejar la regañina para cuando terminemos con esto? —interrogó Andrew en un susurro.

Todos asintieron con la cabeza y se concentraron en la misión.

Héctor les explicó donde deberían ponerse y les hizo un pequeño mapa de la casa. Se escondieron entre los arbustos y en las copas de los árboles para cubrirle la espalda mientras él entraba solo en la mansión y detenía al traficante. Ángel se quedaría junto a Megan para vigilarla y protegerla si el plan no salía como tenía que salir.

—Volveré en unos minutos —le prometió Héctor a la chica dejándole un beso en los labios.

—Ten cuidado.

Cada uno se marchó a su posición y Héctor se encaminó hacia la casa con sigilo y sin que los pocos guardias que había lo vieran.

El joven entró en la mansión, subió las escaleras y giró hacia la izquierda llegando hasta la

puerta del despacho que, hacía poco, cruzó para ser descubierto por el traficante. Agarró el pomo por segunda vez y abrió la puerta para encontrar al hombre sentado en su escritorio preparándolo todo para viajar hacia Isla Kaia.

—Ezio Colonomos, queda detenido por tráfico de estupefacientes y armas, además del intento de asesinar a un policía.

—Vaya, pensé que la sorpresa te la daría yo a ti en tu casa —comentó el traficante dejando el móvil en la mesa.

—Tu hombre no es muy buen espía.

—Debí imaginarlo.

<<Oliver, ven a por él>>, pensó Héctor para que le llegara a su hermano.

Un segundo después de pensarlo, su hermano apareció en el despacho esposando a Ezio y desapareciendo con él. Héctor suspiró aliviado. Por fin había acabado la misión. De repente, sintió una ráfaga de viento que lo rodeaba y estampaba a uno de los guardias en la pared, cruzando la puerta abierta y cayendo por el hueco de la escalera.

El joven miró por la ventana abierta hacia la copa del árbol que tenía enfrente y asintió a su hermano Alejandro para darle las gracias. Bajó las escaleras y salió de la mansión dispuesto a ir a por Megan para marcharse hacia la protección de su casa, sin embargo, algo no iba bien.

Todos sus hermanos se marcharon cuando les dijo que estaba todo solucionado, pero presentía que aún no había acabado. Intentó convencer a la chica para que se fuera con ellos, aunque la muchacha no tenía la misma opinión. No quería irse sin él y no iba a hacerlo.

Aaron se acercó a ellos cuando los demás se fueron y observó el rostro de su hijo. Algo le pasaba.

—Papá, ¿puedes llevar a Megan a casa?

—Ya te he dicho que no voy a irme sin ti. Hasta que tú no te vayas yo tampoco lo haré —le dijo la joven empezando a enfadarse. <<¡Qué cabezota es este hombre!>>, pensó suspirando cansada.

—Eres muy terca.

\*\*\*

Unos ojos negros observaba a los dos hombres y a la mujer por los prismáticos mientras discutían si la chica debía irse o no. El dueño de los ojos negros se llevó una mano al auricular de su oído y susurró:

—Atacad. Matadlos a los tres. No quiero fallos. Vamos.

Varios hombres camuflados salieron de sus escondites, se armaron y se encaminaron hacia el trío que seguía discutiendo delante de ellos. Se acercaban en silencio y, a solo unos pocos metros de los hombres y la mujer, amartillaron las armas y las balas comenzaron a volar por todos lados.



## Capítulo 10

El sonido de las armas amartillándose llegó a los oídos de los hombres y la mujer. Héctor y Aaron reaccionaron de inmediato y se abalanzaron sobre la chica, cayendo sobre la hojarasca del suelo y la muchacha.

—¿Qué ocurre? —preguntó Megan aplastada bajo los cuerpos masculinos.

—Nos disparan. Vamos a cambiar de forma. Un animal pequeño. ¡Ahora! —gritó Aaron sobre el sonido de los proyectiles.

Los tres humanos se transformaron en tres pequeños roedores que se escondieron entre las hierbas y las hojas caídas en el suelo. Los animales esperaron ocultos hasta que los proyectiles acabaron de volar por encima de sus cabezas.

Los tiradores se acercaron para ver los cuerpos agujereados, pero se quedaron desconcertados cuando no vieron a nadie.

—¿Dónde están? —quiso saber uno de ellos.

El roedor dorado rodeó a uno de los hombres mientras el ratón negro se ponía entre los otros dos. Ambos animales cambiaron a su forma humana, sorprendiendo a los atacantes.

Aaron se deshizo de los dos hombres que estaban a su lado haciendo que una burbuja de agua rodeara sus cabezas para ahogarlos.

Por su parte, Héctor hizo que la tierra de sus pies trepara por sus cuerpos para estrangularlos. Mientras uno de ellos caía en el suelo, Aaron vio un tatuaje que sobresalía de la manga de la camiseta negra. Se acercó al desconocido y le levantó la manga para ver el dibujo con claridad. De nuevo, el símbolo druida que vio en el cobertizo, estaba delante de él.

—Joder —blasfemó con el rostro blanco por la preocupación.

—¿Qué pasa, papá?

—Los ha mandado Bernard.

—¿Cómo lo sabes?

—Por este tatuaje. Es el símbolo druida de Bernard.

—¿Bernard es un druida?

—Sí. Pertenece a uno de los clanes que siempre ha querido dominar el mundo.

—Debemos irnos de aquí ya.

En cuanto la última palabra salió de su boca sintió que algo le picaba en el cuello. Se llevó la mano al cuello y tocó una pequeña aguja. No había pasado ni tres segundos cuando Aaron imitó a su hijo.

—¿Qué es esto? —quiso saber el hombre sintiendo que se mareaba.

—Papá, esto no es... bueno —Héctor clavó una rodilla desnuda en el suelo y su respiración se agitó.

—Eso no lo habéis visto venir, ¿verdad? —Les dijo un hombre saliendo de entre unos arbustos cerca de ellos—. Mi jefe está deseando veros.

—Nos has sedado —afirmó Aaron saboreando el líquido sedante en su boca.

—Por supuesto. No voy a enfrentarme a vosotros sin ninguna ventaja —el hombre miró a su

alrededor—. ¿Dónde está la chica?

—Se ha ido —respondió Héctor intentando mantener los ojos abiertos.

—No mientas. Está escondida. ¡Muchacha, será mejor que salgas de tu escondite si no quieres que mate a tu churri! —le gritó para que pudiera oírlo.

Megan continuaba siendo un ratón con el pelaje cobrizo y seguía escondida en un arbusto. No podía dejar que los matara delante de ella y, aún menos, si ella estaba oculta como una rata, nunca mejor dicho. El roedor respiró hondo, salió de detrás de la planta y volvió a su forma humana.

—Aquí está —informó el hombre con una sonrisa y su mirada negra recorrió el cuerpo desnudo de ella—. Qué buen gusto tienes, colega.

Héctor intentó ponerse de pie, pero cayó al suelo de rodillas. Probó a gatear, mas no pudo. Los brazos no le respondían.

—Deberías irte antes de que acabes mal —le advirtió Megan enderezando la espalda y mirándolo fijamente.

—Me parece que no estás en condiciones idóneas para decir eso. Tus guardianes están fuera de juego y tú indefensa.

—¿Quién dice que lo estoy?

—Yo. Solo eres una insignificante mujer. No puedes conmigo.

—Vaya, eso ha sido un comentario muy machista por tu parte. No deberías subestimar a nadie y, mucho menos, a las mujeres. Y, menos aún, si esa mujer es el alma gemela de un elemental —los dedos de la chica se movieron como si estuviera a punto de sacar las pistolas de unas cartucheras invisibles.

—Las mujeres, sea quien sea, no son un obstáculo para mí. Así que, las almas gemelas de los elementales me dan igual.

—Pues, no debería porque podrías lamentarlo.

El hombre se carcajeó y dio un paso hacia ella. De repente, en cuanto el pie del desconocido se apoyó en el suelo, la raíz de un árbol cercano lo agarró.

—¿Qué es esto? —quiso saber el hombre.

—Lo último que verás en tu vida —contestó Megan levantando las manos hasta que quedaron delante de su pecho y movió los dedos como si estuviera tocando un piano o controlando unos títeres.

Más raíces salieron de la tierra a toda velocidad, agarrando al desconocido por las piernas, los brazos, la cintura y el cuello.

El miedo comenzó a reflejarse en los ojos negros del hombre.

—¡No! ¡Espera! ¡No lo hagas! ¡Os dejaré ir! —rogó con la voz entrecortada.

—Creo que no me convences —Megan movió el dedo índice en círculos y la raíz del cuello del hombre apretó el agarre.

Poco a poco, el desconocido se ponía azul por la falta de oxígeno. No podía respirar.

La chica corrió hacia los hombres para examinarlos. Estaban medio dormidos por la sedación, pero conscientes.

—Ya sé cuál es... tu nuevo... poder —le dijo Aaron abriendo los ojos todo lo que podía—. Llama a Oliver o a Eric. No voy a... poder transportarnos.

La joven le asintió mientras acariciaba el pelo negro de Héctor. <<Oliver, Eric, ¿podéis venir a por nosotros?>>, pensó la muchacha.

En menos de dos segundos ambos aparecieron delante de ellos.

—¿Qué ha pasado? —preguntó Oliver agachándose al lado de su padre.

—Los han sedado.

—¿Quién?

—Ese —la chica señaló al hombre sujeto por las raíces, en ese momento, muerto entre ellas.

—¿Quién ha hecho eso? —quiso saber Eric observando con curiosidad aquella escena.

—Yo. Según vuestro padre es mi nuevo poder.

Ambos hermanos se miraron asombrados y, después, a la chica.

—¿En serio? —inquirió Oliver. No podía creer que ella hubiera hecho eso.

La joven asintió, movió los dedos y dejó caer el cadáver del desconocido cuando las raíces lo soltaron.

—Alucinante —añadió Eric con la boca abierta.

—Deberíamos irnos —aconsejó la joven sin dejar de acariciar la cabeza de Héctor.

—Sí, será mejor. Tú encárgate de ellos y yo me llevaré a papá a casa —le sugirió Oliver a su hermano mientras se agachaba y agarraba la mano de su padre para desaparecer con él.

Eric hizo lo mismo con la pareja y apareció con ellos en la habitación de su hermano para dejarlo tumbado en la cama hasta que se le pasara la sedación.

—Avísame cuando se despierte —le dijo a la chica antes de irse.

Megan asintió, se alejó unos segundos para ataviarse con un vestido y regresó junto al chico para vigilarlo mientras dormía.

\*\*\*

Héctor abrió los ojos lentamente. La habitación estaba iluminada por la luz del crepúsculo. ¿Cuánto había estado durmiendo? Sentía un pequeño peso sobre su pecho. Miró hacia allí y vio el pelo rojo de Megan cayendo sobre su pecho como una cortina cobriza. Estaba dormida. Acarició el pelo de la chica con suavidad y ésta se despertó. Clavó su mirada celeste en él y le dedicó una sonrisa.

—Menuda siesta te has echado —le dijo ella acariciando con la punta de los dedos el pecho desnudo de él.

—No ha sido por voluntad propia. ¿Cómo hemos llegado hasta aquí?

—Tu hermano Eric nos trajo. Oliver se ocupó de tu padre.

—¿Los llamaste tú?

—Sí. Tu padre me lo pidió antes de quedarse dormido.

<<Eric, ya está despierto>>, pensó para que su cuñado la escuchara.

—Mataste a ese hombre. ¿Te encuentras bien? —quiso saber Héctor preocupado.

—Estoy bien. Era tu vida o la de él.

—Gracias por elegirme a mí.

—Como si tuviera elección.

—¿Perdona?

—Es broma —contestó con una sonrisa y preparándose para pararlo si empezaba a hacerle cosquillas.

—Qué simpática —Héctor se movió en la cama y se quedó encima de ella—. Me vas a tener que recompensar por esa broma.

—Muy bien, hermano, pero espera a que me vaya o será un trauma más en mi vida para olvidar —agregó Eric apareciendo en la estancia.

—¿Qué haces aquí? —gruñó el chico.

—Le dije a Megan que me avisara cuando te despertaras. Voy a hacerte un pequeño chequeo

para confirmar que solo ha sido un sedante.

—Acaba rápido y vete. Tengo otras cosas que hacer.

—Me imagino. Tranquilo, no tardaré ni un minuto.

El chico se sentó en el borde de la cama y su cuerpo astral entró en el interior de su hermano mayor. Recorrió todas sus terminaciones nerviosas y su torrente sanguíneo para asegurarse de que todo estaba como debería.

—Pues, todo está estupendo. Solo te han dormido. Por cierto, la familia está preparando una cena familiar en la playa. Las tías vendrán si no os ven en la cena —les informó Eric antes de irse.

—¿Lo ha dicho en serio? —quiso saber Megan.

—Sí. Así son mis tías. Arréglate para irnos.

—Vale. ¿Qué me pongo?

—Ropa.

—¿No me digas? Nunca se me hubiera ocurrido —contestó con sarcasmo, encaminándose hacia el baúl—. ¿Con un vestido veraniego iría bien o algo más arreglado?

—El veraniego está bien. Y si es fácil de quitar mucho mejor —le dijo con una sonrisa traviesa.

La chica le guiñó un ojo y buscó en el baúl. Sacó un vestido de gasa con flores estampadas de varios colores que solo se abrochaba con un cinturón alrededor de su cintura.

—¿Qué te parece este? —le preguntó al chico que se ataviaba en ese momento con unas bermudas negras.

—Ese me encanta —había sido más un gruñido que una frase con palabras.

—¿Puedo ir descalza?

—Sí.

—Estupendo —Megan se hizo una cola alta—. Estoy lista.

—Pues, vámonos. Cuanto antes terminemos antes podremos volver para acabar lo que siempre empezamos y nunca acabamos.

—¿Será eso una señal para que no lo hagamos?

—No. Eso es una señal de que tengo demasiada familia que puede entrar en mi casa sin invitación —la chica sonrió—. Vamos.

El chico agarró la mano de ella y se desmaterializó en pequeños granos de arena para llegar más rápido a la playa detrás de la montaña donde descansaba su casa.

—Vaya, esto tengo que practicarlo más —apuntó la chica caminando junto a él hacia las largas mesas llenas de comida y rodeadas de sillas para que toda la familia pudiera sentarse.

Maryah los abrazó con fuerza al verlos. Había estado muy preocupada por los dos y verlos sanos y salvos la había aliviado mucho.

—Espero que desde ahora no te excedas con el peligro, hijo.

—No lo haré, mamá.

—Me alegro. Venid, estaréis hambrientos.

\*\*\*

En la cena, Megan había perdido de vista a Héctor durante unos minutos y, cuando había aparecido, sonreía de oreja a oreja junto a sus hermanos, Oliver y Eric sin dejar de mirarla fijamente. Estaba tramando algo, pero no sabía qué. Se sentó a su lado sin dejar de sonreír y le dejó un beso en los labios.

—¿Dónde estabas? —le preguntó ella.

—Preparando una cosa.

—¿Qué cosa?

—Una cosa. No voy a decírtelo.

—¿Por qué?

—Porque quiero que sea una sorpresa.

—De acuerdo. Me aguantaré las ganas.

Las bandejas que descansaban encima de las mesas ya estaban vacías, excepto por las pequeñas migas que habían dejado caer en ellas.

Una suave música empezó a sonar haciendo que todos los miembros de la familia se emparejaran para bailar la balada. Héctor se levantó extendiendo la mano hacia ella.

—¿Bailamos? —le inquirió él.

—¿En serio? ¿Sabes bailar?

—Para bailar una balada no creo que haya que ser el mejor bailarín del mundo. Vamos.

—Está bien.

La chica agarró la mano del joven y se alejaron de las mesas para bailar junto a los demás. Él la atrapó entre sus brazos y comenzó a moverse al ritmo de la melodía dejándole un beso en la frente cuando ella apoyó la cabeza en su hombro.

—¿Cuándo acaba esta cena? —quiso saber ella. Estaba un poco cansada, pero también nerviosa por lo que pasaría en cuanto subieran a la habitación.

—Cuando queramos. ¿Quieres que nos vayamos?

—Sí, estoy un poco cansada.

—Vale. Despidámonos de todos y nos vamos.

Después de la despedida ambos se marcharon. Héctor los materializó delante de la puerta cerrada de la habitación, se agachó unos pocos centímetros y la cogió en brazos para traspasar el umbral.

Megan no esperaba que hiciera eso, aunque le encantó. Rodeó el cuello del chico y le dejó un beso en los labios con una sonrisa dibujada en su boca.

El hombre se las arregló para abrir y se quedó parado debajo del marco observando cómo la boca y los ojos de la muchacha se abrían como platos.

La habitación estaba iluminada por decenas de velas que olían a vainilla, canela y caramelo. La cama estaba decorada con un corazón hecho con pétalos de rosas rojas con una flecha que lo atravesaba de pétalos de rosas negras.

—¡Madre mía! —exclamó ella en un murmullo.

—¿Te gusta?

—Me encanta. No sabía que eras tan romántico.

—Bueno, en realidad, no lo soy. Sin embargo, Oliver y Eric sí. Ellos me han ayudado. Quiero que nuestra primera vez juntos sea especial.

—Pues, vas por buen camino.

Héctor entró en la habitación y se dirigió hacia la cama. La dejó en el suelo con cuidado, enmarcó su rostro entre sus manos y la besó con delicadeza.

Las manos de ella se metieron por debajo del polo azul marino y rozaron con la yema de los dedos la piel bronceada y caliente de la espalda del hombre. Sintió el estremecimiento de él y éste intensificó el beso.

Los dedos del hombre llegaron hasta el cinturón de tela del vestido y lo desató. Los tirantes resbalaron por los hombros de la chica dejando que el vestido cayera a sus pies. Héctor la miró a

los ojos dibujando una sonrisa pícaro al comprobar que ella no llevaba ropa interior.

—Interesante —susurró él con la voz ronca por el deseo.

El polo cayó a un lado de la habitación cuando Megan se lo quitó y continuó con el pantalón negro.

—Muy interesante —añadió ella al comprobar que él tampoco llevaba ropa interior.

El chico atrapó la boca de la muchacha y le rodeó la cintura con un brazo mientras con el otro acariciaba cada rincón de su cuerpo con delicadeza, suavidad y casi con reverencia. Cayeron en la cama, encima del corazón y él se detuvo.

—¿Estás bien? ¿Estás segura? —quiso saber antes de proseguir.

—Estoy muy bien y muy segura. Nunca he estado más segura en toda mi vida —le rodeó el cuello y lo atrajo hacia ella para besarlo con todo el amor que sentía y que podía transmitir.

Ambos estaban preparados para que aquella primera vez juntos fuera especial y así iba a ser. Héctor se introdujo poco a poco dentro de ella. No quería hacerle daño ni que todo terminara demasiado rápido. Sin embargo, ella no parecía tener la misma opinión, ya que levantó las caderas para hundirlo por completo.

—Tranquila, no hay porqué correr.

—Cariño, llevo esperándote mucho tiempo, no quiero esperar más.

—Como quieras, pero no me hago responsable si no disfrutas.

—Será mi culpa.

—Exacto —la embistió robándole el gemido que salió de su garganta con un beso apasionado.

Las embestidas continuaron, cada vez un poco más fuertes, mientras las respiraciones se agitaban y los latidos de sus corazones se aceleraban.

Tras varias embestidas más, un gruñido salió de la garganta de los dos, al unísono. Héctor hizo el amago de quitarse de encima de la chica para no dejar caer su peso sobre ella, pero Megan no lo dejó. Le rodeó la cintura con las piernas, cruzándolas en la espalda de él para que no pudiera escapar.

—No quiero aplastarte —le comentó él con una sonrisa.

—Te quiero.

Ante aquellas palabras, el joven se quedó sin habla. Desde que había descubierto que ella era su alma gemela había querido escuchar esa frase y que la pronunciara con todo el amor que sentía hacia él. Clavó su mirada marrón en la celeste de ella, le dedicó una sonrisa de oreja a oreja y le contestó:

—Te amo.

## Sobre la autora

Maryah Well es el seudónimo bajo el que se esconde María del Carmen C. Pozo. Nací en Sevilla en 1987.

Desde pequeña inventaba historias, pero no llegaban a salir de mi carpeta. No me di cuenta de que me encantaba escribir hasta que en 2012 decidí mandar mi primer relato a un concurso literario, desgraciadamente, no gané.

El género que más me gusta es la novela de highlanders y la novela romántica y/o erótica, teniendo muy presente a mis autoras favoritas, como son: Megan Maxwell, Christine Feehan, Nora Roberts, Lara Adrian, Elisabet Benavent, entre otras.

En marzo de 2019 publiqué mi primer libro en Amazon: “Elementales I: Fuego”.

En mayo de 2019 el segundo: “Recuerdos Olvidados”.

Y en Julio de 2019 el tercer y cuarto libro en Amazon para el concurso literario de éste: “Fiera Oculta (Depredadores 1)” y “Amor Complicado (Ángeles de la Guarda 1)

Podéis seguirme en mi página de Facebook: Maryah Well (Escritora); en Instagram: Maryahwellautora; en Twitter: @AutoraWell; en Wattpad y en Litnet: Maryah Well donde podréis encontrar otros libros escritos para esas plataformas y que podéis leer gratis.